This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

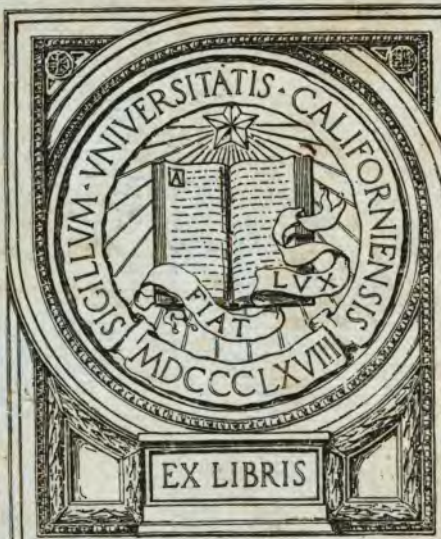
UC-NRLF
$B 270 886

GIFT OF
J. C. Cebrian

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII

EX LIBRIS

GIFT OF
J. C. Cebrian



EX LIBRIS

PERÚ

TRADICIONES

POR

Ricardo Palma.

LIMA.
BENITO GIL, EDITOR.
LIBRERIA UNIVERSAL, BODEGONES 42.
1877.

J. C. Cebrian,
1801, Octavia
SAN FRANCISCO

mf inst.
chk. done
file 12/18/92

F3409
P2
v.4

UNIV. OF
CALIFORNIA

PROLOGO.

Con el título de *Tradiciones* nos ofrece hoy el popular escritor Don Ricardo Palma una nueva serie de sus cuentos peruanos, que bien pueden llamarse así esas amenas narraciones levantadas májicamente sobre un hecho tradicional, á manera de palacios encantados construidos en una noche por la invisible mano de las hadas. En las cosas que se refieren á las épocas remotas del régimen colonial en América, la mas despierta y fértil fantasía no podria crearlas mas increibles que las que atestigua la historia como hechos por nadie desmentidos. Convencido de esta verdad el autor de las *Tradiciones,* y queriendo cautivar á sus lectores con cuadros maravillosos de costumbres inauditas, de acontecimientos que parecen acaecidos entre habitantes de mundos en donde la luz de la razon no brillase y que pasman como visiones de un enfermo en delirio, no ha recurrido á la fuente fecunda de su conocida inventiva sino que ha ido paciente á sacudir el polvo de las crónicas, en donde ha hallado una mina que contemplarian envidiosos los autores orientales de las *Mil y una noches.*

Y efectivamente, la historia de la administracion y costumbres de los españoles en América, durante el período que media entre los reinados de Don Felipe II y de Don Carlos el Hechizado, es netamente árabe y mahometana. Los efectos de la toma

238118

de Granada no se sintieron nunca en el mundo puesto por Colon á las reales plantas de la católica Doña Isabel; y sus súbditos de espada, de baston ó de báculo que la representaron en el nuevo mundo, parece que hubieran ajustado su conducta á los dictados de algun oculto oráculo, de otro Cide Hamete Benengeli, enemigo vengativo de aquellos que eclipsaron la media luna.

En estos renglones no nos proponemos juzgar el precioso libro del señor Palma por el lado de su ejecucion: queremos unicamente señalarlo á los amigos de lecturas recreativas, mostrando, muy por encima, los elementos maravillosos de que está compuesto y forman su estructura.

El teatro de la mayor parte de las tradiciones es Lima, ciudad que han cantado mil poetas y elogiado todos los viageros que han residido en ella. Citeres es una Patagonia en comparacion de su clima; la atmósfera está impregnada de emanaciones de jazmin y de chirimoya; la mesa del mas pobre abastecida, de enero á diciembre, con las producciones de los valles ardientes y de las tierras frias: el paraguas, la chimenea, el carbon de piedra, los manguillos y mil otras exijencias de la civilizacion en las latitudes apartadas del Ecuador, son totalmente desconocidas bajo una atmósfera en donde la lluvia solo se conoce disfrazada con el riego de la *garúa;* en donde Eolo es un personaje verdaderamente mitolójico; en donde jamas se oye un trueno ni se ven los relámpagos. Ya puede figurarse el lector de las *Tradiciones* cuan poéticos serán, fisiologicamente hablando, los personajes que se mueven y ajitan bajo las influencias físicas de

semejante paraiso y segun la voluntad de la varilla májica que tiene por pluma Don Ricardo Palma. La mujer joven está representada en este libro bajo todas las formas que puede revestir la belleza, con rasgos tan orijinales que esa mujer no es la de todas partes sino la hija de Lima, la mujer única, aquella cuyo abanico es mas poderoso que el cetro del emperador de las Rusias.

El virey es el protagonista de esa comedia de capa y espada, de intriga y de majia, que se representaba en las colonias españolas y en la cual los actores, en el Perú, eran un pueblo vencido, decaido de una civilizacion propia á los niveles oscuros de una supersticion postiza y de una esclavitud llena de mayor miseria y dolores que los que aquejan hoy al africano en Cuba. Este pueblo puede considerarse como el coro mudo y resignado que servia de fondo á la escena en que aparecian el europeo enriquecido por el monopolio, el oidor, el canónigo, el fraile de campanillas, la abadesa pródiga en el locutorio del esquisito chocolate de Apolobamba. Todos estos actores del primer plano, vestidos con el lujo charro de aquella época y en aquel país, eran vanidosos, celosos de frivolas prerogativas, idólatras del rey. Se imaginaban que Madrid era la region de los bienaventurados, y que todo el poder y atributos de la Providencia se encerraban en el monarca, aunque se llamase Carlos IV de Borbon. Estos personajes usaban oficialmente, en el foro y en el púlpito, el lenguaje hiperbólico y tenebroso que les venia de la península, y como última moda sacada por Góngora y el padre Palavicino, abuelos paternos de fray Gerundio de Campazas.

Las máximas políticas de estos inocentes y rídiculos personajes, las ideas que tenian de sus deberes para con el monarca y de este para con ellos, eran meramente teológicas, bebidas en la fuente cristalina de la pura ortodojia del padre Rivadeneyra. Este rebaño de merinos con vellones de oro, prometia, naturalmente, un esquileo riquísimo para sus pastores, quienes, por lo tanto, se empeñaban en volverlos cada dia mas dóciles á la tijera. El *Deus ex machina* de esta dolorosa farsa social era el diablo, auxiliado á veces por ánimas réprobas del otro mundo. Cataratas de agua bendita necesitaban los inquisidores de Lima para imponer ostracismo al espíritu de las tinieblas, porfiado, tenaz, que salia del cuerpo de una bruja para entrar en el de una preciosa novicia.

Palma, con un malicioso disimulo, y dejando mucho á la penetracion del lector, ha dividido este Comedion, cuya duracion es de siglos, en diferentes jornadas y ha dejado atrás, relatando lo cierto, á cuanto dramaturgo cuenta la literatura española desde Lope de Rueda hasta Lope de Vega, inclusive. Las *Tradiciones* son, bajo ciertos respectos, un libro sério é instructivo para quien lo lea con crítica, y un libro puramente ameno y de subido mérito literario si solo se le toma por este lado, el mas al alcance de la generalidad de los lectores.

Buenos Aires, 1876.

JUAN MARIA GUTIERREZ.

PROLOGUITO DE ORDENANZA.

Aquí tienes, lector, sin mas preludios
Esta de Tradiciones série cuarta,
Hija de mis históricos estudios.

Fama á las tradiciones le debo harta,
Y yo mismo tildárame de ingrato
Si trás la actual no hilvano nueva sarta.

Es verdad que el trajin del literato,
En esta capital del Perulero,
A nadie le produce para el plato;

Pero, en conciencia, confesarte quiero
Que dá á veces renombre, y es fortuna
La de no ser un literario cero.

Hijo soy de mis obras. Pobre cuna
El año treinta y tres meció mi infancia;
Pero así no la cambio por ninguna.

Y cífranse mi orgullo y mi arrogancia
En que, aun mis enemigos mas procaces,
A mi nombre dan ya significancia.

UNIV. OF CALIFORNIA

No faltarán los zoilos lenguaraces
Que esclamen: —¡ Vaya un rasgo de inmodestia!
¡ Vaya un Narciso de variadas faces!

Mas plántenme una albarda como á bestia
Si, casi siempre, no es hipocresia
Eso que llaman por ahí modestia.

Yo sé, pues me lo dicen á porfia
Organos cien, que el género en que escribo
En América dióme nombradia.

Sé que, como dá frutos el olivo,
Ya hay de tradicionistas epidemia,
Que cultivan la vid que yo cultivo;

Y pláceme saber que la Academia
No encuentra en mis sencillas narraciones
Contra la lengua estúpida blasfemia.

Alguien, tal vez, leyendo estos renglones
De volteriana vanidad me acusa;
Mas baste una, entre múltiples razones

Que pudiera alegar, de buena escusa
A los tercetos rancios é infelices
Que acaba de zurcir mi pobre musa.

Aqui, lector, sospecho que te dices: —
A este lo ha vapuleado un monicaco
Que no vé mas allá de sus narices.

Pues, lector, acertaste. Cierto taco
Que la O conoce, por redonda, apenas,
Una coz me arrimó, torpe y bellaco.

Insultos prodígome por docenas
Y añadió que mis sándias producciones
Ni para tacos de fusil son buenas;

Que calumniando á heróicos señorones
Y haciendo de la historia pepitoria
Con pérfidas y aviesas intenciones,

Parece que á fundar fuera mi gloria
En manchar de tan nobles caballeros
Con vil borron la limpia ejecutoria.

La crítica ¡ pardiez ! tiene sus fueros :
Es ella sacrosanto sacerdocio
Que no es dado ejercer á majaderos.

La crítica sesuda no es negocio
Para quien, sin quemarse las pestañas
Estudiando, vivió siempre en el ocio.

El crítico leal no usa artimañas
Ni injurias, y vá al fondo del asunto
Deteniéndose poco en musarañas.

Mas poner quiero á mi defensa punto,
Que á gastar mucha tinta en ese duelo
Prefiero que me tengan por difunto.

Yo agradezco, testigo me es el cielo,
La crítica benévola y sensata
Que pone en ilustrarme su desvelo;

Y aun rio de la charla mentecata
Del pseudo - literario - pandillaje
Si, envidioso ó maligno, me maltrata.

Del leon soportamos el ultraje;
Mas si un reptil nos muerde traicionero
Se subleva en el ánima el coraje.

No es vanidad pueril ni orgullo fiero
Sí dignidad lo que en mi pluma salta....
Perdóname, lector, pues fuí sincero
Y Dios nos dé..... lo que nos haga falta.

Lima, Julio de 1877.

RICARDO PALMA.

TRADICIONES

¿ SUPO Ó NO SUPO ESCRIBIR

FRANCISCO PIZARRO ?

CUESTIONCILLA HISTORICA.

Variadísimas y contradictorias son las opiniones históricas sobre si Pizarro supo ó no escribir; y cronistas sesudos llegan hasta á aseverar que ni siquiera conoció la O por redonda. Asi se ha generalizado la anécdota de que, estando Atahualpa en la prision de Cajamarca, uno de los soldados que lo custodiaban le escribió en la uña la palabra *Dios*. El prisionero mostraba lo escrito á cuantos lo visitaron y hallando que todos, excepto Pizarro, acertaban á descifrar de corrido los signos, tuvo desde ese instante en menos al jefe de la conquista y lo consideró inferior en saber al último de los españoles. Deducen de aquí apasionados escritores que Don Francisco se sintió lastimado en su amor propio, y que por tan pueril quisquilla se vengó del Inca haciéndolo degollar.

Duro se nos hace creer que quien, hombreándose con lo mas graneado de la nobleza española (pues alanceó toros en presencia de la reina Doña Juana y de su corte, adquiriendo por su gallardia y destreza de picador fama tan imperecedera como la que años mas tarde se conquistara por sus hazañas en el Perú), hu-

biera sido tan indolente que desconociese el abecedario, tanto mas cuanto que Pizarro, aunque soldado rudo, supo estimar y distinguir á los hombres de letras.

Ademas, en el siglo del emperador Cárlos V no se descuidaba como en los anteriores la instruccion. No se sostenia ya que eso de saber leer y escribir era propio de segundones y de frailes, y empezaba á causar risa la fórmula empleada por los reyes católicos en el pergamino con que agraciaban á los nobles á quienes hacian la merced de nombrar ayudas de Cámara, título tanto ó mas codiciado que el hábito de las órdenes de Santiago, Montesa, Alcántara y Calatrava. Una de las frases mas curiosas y que, dígase lo que se quiera, en contrario, encierra mucho de ofensivo á la dignidad del hombre, era la siguiente :

« Y por cuanto vos (Don Perico de los Palotes) nos « habeis probado *no saber leer ni escribir y ser espedito* « *en el manejo de la aguja,* hemos venido en nombraros « ayuda de nuestra real Cámara, etc. »

Pedro Sancho y Francisco de Jerez, secretarios de Pizarro antes que Antonio Picado desempeñara tal empleo, han dejado algunas noticias íntimas sobre su jefe y de ellas, léjos de resultar ni la sospecha de tan supina ignorancia, aparece que el Gobernador *leyó cartas.*

Ademas, á ser cierto que Pizarro no supo leer, la causticidad de sus enemigos habria encontrado en esto una arma poderosa para el ridículo. Pero ninguno de los que conocieron y trataron al Marqués en sus tiempos de mayor fortuna y en que era mas crecido el número de émulos y envidiosos, ha dejado consignada tal especie.

Lo que si está para nosotros fuera de duda, es que

Pizarro no supo escribir, por mucho que la opinion de sus contemporáneos no sea uniforme en este punto. Bastaria para probarlo tener á la vista el contrato de compañía celebrado en Panamá el 10 de Marzo de 1525 entre el clérigo Luque, Pizarro y Almagro que concluye literalmente asi : « Y porque no saben firmar el « dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, « firmaron por ellos en el rejistro de esta carta Juan de « Panés y Alvaro del Quiro. »

Un historiador del pasado siglo dice : « En el Archivo « Eclesiástico de Lima he encontrado varias cédulas é « instrumentos firmados del Marqués (en gallarda letra) « los que mostré á varias personas cotejando unas fir- « mas con otras, admirado de las audacias de la calum- « nia con que intentaron sus enemigos desdorarlo y « apocarlo, vengando asi contra este gran capitan las « pasiones propias y heredadas. »

En oposicion á éste, Zárate y otros cronistas dicen que Pizarro solo sabia hacer dos rúbricas y que en medio de ellas el secretario ponia estas palabras : *El Marqués Francisco Piçarro.*

Los documentos que de Pizarro he visto tienen todos las dos rúbricas. Algunos, como el de la acta de fundacion de Lima, llevan entre las rúbricas : *Frañ Piçarro.* Otros tienen : *Franxº Piçarro ;* y muchísimos : *El Marqués Francisco Piçarro.*

A propósito del título de Marqués consignaré aquí que Don Francisco Pizarro no fué Marqués de los Atavillos, como dicen muchos escritores. No hay documento oficial alguno con el que se pueda probar tal título de los Atavillos, ni en el encabezamiento de órdenes y bandos usó mas que *El Marqués.*

En apoyo de nuestra creencia citaremos las palabras

de Gonzalo Pizarro, cuando prisionero de La Gasca, lo reconvino éste por su rebeldia é ingratitud para con el rey que tanto habia distinguido á Don Francisco : « La merced que Su Majestad hizo á mi hermano fué solamente el título y nombre de Marqués, sin darle estado alguno, y si no díganme cuál es. »

Sabido es que Pizarro tuvo en Doña Angelina, hija de Atahualpa, un niño á quien se puso por nombre Francisco, el cual murió antes de cumplir quince años. En Doña Ines Huaylas ó Yupanqui, hija de Manco-Capac, tuvo una niña, Doña Francisca, la cual casó en España, en primeras nupcias con su tio Hernando y despues con Don Pedro Arias.

Por cédula real, y sin que hubiera mediado matrimonio con Doña Angelina ó Doña Ines, fueron declarados lejítimos los hijos de Pizarro. Si este hubiera tenido tal título de Marqués de los Atavillos, habrianlo heredado sus descendientes. Fué casi un siglo despues, en 1628, cuando Don Juan Fernando Pizarro, nieto de Doña Francisca, obtuvo del rey el título de Marqués de la Conquista.

Volviendo á la cuestion de si Pizarro supo ó no firmar, me decido por la negativa, y hé aquí la razon mas concluyente que para ello alego.

En el Archivo General de Indias, establecido en la que fué casa de contratacion en Sevilla, hay varias cartas en las que, como en los documentos que poseemos en Lima, se reconoce hasta por el menos entendido en paleografia que la letra de la firma es á veces de la misma mano del pendolista ó amanuense que escribió el cuerpo del documento.

Pero si duda cupiese — añade un distinguido escritor americano que en 1874 visitó el Archivo de Indias — he

visto en una informacion, en la cual Pizarro declara como testigo, que el escribano *dá fé* que despues de prestada la declaracion la señaló con *las señales que acostumbraba hacer*, mientras que dá fé en otras declaraciones que los testigos las *firman* á su presencia.

En cuanto al conquistador Don Diego de Almagro, nadie ha puesto en tela de juicio su ignorancia en escribir. En la acta de fundacion de Quito, 15 de Agosto de 1534, firmaron por Almagro, que no sabia hacerlo, Juan Espinosa y Blas de Atienza; y en documentos posteriores hemos visto, á nombre del Adelantado, la firma de Hernando de Sosa, su secretario, ó de Rodrigo Orgoñez, su maese de campo.

EL QUE PAGÓ EL PATO.

I.

El Inca Titu-Atauchi, hermano de Atahualpa, se dirijia á Cajamarca con gran comitiva de indios cargados de oro y plata para aumentar el tesoro del rescate, cuando tuvo noticia de que el 29 de Agosto de 1533 habian los españoles dado muerte al soberano. Titu-Atauchi escondió las riquezas de que era conductor y, reuniendo jente de guerra, fué á juntarse con Quizquíz, el mas bravo y experimentado de los generales del imperio, que se hallaba á la cabeza de un ejército hostilizando á los conquistadores.

Estos emprendieron su marcha al Cuzco, sosteniendo combate diario con las tropas de Quizquíz. Ciento cincuenta españoles, mandados por Francisco de Chavez, cubrian la retaguardia de Pizarro, y una tarde, detenidos por una tempestad, acamparon á cinco leguas de distancia del grueso de sus compañeros. De repente se encontraron atacados por seis mil indios. Los españoles lucharon con su acostumbrada bizarria; pero, faltos de concierto y acosados por el número, tuvieron que emprender una fuga desastrosa, dejando siete cadáveres y trece prisioneros.

Entre los últimos hallábanse el caballeroso capitan Francisco de Chavez, aquel que murió en Lima defendiendo al marqués, el dia de la conjuracion de los alma-

gristas; Alonso de Ojeda, otro valiente que se volvió loco, años despues; y Hernando de Haro, no menos notable por su coraje é hidalguía.

Dice la historia que en el simulacro de juicio, que se inició y feneció en un dia, para asesinar á Atahualpa, tuvo éste muchos que abogaron por su vida; y es opinion uniforme que, á haber estado presente en Cajamarca el ilustre Hernando de Soto, no se habria manchado la conquista con tan inicuo como estéril crímen. De los veinticuatro jueces de Atahualpa solo trece lo condenaron á muerte. Los once que se negaron á firmar la sentencia son dignos de que consignemos sus nombres, en homenaje á su honrada conducta. Llamábanse Juan de Rada (aquel que mas tarde acaudilló á los almagristas que asesinaron á Pizarro), Diego de Mora, Blas de Atienza, Francisco de Chavez, Pedro de Mendoza, Hernando de Haro, Francisco de Fuentes, Diego de Chavez, Francisco Moscoso, Alfonso Dávila y Pedro de Ayala.

Titu-Atauchi no solo conocia los nombres de los que con su voto habian autorizado la muerte del Inca, sino de aquellos que como Juan de Rada lo habian defendido, exponiéndose á caer en desgracia cerca de Pizarro. Francisco de Chavez y Hernando de Haro fueron de este número.

Titu-Atauchi habia jurado vengar la sangre de su hermano en el primero de sus verdugos que tomára prisionero. Habia ademas ofrecido grandes recompensas al que le entregara la persona de Felipillo, el infame indiezuelo que sirvió de intérprete á los españoles y que, por vengarse de los desdenes de una de las mujeres de Atahualpa, influyó con chismes en el ánimo de los principales capitanes para que condenasen al sobe-

rano. Pero aunque Titu-Atauchi no tuvo el regocijo de vengarse, Don Diego de Almagro se encargó, tres años despues, del castigo de Felipillo mandándolo descuartizar, por una nueva traicion en que lo sorprendiera.

Titu-Atauchi se informó de los nombres de los prisioneros, platicó afectuosamente con los principales, hizo asistir con esmero á los heridos y, cuando estos se hallaron fuera de peligro, tuvo la nobleza de ponerlos en libertad, dándoles escolta de indios que, en hombros, los condujesen hasta las inmediaciones del Cuzco. Ademas, regaló esmeraldas riquísimas á los capitanes que se opusieron al sacrificio de Atahualpa, dándoles así una prueba de gratitud por su honrado, aunque inútil, empeño en favor del monarca.

En los momentos de despedirse del jóven Inca, notó Francisco de Chavez, que faltaba uno de los trece prisioneros. Titu-Atauchi sonrió de una manera siniestra, y cuentan que contestó en quichua una frase que, si no es literal en su traduccion, por lo ménos encarna la idea de esta otra :

« Ah ! el que se queda va á ser el pato de la boda. »

Y luego dirán que el trece no es número que trae desgracia !

II.

Titu-Atauchi se dirijió á Cajamarca , y encerró al prisionero en la misma habitacion que ocupó Atahualpa en el tiempo de su cautiverio.

¿ Quién era ese español escojido para víctima espiatoria ? ¿ Porqué el Inca , que tan generoso se mostrara para con los vencidos, queria hacer ostentacion de crueldad con este hombre ?

Sancho de Cuellar tuvo la desgracia de pasar sus primeros años como amanuense de un cartulario en España: y decimos desgracia, porque esta circunstancia bastó para que sus compañeros, juzgándolo entendido en la jerga judicial, lo nombrasen escribano en el proceso de Atahualpa.

Sancho de Cuellar era, y con justicia, muy querido de Don Francisco Pizarro. Fué uno de los trece famosos de la isla del Gallo, á cuya heroicidad se debe la realizacion de la conquista.

Otra vez el fatídico trece!

Sancho de Cuellar procedió como escribano pícaramente; pues no solo estampó palabras que agravaban la triste posicion del Inca cautivo, sino que, al notificarle la sentencia y acompañarlo al cadalso, lo trató con burla y desacato.

Titu-Atauchi lo hizo conducir al mismo sitio donde fué ejecutado Atahualpa, acompañándolo un pregonero que decia: *A este tirano manda Pachacamac que se le mate por matador del Inca.*

Los indios conservaban el garrote que sirvió para el suplicio de su monarca, y llamábanle el *palo maldito.* Empleáronlo para dar muerte á Sancho de Cuellar, cuyo cadáver permaneció todo un dia en la plaza, sufriendo ultrajes de la muchedumbre.

Acaso sea esta la única vez en la historia de la humanidad, en que un escribano haya pagado las costas del proceso y servido de pato de la boda.

SI TE DIEREN HOGAZA,

NO PIDAS TORTA.

PROVERBIO TRADICIONAL.

A mi viejo camarada el doctor Don Manuel Atanasio Fuentes.

I.

Crueldades aparte es Francisco de Carvajal, el *Demonio de los Andes,* una de las figuras históricas que mas en gracia me han caido.

Como en otra ocasion lo he relatado, nació Carvajal en Rágama (aldea de Arévalo) y el autor de los *Mármoles parlantes* dice, no sé con qué fundamento, que fué hijo natural del terrible Cesar Borjia y, por ende, nieto del papa Alejandro VI. A comprobarse este dato, no habrá ya porqué admirarse de la ferocidad de nuestro hombre que en la sangre traia los instintos del tigre carnicero. La raza no desmintió en él.

Despues de haber militado largamente en España y halládose en la batalla de Pavia, tan fatal para el caballeresco Francisco I de Francia, en el sitio de Rávena y en el saco de Roma

Con Borbon por Carlos quinto,

vínose á Méjico, con su querida Catalina Leyton, en la comitiva del virey don Antonio de Mendoza, conde de Tendilla y marqués de Mondejar.

A la sazon encontrábase Don Francisco Pizarro en sérios atrenzos. La sublevacion de indios era general en el Perú; y si los españoles del Cuzco soportaban un tremendo sitio no era menor el conflicto de los de Lima, que veían el cerro de San Cristobal coronado por un ejército rebelde.

El virey de Méjico, tan luego como tuvo noticia del peligro de sus compatriotas, dió á Francisco de Carvajal el mando de doscientos soldados aguerridos y, sin perder minuto, lo envió en socorro de los conquistadores. Pero aunque Carvajal llegó al Perú cuando ya la tormenta habia casi desaparecido, no por eso dejó de ser recompensado con profusion. La liberalidad de Pizarro le conquistó para siempre el cariño de nuestro viejo capitan, que tenia el feo vicio de amar mucho el oro; y tanto fué el afecto de Carvajal por el marqués que puede decirse que sin él no habria sido vengada la muerte de Pizarro en la batalla de Chupas, donde, como es sabido, solo á la pericia militar de Carvajal se debió la victoria contra las entusiastas tropas de Almagro el Mozo.

Cuando vino el primer virey Blasco Nuñez á poner en ejecucion las ordenanzas reales, Carvajal vendió sus bienes en doce mil castellanos de oro y se dispuso para regresar á España. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Ni en el Callao, ni en Nasca, Quilca y otros puertos de la costa, encontró don Francisco navío listo para conducirlo á la península. Fué entonces cuando, en un arrebato de rabia, esclamó: — Pues que tierra y mar

no consienten que en tal coyuntura pueda yo escapar de esta madriguera, juro y prometo que de aquí para siempre jamás, hasta que el mundo se acabe, ha de quedar en el Perú memoria de Francisco de Carvajal.—

Y vaya si dejó nombre!

Basta leer al Palentino, ó cualquiera otro de los que sobre las guerras civiles de los conquistadores escribieron, para que se le erizen á uno los cabellos ante la sangre fria y el desparpajo con que Carvajal cortaba pescuezos, no diré á hombres de guerra, que al fin en ellos es merma del oficio el morir de mala muerte, sino hasta á frailes y mujeres.

Carvajal es una especie de ogro, un tipo lejendario, un hombre enigma. En nuestra historia colonial no hay figura que mas cautive la fantasía del poeta y del novelista. Grande y pequeño, generoso y mezquino, noble y villano, fué Carvajal una contradiccion viviente. Con sentimientos religiosos que no eran los de su siglo, con una palabra en la que bullian el chiste travieso ó el sarcasmo del hombre descreido, con una crueldad que trae á la memoria los sanguinarios refinamientos de los tiranos de la Roma pagana, hay que admirar en él su abnegacion y lealtad por el amigo, y la enerjía de su espíritu. Celoso de la disciplina de sus soldados y entendido y valiente capitan, la victoria fué para él sumisa cortesana. Sagaz y esperimentado político, es seguro que, á haber seguido sus consejos é inspiraciones, en vez de finar en el cadalso, otro gallo le habria cantado al *muy magnífico* señor don Gonzalo Pizarro.

Hemos creido necesarias estas líneas históricas para mejor inteligencia del proverbio tradicional que vamos á relatar.

II.

Presentáronle una tarde á Carvajal cuatro soldados españoles, de los que seguian la bandera del rey y que acababan de caer prisioneros en una escaramuza habida cerca de Ayabaca. Despues de breve interrogatorio á cada uno de ellos don Francisco, cuya gordura picaba en obesidad, se cruzaba las manos sobre el abultado abdomen y concluía con esta horripilante frase :

— Hermánito, póngase bien con Dios, ya que conmigo no hay forma de composicion.

Quedaba el último de los prisioneros que era un mancebo de veinte años. Por supuesto que el pobrete viendo que iban á peinarles las barbas á sus tres compañeros ponia la suya en remojo.

— ¿ Cómo te llamas, buena halaja? le interrogó Carvajal.

— Lope Betanzos para servir á su señoria — contestó el soldado.

— ¡ Betanzos ! Apellido es de buena cepa. ¿ Y de qué tierra de España ?

— De Vitigudino en Castilla.

— Pues sábete, arrapiezo, que el señor tu padre fué el mayor amigo que tuve en mis mocedades y que algunas bromas corrimos juntos en tiempos del Condestable. El ser hijo de quien eres, válete mas que ser devoto de algun santo para que el pescuezo no te huela á cáñamo.

Y, volviéndose á uno de los que lo acompañaban, añadió Carvajal :

— Alferez Ramirez, numere vuesamerced en su compañía á este mozo, si es que de buen grado se aviene á cambiar de bandera.

El prisionero, que motivo tenia para contarse entre los difuntos, se regocijó como el que vuelve á la vida, y dijo de corrido :

— Señor, yo prometo de aquí adelante y juro por mi parte de paraiso servir á vueseñoria y al señor Gobernador, y derramar la sangre de mis venas en su guarda y defensa.

— Dios te mantenga en tan honrado propósito, muchacho, y medrarás conmigo, que por venir de quien vienes te quiero como el padre que te engendró.

Y lo despidió dándole una palmadita en la mejilla, con no poco asombro de los presentes que jamás habian visto al Demonio de los Andes tan afectuoso con el prójimo.

Pero condenada estrella alumbraba á Lope Betanzos; porque alentado con las muestras de cariño que le dispensara don Francisco, no giró sobre sus talones sino que, permaneciendo como clavado en el sitio, se atrevió á decir :

— Pues tanta merced me hace su señoria quisiera que, para que mejor pueda llenar mi obligacion, mande que se me devuelva mi caballo, siquiera para que pueda alzar los piés del suelo.

Nunca tal deseo formulara el infeliz. A Carvajal se le inyectaron los ojos y murmuró con voz ronca :

— Hola! Hola! Danle hogaza y quiere torta? Ya te lo dirán de misas, bellaco. Eres como el abad de Compostela, que se comió el cocido y aun quiso la cazuela.

Y volviéndose al negro que cerca de él ejercía funciones de verdugo, añadió :

— Mira, Caracciolo, ahórcame luego á este barbilindo y sea de un árbol, y de manera que tenga los piés bien altos del suelo todo cuanto él sea servido.

Lope Betanzos quiso reparar su imprudencia y lleno de tribulacion repuso :

— Perdóneme vueseñoria que yo le seguiré á pié y aun de rodillas; porque de la suerte que vueseñoria manda no querria yo alzar los piés del suelo.

Pero Carvajal le volvió la espalda murmurando :

— Habráse visto tozudo ! La cuerda lo hará discreto.

Y se alejó canturreando una de sus tonadillas favoritas :

Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,
Nunca en la suya, siempre en mi mesa,
Y cada año me endilga un ahijado...
Qué compadre tan afortunado !

COSAS DE FRAILES!!!

A mi amigo el doctor don Francisco García Calderon.

Hasta hace poco mas de veinte años, veíanse en la Plaza Mayor de Lima dos crucesitas de madera, incrustadas en la pared. Una de ellas estaba sobre el arco del portal que conduce al callejon de Petateros. Como frente á ese sitio se alzaban la horca y el rollo, suponemos cristianamente que la susodicha cruz tenia por objeto consolar, en el supremo lance, á los ajusticiados con la vista del emblema de nuestra redencion.

La otra cruz hallábase en el ángulo que forman las calles de Palacio y del Correo, bajo los balcones de la casa de Nicolás de Rivera el Viejo, primer alcalde que tuvo el Cabildo de Lima, al fundar Pizarro la ciudad *.

¿Cuándo y porqué fué colocada allí esa cruz?

Hé aquí lector, lo que, merced á largas investigaciones históricas, he alcanzado á sacar en limpio.

I.

Despues de la batalla de Iñaquito, en que tan desastroso fin tuviera el primer virey del Perú, cayó prisio-

* Esta casa es la que actualmente habita el doctor don José Dávila Condemarin.

nero en el puerto de San Buenaventura, el general don Hernando Vela Nuñez, hermano de aquel infortunado gobernante.

Las iras del vencedor habíanse ya un tanto aplacado, y traido á Lima el prisionero ante el *muy magnífico señor* don Gonzalo Pizarro, éste le preguntó :

— ¿ Hace vuesamerced pleito homenaje y promesa, segun uso y costumbre de los antiguos caballeros de Castilla , de guardar por cárcel la casa de Hernando Montenegro, de no salir de ella sino á misa en los dias de precepto, de no haber cuestion ni enojos sobre las pasadas cosas de gobierno , y de no dar motivo para alboroto ni escándalo ?

Convengamos en que esto era mucho exijir ; pero el general Vela Nuñez que sabia no tener muy segura la cabeza sobre los hombros, arrodillóse ante un crucifijo y estendiendo la mano derecha contestó :

— Si prometo, y hago pleito homenaje de lo cumplir.

Y asi corrieron meses sin faltar en un ápice á lo pactado.

Vino, al cabo, la noticia de hallarse en Panamá el licenciado La Gasca, con plenos poderes del monarca para meter en vereda á los bochincheros de estos reinos. Entonces Vela Nuñez pensó, no en tomar las armas contra Gonzalo, sino en burlar la vijilancia de éste y escaparse para España, que harto estaba el General de aventuras, peligros y desengaños. El guardian de San Francisco se encargó de arreglar la fuga y, con toda cautela,comprometió al patron de un bergantin,anclado á la sazon en el Callao y espedito para dirijirse á Nicaragua.

Junto con Vela Nuñez debia marchar el capitan Bernardino de Loayza que habia intentado, en Huánuco,

alzar bandera por el rey y que, malograda su empresa, no tuvo otro recurso que venirse á Lima y tomar asilo en el convento franciscano. En esos tiempos no se andaban con chiquitas, y el que se metia en política sabia que iba jugando el pescuezo en la partida.

Todo estaba ya listo para la escapatoria; pero en la mañana del dia para ella señalado, tuvo minucioso aviso Gonzalo Pizarro y..... ¡adios mi plata!

II.

El capitan Juan de Latorre y Villegas, conocido mas generalmente por el Madrileño, fué uno de aquellos desalmados que en Iñaquito ultrajaron el cadáver del virey. El Madrileño llevó su ferocidad hasta el punto de arrancar algunos pelos de la barba y bigote del muerto y adornar con ellos el escudo de su chambergo. Así ataviado, paseó por las calles de Quito y despues por las de Lima.

En las ruinas de Pachacamac tuvo este pícaro la buena suerte de descubrir una riquísima *hauca* de la cual sacó, en metales y piedras preciosas, un tesoro que se estimó en ochenta mil duros. Gonzalo Pizarro, á nombre de la corona, le reclamó los quintos; pero negóse el Madrileño á satisfacerlos y entabló querella ante el simulacro de Audiencia que por entonces habia.

Gran amigo era el capitan Villegas del guardian de San Francisco, y fuese á él un dia y pidióle consejo sobre la manera de fugar de Lima y llevarse á España el tesoro. El reverendo, despues de tomarle juramento de guardar secreto, le confió el proyecto de Vela Nuñez añadiendo que no podia serle mas propicia la oportunidad; pues en Vela Nuñez llevaria á la Corte un valedor

para que el soberano no lo castigase por su rebeldía y por los ultrajes inferidos al cadáver del virey.

Pero cuando el franciscano se vió con el general y le propuso la compañía del Madrileño, aquel esclamó lleno de noble indignacion :

— Yo ligarme con traidor de esa calaña ! Primero que tal haga venga el verdugo y me descabece.

Este Juan de Latorre y Villegas fué uno de los trece famosos compañeros de Pizarro en la isla del Gallo, á quienes la reina Doña Juana agració con el título de caballeros de espuela dorada. Cuatro meses despues del suplicio de Gonzalo, encontraron á Latorre oculto en una cueva y La Gasca lo mandó ahorcar.

III.

Por mucho que el guardian dorase la píldora, comprendió Villegas que Vela Nuñez rechazaba su asociacion ; y fuése á Palacio y delató el plan de fuga, disculpando su complicidad con que por el interés que le inspiraba la causa revolucionaria habia tentado al prisionero para ver como estaba en lo de guardar el pleito homenaje.

Hallábanse en ese momento con Gonzalo, el oidor Cepeda, el capitan Gaspar Mejía y el alguacil mayor Antonio de Robles. Enfurecióse Pizarro y, volviéndose al licenciado Cepeda, le dijo :

— Vaya vuesamerced á casa de Montenegro y saque á ese felon de Vela Nuñez y dé con él en la cárcel de Corte.

El infame Cepeda, ese hombre que fué como moneda de dos caras y por ambas falsa, no se hizo repetir la órden y, seguido de Robles, salió precipitadamente.

Gonzalo se dirijió entonces á Mejía :

— Don Gaspar, tome vuesamerced gente de mi guardia y váyase á San Francisco; y si los frailes resisten, enforque frailes y tráigame á Loayza.

Salia de Palacio el capitan, seguido de picas y arcabuces, cuando caballero en una bizarra mula apareció un clérigo.

Llamábase éste Baltazar de Loayza, habia sido gran partidario del virey y, mas que de sus deberes eclesiásticos, habíase ocupado siempre de cosas políticas y mundanas. El capitan no conocia al otro Loayza y, habiendo la fatal coincidencia de que el clérigo habitara tambien en una celda de San Francisco, pensó que la órden de prision se referia á éste. Asi es que, al divisarlo por la esquina, esclamó — ¡ Qué fortuna ! Nos hemos ahorrado tiempo y desazones — y, deteniendo á la mula por la brida, le dijo al clérigo : — Bájese, aunque sea por las orejas, seor marrullero, y dése preso.

Baltazar de Loayza, que no tenia muy limpia la conciencia, quiso resistirse; mas le cayó encima la soldadesca y dieron con él en el suelo bajo los balcones de Rivera el Viejo.

Arremolinóse el pueblo en defensa del sacerdote, cruzáronse algunas lagrímitas de San Pedro y una de ellas le rompió la cabeza al padre Baltazar.

Pizarro, que desde un balcon se impuso del *quid pro quó,* despachó á uno de sus oficiales, el cual acercándose á don Gaspar, le dijo :

— Dice el señor Gobernador que vuesamerced ha trabucado el mandato, y que no es á éste sino á Bernardino de Loayza al que ha de echarle la zarpa encima.

— Pues lo siento, murmuró Mejía, porque este es tambien un trapisondista á quien reclama la horca.

El padre Loayza, dejado ya en libertad, se lavaba las heridas en una jcfaina y, al retirarse Mejía con la tropa, gritó con aire profético :

— Capitan de bandidos ! Aquí ha corrido mi sangre.... aquí correrá la tuya.

— Me..... rio del profeta ! ¡ Cosas de frailes !!! — contestó burlonamente el capitan.

Y se alejó camino de San Francisco.

IV.

Por supuesto que, con el retardo y el amago de motin, Bernardino de Loayza tuvo tiempo para escapar el bulto.

Tres ó cuatro dias despues, el 19 de Noviembre de 1546, el general Hernando Vela Nuñez salió á la Plaza donde le fué cortada la cabeza y puesta en el rollo, por traidor á su palabra y amotinador de estos reinos.

A tiempo que el infeliz se arrodillaba para que el verdugo hiciese en él justicia, entró á la Plaza, montado en un brioso caballo, el alguacil mayor Antonio de Robles, uno de los favoritos de Gonzalo, quien, acaso por adulacion á su señor, hizo caracolear al bruto y atropelló al sentenciado.

Fray Tomás de San Martin, digno ministro del altar que era el auxiliador de la víctima, se irritó ante ruindad tamaña y dijo en alta voz :

— ¡ Hombre sin caridad ! Espero en Dios que te verás en igual trance.

Pero aquel bárbaro soltó una carcajada insolente y volvió grupa, murmurando :

— ¡ Eh ! quién hace caso de sermones ! ..... Cosas de frailes !!!

V.

Pero lo cierto es, y uniformemente lo relatan los cronistas, que ambas profecias se cumplieron al pié de la letra.

La víspera de Corpus-Cristi del año 1547, Diego Centeno se presentó con los suyos á una milla del Cuzco. La ciudad estaba defendida por doble fuerza, siendo el gefe de ella Antonio de Robles, á quien Gonzalo Pizarro habia enviado desde Lima con tal destino.

Sonada la media noche, Centeno proclamó á su gente é hizo el juramento de que al otro dia ó lo tenian de enterrar ó habia de sacar una vara del palio en la procesion del Corpus.

Y atacó tan denodadamente que, con el alba, fué suya la victoria.

A las ocho de la mañana el cuerpo de Robles se balanceaba en la horca; y cuatro horas despues Diego Centeno (aunque habia sacado dos heridas en el combate) tomaba una de las varas del palio en la procesion del Santísimo.

Algunos dirán que en aquellos tiempos, en que tigres y lobos se devoraban sin piedad, no era dificil pronosticarle á un hombre de guerra que acabaria desastrosamente; pues tal fué el fin de dos tercios, por lo ménos, de los conquistadores. Pero lo que verdaderamente maravilla es la muerte del capitan Gaspar Mejía.

Pocos minutos despues de ajusticiado Vela Nuñez, dirijíase don Gaspar á Palacio cuando, al pasar bajo los balcones de Rivera el Viejo, encabritóse el caballo y arrojó al descuidado ginete contra la esquina.

Cuando acudieron á levantarlo estaba muerto.

Desde entonces se colocó la crucesita á que nos hemos referido y que algun arquitecto ó albañil de este siglo progresista y enemigo de antiguallas, ignorando la historia que con ella se relaciona, hizo desaparecer. Bien se conoce que no estamos en 1631 año en que, segun lo relata Calancha, la Inquisicion de Lima penitenció á Sebastian Bogado por el delito de haber quitado varias cruces en la calle de Malambo.

EL VERDUGO REAL DEL CUZCO.

A Benito Neto.

I.

Habia en Sevilla, por los años de 1541, dos jóvenes hidalgos, amigos de uña y carne, gallardos, ricos y calaveras.

El mayor de ellos llamábase don Cárlos, y abusando de la intimidad y confianza que le acordaba su amigo don Rafael, sedujo á la hermana de éste. Pecadillos de la mocedad!

Pero como sobre la tierra no hay misterio que no se trasluzca, y á la postre y con puntos y comas se sabe todo hasta lo de la callejuela, adquirió don Rafael certidumbre de su afrenta y juró, por las once mil y por los innumerables de Zaragoza, lavar con sangre el agravio. Echóse á buscar al seductor ; pero este, al primer barrunto que tuvo de haberse descubierto el gatuperio, desapareció de Sevilla sin que alma viviente pudiera dar razon de su paradero.

Al fin, y despues de meses de andar tomando lenguas, supo el ultrajado hermano, por informes de un oficial de la Casa de Contratacion, que don Cárlos habia pasado á Indias, escondiendo su nombre verdadero bajo el de Antonio de Robles.

Don Rafael realizó inmediatamente su ya mermada

hacienda, encerró en el convento á la desventurada hermana y, por el primer galeon que zarpó de Cádiz para el Callao, vínose al Perú en busca de venganza y desagravio.

II.

La víspera de *Corpus* del año de 1547 un gentil mancebo de veintiocho años presentóse, á seis leguas de distancia del Cuzco, al Capitan Diego Centeno y pidióle plaza de soldado. Simpático y de marcial aspecto era el mozo , y el Capitan que andaba escaso de gente (pues segun cuenta Garcilazo solo habia podido reunir cuarenta y ocho hombres para la arriesgada empresa que iba á acometer), lo aceptó de buen grado destinándolo cerca de su persona.

Antonio de Robles, favorito de Gonzalo Pizarro, estaba encargado de la defensa del Cuzco y contaba con una guarnicion de trescientos soldados bien provistos de picas y arcabuces. Pero la estrella del *muy magnífico* Gobernador del Perú comenzaba á menguar y el espíritu de defeccion se apoderaba de sus partidarios. En la imperial ciudad érale ya hostil el vecindario, que emprendia un trabajo de mina sobre la lealtad de la guarnicion.

Centeno, fiando mas en la traicion que en el esfuerzo de los suyos, pasada ya la media noche, atacó con sus cuarenta y ocho hombres á los trescientos de Robles que, formados en escuadron, ocupaban la Plaza Mayor. Al estruendo de la arcabuceria salieron los vecinos en favor de los que atacaban, y pocos minutos despues, la misma guarnicion gritaba : — Centeno ! y ¡ viva el rey !

A los primeros disparos, Pedro de Maldonado (á quien

se conocia con el sobrenombre del *Gigante,* por ser el hombre mas corpulento que hasta entonces se viera en el Perú) guardóse en el pecho el libro de Horas en que estaba rezando, y armado de una pica, salió á tomar parte en el bochinche. Densa era la oscuridad y el *Gigante*, sin distinguir amigo de enemigo, se lanzó sobre el primer bulto que al alcance de la pica le vino. Encontróse con Diego Centeno y, como Pedro de Maldonado mas que por el rey se batia por el gusto de batirse, arremetió sobre el caudillo con tanta bravura que, aunque lijeramente, lo hirió en la mano izquierda y en el muslo, y tal vez habria dado fin de él si el recien alistado en aquel dia no disparara su arcabuz con tan buen acierto que vino al suelo el *Gigante*.

En este asalto ó combate hubo mucho ruido y poca sangre; pues no corrió otra que la de Centeno que, como hemos dicho, la guarnicion apenas si aparentó resistencia. Ni aun Maldonado el Gigante sacó rasguño porque la pelota del arcabuz dió en el libro de Horas, atravesando el forro de pergamino y cuarenta páginas, suceso que se calificó de milagro patente y dió mucho que hablar á la gente devota.

Despues de tan fácil victoria, llamó Centeno al soldado que le librara la vida y díjole :

— Cómo te llamas, valiente ?

— Nombre tuve en España ; pero en Indias llámanme Juan Enriquez, para servir á vueseñoría.

— Hacerte merced quiero que de agradecido precio. ¿Dime, te convendria un alferazgo ?

— Perdone vueseñoría, no pico tan alto.

— ¿Qué quieres ser entonces, muchacho ?

— Quiero ser verdugo real — contestó el soldado con voz sombría.

Diego Centeno y los que con él estaban se estremecieron.

— Pues, Juan Enriquez, — contestó el capitan despues de breve pausa — verdugo real te nombro y harás justicia en el Cuzco.

Y pocas horas despues empezaba Juan Enriquez á ejercer las funciones de su nuevo empleo, cortando con mucho desembarazo la cabeza del Capitan don Antonio de Robles.

III.

De apuesto talle y de hermoso rostro habria sido Juan Enriquez lo que se llama un buen mozo, á no inspirar despego el acerado sarcasmo de sus palabras y la sonrisa glacial é irónica que vagaba por sus labios.

Era uno de esos seres sin ventura que viven con el corazon despedazado y que, dudando de todo, llegan á alimentar solo desden por la humanidad y por la vida.

Satisfecha ya su venganza en Antonio de Robles, el pérfido seductor de su hermana, pensó Juan Enriquez que no habia rehabilitacion social para quien pretendió el cargo de ejecutor de la justicia humana.

El verdugo no encuentra corazones que le amen ni manos que estrechen las suyas. El verdugo inspira asco y terror. Lleva en sí algo del cementerio. Es ménos que un cadáver que paseara por la tierra, porque en los muertos hay siquiera un no sé qué de santidad.

Fué Juan Enriquez quien ajustició á Gonzalo Pizarro, á Francisco de Carvajal y á los demas capitanes vencidos en Saxahuaman ; y pues viene á cuento, refiramos lo que pasó entre él y aquellos dos desdichados.

Al poner la venda sobre los ojos de Gonzalo, éste le dijo :

— No es menester. Déjala, que estoy acostumbrado á ver la muerte de cerca.

— Complazco á vueseñoría — le contestó el verdugo — que yo siempre gusté de la gente brava.

Y, á tiempo que desenvainaba el alfange, le dijo Pizarro :

— Haz bien tu oficio, hermano Juan.

— Yo se lo prometo á vueseñoría, contestó Enriquez.

Y diciendo esto, añade Garcilazo, con la mano izquierda le alzó la barba que la tenia crecida de un palmo, segun era la moda, y de un revés le cortó la cabeza, con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano enseñándola á los circunstantes.

Cuentan que cuando fué á ajusticiar á Carvajal, éste le dijo :

— Hermano Juan, pues somos del oficio trátame como de sastre á sastre.

— Descuide vuesamerced y fie en mi habilidad, que no he de darle causa de queja para cuando nos veamos en el otro mundo.

Fué Juan Enriquez quien, por órden del Presidente La Gasca, le sacó la lengua por el colodrillo á Gonzalo de los Nidos el Maldiciente, y al ver lo trabajoso de la bárbara operacion exclamó :

— Pues habia sido obra desarmar á un escorpion !

Es tradicional tambien que, siempre que Juan Enriquez hacia justicia, se quedaba gran rato contemplando con melancolía el cadáver ; pero luego, como avergonzado de su debilidad, se dibujaba en su boca la fatídica sonrisa que le era habitual y se ponia á canturrear :

Ay abuelo! Ay abuelo!
Sembrasteis alazor y naciónos anapelo!

IV.

Al siguiente dia de revelado don Francisco Hernandez Giron, Juan Enriquez, que era muy su amigo y partidario, se puso mas borracho que un mosquito y salió por las calles del Cuzco cargado de cordeles, garrotes y alfange, para ahorcar y cortar pescuezos de los que no siguiesen su bandera.

Derrotado el caudillo, un año despues, cayó Juan Enriquez en poder del general don Pablo de Meneses, junto con Alvarado y Cobos, principales tenientes de Giron, y diez capitanes mas.

Meneses condenó á muerte á los doce, y volviéndose al verdugo le dijo:

— Juan Enriquez, pues sabeis bien el oficio, dad garrote á estos doce caballeros, vuestros amigos, que los señores Oidores os lo pagarán.

El verdugo, comprendiendo la burla de estas palabras, le contestó:

— Holgárame de no ser pagado que la paga ha de ser tal que, despues que concluya con estos mis compañeros, venga yo á hacer cabal la docena del fraile.

Y dirijiéndose á los sentenciados añadió:

— Ea, señores, dejen vuesamercedes hacer justicia y confórtense con saber que mueren de mano de amigo.

Y habiendo Juan Enriquez dado término á la tarea, dos negros, esclavos de Meneses, finalizaron con el verdugo real del Cuzco, echándole al cuello un cordel con un nudo escurridizo.

EL QUE SE AHOGÓ EN POCA AGUA.

ORIJEN TRADICIONAL DE UN REFRAN.

Dicen los fatalistas que la que está de condenarse desde chiquita no reza, que á cerdo que es para boca de lobo no hay San Anton que lo guarde, y que el que nació para ahogarse pierde el resuello en un charco de ranas.

No parece sino que para dar razon á tal doctrina, matadora del libre albedrio y anatematizada por la Iglesia, hubiera Dios echado al mundo á Juan de Porras, soldado que acompañó á Pizarro en la proeza de Cajamarca y á quien tocó del tesoro acumulado para rescate de Atahualpa, una partija de ciento ochenta y un marcos de plata y cuatro mil quinientas cuarenta onzas de oro.

Corriendo los dias, Juan de Porras, que era de genio inquieto y revoltoso entre los revoltosos, pasóse del bando del Marqués al del Adelantado don Diego; y como todos sus compañeros de desdicha, despues de la batalla de las Salinas, tuvo que pasar la pena negra porque el vencedor dió palo de firme en los vencidos. Eso si que fué *argolla* y no la de mi paisano!

Al fin reventó la cuerda y, armada en Lima la tremenda para asesinar á don Francisco Pizarro, fué Por-

ras uno de los que con Juan de Rada salieron del callejon de los Clérigos en demanda del Gobernador.

En otra ocasion hemos referido que Gomez Perez, uno de los conjurados, dió un rodeo para no meter los piés en un charco de agua, formado por la lijera lluvia ó garúa con que el invierno se manifiesta en Lima, y que Rada lo apostrofó con estas palabras :

Cargado de hierro, cargado de miedo. Vamos á bañarnos en sangre y vuesamerced está huyendo de mojarse los piés? Andad y volveos que no servis para el caso.

Pero entónces se nos olvidó contar que Juan de Porras tambien le clavó un puyazo á su compañero :

— Vaya, Gomez Perez, que estais hecho una doña melindres y que el charco se os antoja brazo de mar.

Y tras de echar un taco redondo puso los piés en mitad del charco diciendo :

— ¡ Caracoles ! Ahógueme yo en tan poca agua !

— Oigate Dios, compadre, y lo que dice tu lengua pague tu gorja ! — le contestó Gomez Perez, entre mohino y zumbático, y obedeciendo la órden de Juan de Rada se regresó el muy cobardote al callejon de los Clérigos.

Gomez Perez fué un pícaro de encargo, díscolo, fanfarron y gallina, y que anduvo siempre mas torcido que conciencia de escribano. Asi lo pintan los historiadores. Pero es preciso convenir en que á veces Dios está con humor de gorja porque oye hasta las plegarias de los pícaros.

Y sino van ustedes á saber como oyó la de Gomez Perez.

*
* *

Cuando Gonzalo Pizarro, alzado ya contra Blasco Nuñez de Vela, llegó á Lima para recibir de los Oidores y vecinos el nombramiento de Gobernador del Perú, fué uno de sus primeros actos echarse á perseguir á varios de los que, con razon ó sin ella, sospechaba partidarios del Virey y entre ellos al capitan Garcilazo de la Vega, padre del inca historiador, que tomó asilo en el convento de Santo Domingo.

Don Francisco de Carvajal recibió la órden de allanar el convento y no dejar escondrijo sin rejistro, y para cumplirla acompañóse de Porras y cuatro soldados. Cedámos aquí la palabra al cronista de los *Comentarios Reales*, que él cuenta las cosas sin floreos y mejor de lo que nuestra pluma pudiera hacerlo. Asi no tendrá nadie derecho para decirme que hablo á la birlonga y sin fundamento.

« Alzó Carvajal los manteles del altar mayor, que « era hueco, y vió un infeliz soldado que tambien an- « daba fujitivo; mas como no era Garcilazo, que era al « que Carvajal tenia empeño en prender, soltó los man- « teles diciendo en alta voz : — no está aquí el que « buscamos. — En pos de él, llegó Porras y, mostrán- « dose muy dilijente, alzó los manteles y descubrió al « que ya Carvajal habia perdonado y dijo : — Aquí « hay uno de los traidores. — A Carvajal le pesó de que « lo descubriese y dijo con mal gesto : — Ya yo lo habia « visto. Mas, como el pobre soldado fuese de los muy « culpados contra Gonzalo, no pudo ya escusarse Carva- « jal de ahorcarlo, sacándolo confesado del convento. »

« Pero Dios castigó pronto al denunciante. Tres me- « ses despues, salió Porras á desempeñar una comision « en Huamanga. El caballo que iba caluroso, cansado y « sediento, se puso á beber en un charquillo pequeño,

« donde el mismo Porras le guió para que bebiese, y
« habiendo bebido se dejó caer en el charco y tomó
« una pierna á su amo debajo, y acertó Porras á caer
« hácia la parte alta de donde venia el agua. No pudo
« salir de debajo del caballo, ni tuvo maña para que
« este se levantára, y así se estuvieron quedos hasta
« que se ahogó Porras con tan poca agua que no lle-
« gaba, con estar caido, ni al pescuezo del caballo.
« Vinieron otros caminantes, levantaron el animal y
« enterraron al ginete. »

***

Desde entónces quedó por refran, entre los españoles del Perú el decir, cuando un prójimo se atortola y mete en confusiones por asunto que no es de gravedad ó que tiene facil remedio :

— Eh ! no hay que ahogarse en poca agua, como Juan de Porras.

LOS MATRIMONIOS DE REAL ÓRDEN

El 21 de Julio de 1552 falleció en Lima el virey don Antonio de Mendoza, marqués de Mondéjar, dejando el gobierno á cargo de la Real Audiencia. Juzgando por apariencias, el país se hallaba como una balsa de aceite y no se movía paja que augurase tremolina; pero en realidad habia hormiguillo revolucionario en todos los espíritus, y de ello dieron en breve testimonio claro los sangrientos sucesos de Potosí y la famosa rebeldía de don Francisco Hernández Giron, quien, tras ganar batalla sobre batalla, al primer descalabro vino a ser moro al agua y pagó con el pescuezo lo atrevido de su caballeresca empresa. A los que anhelen hacer ámplio conocimiento con tan valiente como simpático caudillo, les recomiendo la *Crónica de las revoluciones del Perú,* que escribió y dió á la estampa en Sevilla, por los años de 1571, Diego Fernández (el Palentino), libro cuya circulacion en América estuvo prohibida por el rey, durante dos siglos.

El marqués de Mondéjar tenía concertado con la Audiencia el nombramiento del jeneral don Pedro de Hinojosa para justicia mayor de los Chárcas, y cuando éste habia ya casi terminado sus aprestos de viaje, acaeció la muerte de su excelencia. Pasados los dias de luto oficial, se reunieron los oidores y creyeron conveniente que subsistiese lo acordado. Llamaron á don Pedro, tuvieron con él una mano de conversacion, se

desvanecieron ciertas desconfianzas que de él abrigaban y le intimaron que precipitase la marcha al lugar de su destino; pues motivos tenían sus señorías para barruntar que en la villa imperial iba á armarse un motin de órdago y noche turbia.

A tiempo que de prevenir males y bochinches se trataba, recibió la Audiencia una orijinalísima provision de Felipe II. Su Majestad pensaba, y para pensarlo no escaseaban razones, que á las turbulencias de estos reinos contribuía en mucho la condicion de soltería en que se encontraba la mayor parte de los vecinos de Lima, que no se arriesgaban á recibir la bendicion del cura por tener en memoria el refran que reza: — melon y casamiento requieren acertamiento.

Por ende, ordenaba el monarca se notificase á todos los estantes y habitantes de su muy noble Ciudad de los Reyes del Perú, que en término de treinta dias (¡ ahí es nonada la prisa !) abandonasen el regalo de la vida célibe, bajo pena de perdimiento de hacienda: Item, prevenía don Felipe, con paternal solicitud, que los que no tuviesen un arreglillo ó aparejada novia, recibiesen costilla de real órden, y fuese ésta la chica que la Audiencia escojiese entre las indias nobles del país. *Ansi,* concluía el sacramental documento, *desaparecerá todo olor a barraganía, habrá la moral ganancia y se amansarán los jénios turbulentos, que con viento se limpia el trigo y los vicios con castigo.*

Que Dios há en gloria á Su Majestad Don Felipe II, en jamás de los jamases se me pasó por las mientes dudarlo; y una picaruela, que yo me sé, y que anda por esas calles pisando corazones, y con la cual platicaba cierta noche de cosas de Iglesia, díjome que solo por esta real cédula merecido se tiene el hijo de

Cárlos V que Roma lo canonice. Con que... alcaravan zancudo, abre el ojo que asan carne!

Parece que ogaño no vendría mal un mandamiento de la laya, visto que, en materia de matrimonio, los hombres andan retrecheros, abundando, que es bendicion de Dios, las hembras de buen palmito, que si Su Divina Majestad ó una ley del próximo congreso no lo remedia, se quedarán para peinar á Santa Catalina ó vestir virjencitas de Chinquiquirá, anjelitos de cera y San Antoñitos de piedra de Guamanga.

No es preciso que yo lo apunte, pues adivinar se deja que los solterones pusieron cara de hereje á la real provision; pero la Audiencia se mantuvo tiesa que tiesa, y quieras que no quieras muchos prójimos mordieron del ajo, y los curas cosecharon buenos cuartejos y estuvieron diariamente de arroz y gallo muerto.

Hombres hay que dicen (¡ habrá bellacos!) que siempre gallina amarga la cocina, ó lo que es lo mismo, que es mucha pepla resignarse á no mudar de compañera. Si por algo ha hecho siempre furor el baile de cuadrillas es..... porque el cambio de parejas hace imposible la monotonía.

De estos pícaros hubo mas de veinte que se confabularon para escapar de Lima ántes de ser notificados; y como el jeneral Hinojosa debia salir para Potosí, á él fueron y le rogaron que los llevase en su comitiva. El frio sabe á quién se arrima, y en puridad de verdad que el justicia mayor era el hombre á propósito para ampararlos en tribulacion tamaña.

Don Pedro de Hinojosa rayaba á la sazon en los cuarenta y cinco años, y dejando á un lado su valor, gallardía, fortuna y merecimientos, habia conquistado fama de muy gran galanteador. En cierta ocasion, y

creyendo halagarlo, propúsole el licenciado La Gasca casarlo con la hija del marqués Pizarro, tras la cual andaban bebiendo los vientos nuestro simpático capitan Hernández Giron y don Miguel de Velasco, deudo del mariscal Alonso de Alvarado. Pero don Pedro no era de los que se dejaban engatusar con dedadas de miel y le contestó al presidente :

— Sabroso bocado es doña Francisca, hermosa como una perla,rica como una reina y con mucho señorío en la persona ; pero perdono el bollo por el coscorron que en Dios y en mi ánima, tengo jurado no renunciar á las gollorías de mancebo ni por todo el Imperio de las Indias, amen de que entre el sí y el no de una mujer no pondria yo ni la punta de un alfiler.

Y doña Francisca tuvo que irse á España y apechugar con el vejestorio de su tio Hernández, que la triplícaba su edad y á quien acompañó en su larga prision hasta que Dios fué servido dejarla viuda.

Volviendo á don Pedro de Hinojosa, es típica y suya y muy suya esta frase que ha pasado á proverbio y que mejor de lo que lo hiciéramos en sendas pájinas, revela su libertinaje :

— Con tres pares de muchachas no tengo yo para celebrar la Pascua despues del ayuno cuaresmal.

Digo, si el nene sería tagarote ó fanfarron !

A buen árbol se acojieron, pues, los que tenían ojeriza al casorio, y don Pedro sin escojer á moco de candíl, los enroló en la compañía de lanzas destinada á resguardarlo en el viaje.

Pero no porque don Pedro fuese gran persona, pensó el oidor Bravo de Saravia, hombre bragado y tesonero y que era quien llevaba la voz en la Audiencia, que debía ser escusada la notificacion, y un dia

presentóse el escribano real Avendaño en casa del jeneral.

Este que sospechó lo que entre-manos traía el pájaro de pluma, le dijo ;

— Mire, vuesa merced, que no puedo darme hoy por notificado y ruégole me disimule hasta mañana, que con estas cosas de mi cargo ando con el seso perdido y sin calma para estampar mi garabato. Véngase, si es servido, mañana por esta su casa, que el asunto no es cochite hervite ; y sin deservicio del rey puede dar largas y dejarme por esta noche dormir sobre ello y tomar acuerdo con la almohada. Así notificará tambien, vuesa merced, la provision á los soldados de mi compañía á quienes ella compete.

Aunque la escusa era, como se dice, achaques al viérnes por no le ayunar, contemporizó el escribano, echóse al buche una copa de Priorato ó Málaga y se despidió, convenido en dejar la notificacion para oportunidad mejor.

En el acto, y con toda cautela, hizo el jeneral sus últimos aprestos ; y aquella misma noche, sin ser visto ni sentido, salió de Lima con su compañía de lanzas, compañía compuesta de gallos de mucha estaca, es decir de solterones.

Al siguiente dia, Avendaño reveló al oidor Saravia, que Hinojosa y los suyos, eran los únicos á quienes no habian podido notificar la voluntad real. Pero Bravo de Saravia, zorro muy camastron, lo miró entre ceja y ceja y le dijo :

— A mí con esas, señor cartulario ! Vuesa merced no juega limpio, y si me ha tomado por un braganzas, como el licenciado Altamirano, sepa que no paso por fullerías. Cohecho ó favor, ello es culpa de vuesa mer-

ced y á vuesa merced toca remediarla que no á mí. Y pues el jeneral vá camino de los Chárcas , vea vuesa merced cómo le dá alcance y le notifica, y á él y sus lanzas les intima la vuelta, que mozas casaderas hay en Lima y agradecerle han la dilijencia.

Y, aunque intentó oponérsele el oidor Altamirano, no hubo santo que valiese para hacerlo apear de lo dicho.

El escribano montó á caballo y, con los pergaminos del caso y buena escolta, echóse á galopar tras los fujitivos.

Habíanse éstos, creyéndose ya seguros, detenido en el pueblo de Mala, cuando, al caer de una tarde y en momentos en que el jeneral se sentaba á la mesa con Alonse de Castro, su alguacil mayor, y otros tres oficiales, entró corriendo un soldado y trabucándosele las palabras, que tanto efecto hace en la lengua el miedo de perder la libertad, dijo :

— Sepa, su señoría, que, á pocas cuadras de camino, viene á todo venir, con jente de armas y pendon, el secretario de la Audiencia.

Don Pedro brincó del asiento como aquel á quien pica víbora, y dejando intacta la colacion, gritó :

— A cabalgar caballeros !! que nos casan ! que nos casan !

Y hubo toque de botasilla y confusion babilónica.

Y don Pedro de Hinojosa, el valiente entre los valientes, el que jamás volviera cara al enemigo en los campos de batalla, se amilanó como un pelele ante el amago de matrimonio mas que si el verdugo se presentára á descabezarlo, y le corrieron culebritas por el cuerpo, lo que no le aconteció pocos meses mas tarde, el dia en que á traicion lo asesinaron en Potosí.

Y tal fué la prisa que él y los suyos se dieron para huir del peligro, que abandonaron equipajes y trebejos y á tiempo que por un estremo del pueblo apareció Avendaño, escapaba por el opuesto y á revienta caballos la comitiva del Justicia Mayor.

Avendaño, que aquel dia habia hecho larga jornada, vió que era imposible perseguirlo y decidió regresar á Lima, muy contento con llevar prisioneros á dos soldados de Hinojosa que, por estar en el *tambo* ó ventorrillo remojando una aceitunita, no pudieron escapar á tiempo.

Llamábanse éstos Gracian de Sesé *el cojo* y Diego de Tapia *el tuerto*.

Cuando el escribano se presentó con ellos ante la Real Audencia, el Oidor Bravo de Saravia murmuró á la oreja de sus compañeros Hernando de Santillán y Mercado de Peñalosa :

Este belitre de Avendaño no es para silla ni para albarda. Dejar escapar á los buenos mozos y traerse un par de lisiados, mas feos que una excomunion ! Lindo regalo para las novias !

Pero cojo y tuerto, Gracian de Sesé y Diego de Tapia pagaron por todos sus compañeros; y como no se les conocía tapujo ni contrabando alguno en la ciudad, la Audiencia los casó con hijas de un acaudalado cacique, muchachas que, si no mienten mis apuntes, no tenian malos bigotes.

Los dos soldados se resignaron, por el momento, y al recibir la dote, dijeron para sí : — Vaya en gracia ! Los duelos con pan son ménos.

Pero Felipe II se engaño como un papanatas imajinándose que con el matrimonio entra el juicio en la cabeza de los hombres. Apenas llego á Lima la noticia de que

en Potosí se habia armado *la gorda,* cuando nuestros casados de real órden abandonaron á las conjuntas y se fueron á tomar cartas en la jarana. De ellos puede decirse con el refran que tuvieron la ventura de la barca. — la mocedad trabajada y la vejez quemada.

A Diego de Tapia, el tuerto, lo ahorcó, no recuerdo si Vasco Godínes ó el mariscal Alvarado.

En cuanto ó Gracian de Sesé, el cojo, en la batalla de Chuquinga una bala le rompió la pata sana... y las lió el pobrete.

Relataré aquí de paso, aunque ello no viene á cuento, que en esa batalla de Chuquinga hubo un mozo llamado Gonzalo de Mata, quien pensando que su solo nombre bastaba para asustar jente, se arrojó en lo mas revuelto de la pelea gritando desaforadamente :

— Rendirse! Rendirse ; que aquí está Mata!

— Sí? — contestó uno de los enemigos — pues aquí está quien lo mata.

Y, aplicando la mecha al arcabuz, le plantó en medio del pecho un balazo soberano, enviándolo á hacer el coco á la tierra de los calvos.

Y con esto, lectores mios, hagamos por hoy punto diciendo á guisa de oracion jaculatoria :

— Bendito y alabado sea el Señor, que nos hizo nacer en tiempo en que ningun hijo de vecino corre riesgo de que lo casen de real órden.

QUIZÁ QUIERO, QUIZÁ NO QUIERO.

ACERTIJO HISTORICO-TRADICIONAL.

Al Sr. D. Manuel Concha,
Autor de la CRÓNICA DE LA SERENA.

I.

Esto de casarse con viuda, proeza es que requiere mas hígados que para habérselas, en pampa abierta y cabalgado en rocin flaco, con un furioso berrendo, de esos que tienen mas cerviguillo que un fraile y puntas como aguja de colchonero.

Porque amen de que lo sacan á uno de quicio con el eterno *difuntear,* (páseme la Academia el verbo) son las viudas hembras que gastan mas letra colorada que misal gregoriano, mas *recúchulas* que juez instructor de sumario, y mas puntos suspensivos que novela garabateada por el diablo.

Y en corroboracion de estas mis palabras, no tengo mas que sacarle los trapillos á la colada á cierta doña Beatriz, viuda de Perico Bustinza, que no á humo de pajas escribió Quevedo aquello

De las carnes el carnero,
De los pescados el mero,

De las aves la perdiz,
Y de las mujeres la Beatriz.

La boca se me hace agua al hablar de la Beatriz de mi cuento; porque si no miente Garcilazo (no el poeta sino el cronista del Perú, que á veces es mas embustero que el telégrafo) fué la tal una real moza.

Pero á todo esto, como ustedes no saben qué casta de pájaro fué Perico Bustinza ni quien fué su media naranje, no estará fuera de oportunidad que empiece por darlos á conocer.

Perico Bustinza era un moceton andaluz que llegó al Cuzco hecho un pelaire, con una mano atrás y otra adelante, en busca de la madre gallega, allá por los años de 1535. Eso sí, en cuanto á audácia era capaz de meterle el dedo meñique en la boca al padre que lo engendró; y por lo que atañe á viveza de ingenio, sé de buena tinta que le sacaba consonante al floripondio.

A la sazon, encontrábanse los conquistadores en atrenzos mayúsculos. La sublevacion de indios era general en el Perú. El marqués Pizarro, en Lima, se hallaba sitiado por un ejército de cincuenta mil hombres al mando de Titu-Yupanqui que ocupaba el cerro llamado despues de San Cristoval, en conmemoracion acaso del milagro que hizo el santo obligando á los indios á emprender la fuga en el dia que la Iglesia celebra su festividad. Titu-Yupanqui murió en el combate.

Mas aflictiva, si cabe, era la situacion de los cuatrocientos españoles avecindados en el Cuzco. El Inca Manco, á la cabeza de doscientos mil hombres, mantuvo durante muchos meses á la imperial ciudad en riguroso asedio. Los conquistadores, en los diarios combates, que se vieron forzados á dar, ejecutaron haza-

ñas heróicas, casi fabulosas. Cúpole en suerte á Bustinza distinguirse entre tanto valiente y en grado tal que, como se dice, le cortó el ombligo á Hernando Pizarro, que era todo un tragavirotes. Nada hubo, pues, de maravilloso en que acostándose una noche Perico de simple soldado, se dispertase por la mañana convertido en capitan de una compañía de piqueros y sobresalientes.

Por supuesto, que desde ese dia se hizo llamar Don Pedro de Bustinza, y tosió fuerte, y habló gordo, y se empinó un geme, y no permitió que ni Cristo padre le apease el tratamiento.

Apaciguada, al fin, la sublevacion, Hernando Pizarro recompensó con largueza á sus compañeros, llevando su predileccion por Bustinza hasta casarlo con la *ñusta* ó princesa Doña Beatriz Huayllas, hija del Inca Huayna-Capac, matrimonio que dió al marido, aparte de las muchas riquezas de que era poseedora la mujer, gran influencia entre los caciques é indios del pais. Con razon dicen que mas corre ventura que caballo ni mula.

Doña Beatriz, que era por entonces moza de veinticinco años, de esquisita belleza y de mucho señorío en la persona, amó á Don Pedro de Bustinza con entusiasta cariño. Verdad es tambien que él se lo merecia, porque fué, hagámosle justicia, todo lo que hay que ser de buen marido.

Vinieron las guerras civiles entre los conquistadores, y el capitan Bustinza, que servia contra la causa realista bajo la bandera de Gonzalo Pizarro, cayó prisionero en una escaramuza habida cerca de Andahuaylas; y La Gasca, que era un cleriguillo que no se andaba con escrúpulos de marigargajo para con los rebeldes, le hizo romper la nuez por manos del verdugo.

Así quedó viuda la princesa Doña Beatriz. Vistió toca,

lloró la lágrima viva y, viniese ó no á cuento, no se la caia el difunto de la boca. Vamos! Si era cosa de dar dentera oirla todo el santo dia referir maravillas del finado!

Ahora, con vénia de ustedes, hago aquí punto para entrar de lleno en la tradicion.

II.

Referido hé en otra ocasion que Su Magestad don Felipe II envió á estos sus reinos del Perú una real cédula, ordenando que las viudas ricas contrajesen nuevo lazo, sin escusa valedera en contra, con españoles escojidos entre los que mas hubieran contribuido al restablecimiento del órden. Asi creia el monarca no solo premiar á sus súbditos, dándoles esposas acaudaladas, sino poner coto á nuevas rebeldias.

Doña Beatriz, tanto por su fortuna cuanto por su prestijio como hija del padre de Atahualpa no podia ser olvidada, y el general Diego Centeno pidió la mano de la princesa para su favorito Diego Hernandez.

Era Diego Hernandez lo que se llama un buen Diego. Cincuenta años y un chirlo que le tomaba frente, nariz y belfo, hacian de nuestro hombre un novio como un lucero.... sin brillo.

Bocado apetitoso, á fé mia!

Como para viuda y hambriento no hay pan duro, quizá doña Beatriz habria arrastrado de malilla con el chirlo y los cincuenta diciembres, si un quidam, envidioso de la ganga que se le iba á entrar por las puertas á Diego Hernandez, no hubiera murmurado á los oidos de la dama que el novio era como mandado hacer de encargo y, aludiendo á que en sus moceda-

des habia sido Hernandez aprendiz de zapatero en España, enviádola estos verses :

Plácemes te dá mi pluma
Que un galan llevas, princesa,
Que ansi maneja la espada
Como maneja la alezna.

Los oficios de sastre y zapatero eran, en el antiguo imperio de los Incas, considerados como degradantes y doña Beatriz que, aunque cristiana nueva, tenia mas penacho que la gorra del catalan Poncio Pilatos y no podia olvidar que por sus venas corria la noble sangre de Huayna-Capac , dijo muy indignada á Diego Centeno :

— Háme agraviado vuesamerced proponiéndome por marido á un *ciracamayo* (sastre)

Centeno porfió hasta lentejuela y abogó hasta la pared de enfrente en favor de su ahijado Hernandez. El obispo del Cuzco y otros personajes gastaron tambien saliva inútilmente ; porque doña Beatriz no quiso atender á razones. Y á mujer que se obstina en no querer, no hay mas que dejarla en paz é irse con la música á otra parte, que de hembras está empedrado el mundo y el amor es juego de basas en que cada carta encuentra su compañera. Entonces su hermano el Inca Paullu se comprometió á hacerla cejar y la dijo :

— Beatriz, tu negativa será fatal para nuestro pueblo. Heridos los españoles en su orgullo, se vengarán en los pocos descendientes que aun quedamos del último Inca ; y pues lo que codicia Diego Hernandez es tu oro, dáselo con tu mano ; que en cuanto á compartir

con él tu lecho, háme ofrecido no hacerte violencia. Es punto de honrilla para él y sus amigos esta boda; y pues somos débiles ceder nos toca, hermana.

Y por este tono siguió reforzando sus argumentos.

Tal vez no era muy fraternal el movil que lo impulsaba á empeñarse; pues averiguado está que muerto Manco, aspiraban Sairy-Tupac, Paullu y otros indios nobles á ceñirse la borla imperial.

Paullu sacrificaba su hermana á su ambicion política, esperando propiciarse así el apoyo de los conquistadores.

Despues de bregar largamente terminó la dama por hacer esta pregunta :

— Te ha jurado Diego Hernandez por la cruz de su espada y por Santiago apóstol, que no reclamará de mí sus derechos de marido?

— Sí, Beatriz, — contestó el Inca Paullu.

— Pues, entonces, anúnciale que disponga de mi mano.

III.

Aquella misma noche reunióse en casa de la princesa lo mas graneado del vecindario cuzqueño.

El obispo del Cuzco, que debia unir á los contrayentes, preguntó á doña Beatriz :

— ¿ Quereis por esposo y compañero al capitan Diego Hernandez ?

— Quizá quiero, quizá no quiero — contestó la princesa.

— ¿ A qué carta me quedo, doña Beatriz ? — insistió el obispo — ¿ Quereis ó no quereis ?

— Ya lo he dicho, señor obispo. Quizá quiero, quizá no quiero.

— Pues concluyamos! — murmuró un tanto picado su ilustrísima — y echando la bendicion sobre dama y caballero, los casó en latin, *in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Es decir que quedó atado en el cielo lo que el obispo acababa de atar en la tierra.

¿El *quizá quiero, quizá no quiero* de la princesa encerraba un *distingo* casuístico? Asi lo barrunto.

¿Su ilustrísima se hizo *in pectore* algun silojismo teológico que tranquilizara su conciencia, para dar por afirmativa una respuesta que no es la prevenida por los cánones? No sabré decirlo.

Lo que si puedo afirmar con juramento es que, andando los tiempos, debió doña Beatriz humanizarse con su marido; porque..... porque..... no sé como decirlo ¡qué demonche! Sancha, Sancha, bebes vino y dices que mancha.

Ella dejo prole..... con que..... chocolate que no tiñe.....

HERMOSA ENTRE LAS HERMOSAS.

A Ricardo Rossell.

Dice usted, amigo mio, que con cuatro paliques, dos mentiras y una verdad hilbano una tradicion. Pues si en esta que le dedico hay algo que peque contra el octavo mandamiento, culpa será del coronista agustino que apunta el suceso, y no de su veraz amigo y tocayo.

I.

Gran persona es, en la historia de la conquista del Perú, Diego Maldonado. Compañero de don Francisco Pizarro en la zinguizarra de Cajamarca, tocóle del rescate del Inca Atahualpa la puchuela de siete mil setecientas setenta onzas de oro, y trescientos setenta y dos marcos de plata ; y fué tal su comezon de atesorar y tan propicia fuéle la suerte que, cuando se fundó Lima, era conocido con el apodo de *el Rico*.

A ser mas justiciera la historia debió cambiarle el mote y llamarlo *el Afortunado;* que fortuna, y no poca, fué para él librar varias veces de morir á manos del verdugo, albur que merecido se tenia por sus desaguisados y vilezas. No hubo pelotera civil en la que no batiese el cobre, principiando siempre por azuzador de la revuelta para luego terminar serviendo al rey. Dios

lo tenga entre santos; pero mucho, mucho gallo fué su merced Don Diego Maldonado el Rico.

El atrenzo mayúsculo en que se vió este conquistador fué cuando el famoso Francisco de Carbajal, que entre chiste y chiste ahorcaba gente que era un primor, quiso medirle con una cuerda la anchura del pescuezo. Carbajal que ahorcó al padre Pantaleon, con el breviario al cuello, solo porque en el bendito libro habia escrito con lápiz estas palabras — Gonzalo es tirano — tenia capricho en dar pasaporte para el mundo de donde no se vuelve al revoltoso y acaudalado Don Diego. Pero el poeta lo dijo:

Poderoso caballero
Es don dinero,

y Maldonado compró sin regatear algunos años mas de perrerias. Un dia de estos me echaré á averiguar cual fué su fin; que tengo para mí debió ser desastroso y digno de la ruindad de su vida.

Cuando, afianzada ya la conquista, se vieron los camaradas del Marqués de Atavillos convertidos de aventureros en señores de horca, cuchillo, pendon y caldera, que no otra cosa fueron por mas dibujos con que la historia se empeñe en dorarnos la píldora, hizo Don Diego venir de España á un su sobrino, llamado Don Juan de Maldonado y Buendia, el cual, si bien heredó una parte de las cuantiosas riquezas del tio, no heredó su felonia; pues sirvió siempre con lealtad las banderas de Cárlos V. y Felipe II.

Precisamente cuando la rebeldia del entendido, popular y generoso Don Francisco Hernandez Giron, que en tan serios aprietos puso á la Real Audiencia de

Lima, era ya don Juan de Maldonado y Buendia, capitan de crédito en las tropas reales, y á él se debió en mucho el vencimiento de aquel tan valiente como infortunado caudillo.

Pacificado el país, retiróse Don Juan á sus cuarteles de invierno. En el Cuzco estaba su casa solariega y en el valle de Paucartambo poseia una valiosa hacienda.

II.

Tras de las luchas de Marte vienen las de Venus. Esta es verdad rancia y á nadie pasmará la novedad de la noticia.

El gallardo capitan no podia dejar (¡ otra verdad como el puño!) de rendir vasallaje á Cupido, y enamoróse hasta las uñas de una paucartambina.

Le alabo el gusto; porque la muchacha no era bocado para ningun sopatintas enclenque, sino para un mozo de mucho *ñeque* y muy echado para atrás como Buendia.

Imasumac ó Hermosa entre las hermosas, (que así traduce Calancha esta palabra indíjena) era una preciosa jóven por cuyas venas corria la sangre de los Incas. Princesa ó *ñusta,* nada menos.

Imajínate, lector, su belleza y adórnala con los detalles que á tu fantasia cuadren, que yo, francamente, me declaro lego en esto de hacer retratos. Dála, si quieres, dientes de marfil, mejillas de grana, blancura marmorea, lábios de rubí, ojos de azabache, zafiro ó esmeralda, cabellos de oro, y añade las demas piedras é ingredientes de estilo para hacer un retrato, que hable por lo parecido lo mismo que un guardacanton.

Yo no me meto en esas honduras y me conformo con

decir que la chica era linda como un rayo de luna, que no á humo de pajas habia de llamarla el historiador *Hermosa entre las hermosas*, como quien dice el sulfato, la quinta esencia de todo lo remonono que Dios crió.

La jóven princesa no fué indiferente al cariño del galan español; y todas las tardes, al ponerse el sol, iba á la campiña á esperar á su amante.

Maldonado echábase al hombro el mosquete ó arcabuz y, cazando palomas torcaces de que hay abundancia en el valle, hacia diariamente la legua de camino que lo separaba de su hacienda al sitio de la amorosa entrevista.

Si quieren ustedes formarse cabal idea de los transportes de esos felices amantes, lean la primera égloga ó idilio pastoril que les caiga á mano. En seguida bébanse un vaso de agua para que no empalague el almibar.

Aquellos amores eran un cielo sin nubes. Pero ¡ cuán cierto es que del bien al mal no hay el canto de un real !

Una tarde acudia el capitan, afanoso como siempre, á la deliciosa cita, cuando, al salir de un bosquecillo para entrar en el llano, oyó un grito que vino á repercutir en su corazon.

Aquel grito era lanzado por Imasumac.

Un tigre perseguia á la linda princesa que corria desalada.

Maldonado estaba á doscientos pasos de distancia, y le era fisicamente imposible llegar á tiempo para luchar brazo á brazo con la fiera.

Hizo fuego y la bala pasó sin tocar al tigre.

Cargó nuevamente el arma, y apuntó en el momento mismo en que el irritado animal hacia presa en la jóven. No habia salvacion para la infeliz.

Entónces el español vaciló por un segundo y se sintió morir; pero haciendo un esfuerzo supremo descargó el arma.

Era preciso hacer menos cruel y dolorosa la agonia de su amada.

Cuando Maldonado llegó al llano, el tigre se revolcaba moribundo pero sin desprenderse de su presa.

La bala del capitan habia atravesado tambien el corazon de la princesa.

Y aquella alma de bronce que no se habria conmovido ante un cataclismo universal, aquel hombre curtido en los peligros, sintió desprenderse de sus ojos una lágrima, la primera que el dolor le habia arrancado en su vida, y se alejó murmurando con la sublime resignacion de los fatalistas:

—¡Estaba escrito!!! ¡Dios lo ha querido!!!

III.

Una semana despues tomaba el hábito de religioso agustino, en el convento del Cuzco, el capitan Don Juan de Maldonado y Buendia.

Catequizó muchos infieles, merced á su profundo conocimiento de las lenguas quichua y aymará, alcanzó á desempeñar las primeras dignidades de su órden, y murió en olor de santidad por los años de 1583.

LA FRUTA DEL CERCADO AJENO.

I.

Diga lo que quiera Garcilaso, el delicadísimo poeta toledano; pero tengo para mí que no anduvo muy moral ni en lo verdadero cuando escribió aquellos dos versos, que saben de coro hasta las monjas y los niños de la doctrina,

> Flérida, para mi dulce y sabrosa
> Mas que la fruta del cercado ajeno.

Estos dos versecitos han hecho mas víctimas que el cólera-morbo; porque nosotros los pícaros hombres, á fuerza de oirlos repetir, nos imajinamos que ha de ser verdad evanjélica aquello de que el bien ajeno es manjar apetitoso y del que podemos darnos un atracon sin necesidad de pagar bula. Y en consecuencia nos echamos por esos trigos á cazar en vedado.

Y tambien es el caso que las faldas no nos van en zaga á nosotros los barbados y discurren que, pues lo dijo Garcilaso, ello ha de ser verdad inconcusa; y que habiendo mediado bendicion de cura, ya es una muchacha bocado de cardenal por el que hemos de pirrarnos como las moscas por la miel.

Dios supo lo que se hacia cuando, para castigar al poeta por los dos versos escandalosos que la mocedad le inspirara, permitió que lo matasen de una pedrada

en el colodrillo, allá por los años de 1536, y cuando apenas frisaba el enamoradizo vate en la que se llama edad de Cristo. Téngalo Dios en la gloria celestial, que en cuanto á la terrena vivirá Garcilaso mientras la rica habla castellana tenga apasionados que por su pureza se interesen.

Volviendo á los consabidos versos, digo que la historia está poblada de cuentos en que á los golosos se les convirtió la fruta en rejalgar.

Sin ir muy léjos, tuvimos en Lima á todo un virey (el conde de Nieva) que pagó con la pelleja, en la calle de los Trapitos, su pecaminosa aficion á quebrantar el noveno mandamiento, aficion nacida en su alma con la lectura de la égloga de Garcilaso.

Por hoy he de contar el triste fin que, por llevarse de dulzainas y marrullerias de poeta, tuvo en el Cuzco un sujeto de mas campanillas que el sábado de gloria.

Nada! Nada! Me ha venido en antojo desprestijiar al hermano Garcilaso. ¡Qué diantre! Vamos á ver si con la tradicion moralizamos un poquito el mundo que está como para cojido con guante y tenacilla.

II.

Ante omnia, tengo el honor de presentar á ustedes al licenciado Benito Suarez de Carvajal, graduado en Salamanca, y á quien las limeñas sus contemporáneas, llamaban el *Buen mozo.*

Ciertamente que el mote no era robado; pues merecialo el galan por lo apuesto del talle, lo agraciado del rostro, lo donairoso de la palabra y lo provisto de la escarcela. Era buen mozo á las derechas, sin jiba ni maca, y casi casi me atreveria á aplicarle la redondilla:

Fortuna no ví ninguna
Cual la de ese caballero,
Porque lo hizo su ternero
La vaca de la fortuna;

si no me detuviera el escrúpulo de que su vida pública fué de lo mas sucio que cabe, y siempre tuve por gran desventura que, en la lotería de las almas, se aposente una villana y predispuesta al mal, en cuerpo gentil y simpático por su belleza.

Diré en compendio que, por culpa y ruindad de él, mató el virey Blasco Núñez al factor Illan Suarez de Carvajal que, aunque hermano de Benito, era en cuanto á caballerosidad el reverso de la medalla.

Fué el licenciado quien mas se distinguió en los ultrajes inferidos al cadáver del desventurado virey, hasta el punto de mandar poner la cabeza en la picota, arrancarle pelos de la barba y hacer de ellos un plumerillo para su gorra.

Y por fin, siendo uno de los consejeros mas íntimos de Gonzalo Pizarro, cuando vió que la causa de éste iba de capa caida, pasóse al campo realista, disculpándose con que lo hacia porque Gonzalo le negó la mano de su sobrina doña Francisca.

Y á propósito de esta hija de Francisco Pizarro, parece que la tal fué en el Perú manzana muy codiciada y moza de mucho gancho; pues, por mi cuenta, pasan de doce los novios que tuvo, sujetos todos de lo mas principal que hubimos entre los conquistadores y que por ella se dieron de cintarazos dos de los pretendientes, aunque en puridad de verdad la sangre no llegó al rio. Cierto es tambien que ella dejó á todos con un palmo de narices; porque, á lo mejor del berrinche,

se largó á España en 1551 y se casó con su abuelo, que por tal podia pasar descansadamente su tio Hernando.

Ya ven ustedes por estos lijeros apuntes que el licenciado Benito Suarez de Carvajal, con toda su gallardia y entrada de pueblo, no pasaba de ser un grandísimo pícaro digno de balancearse en la horca ó de presidio por lo ménos.

III.

El Presidente La-Gasca premió la felonía del licenciado, confiriéndole el importante cargo de Correjidor del Cuzco.

Tanto valia hacer al lobo despensero; porque con humos de autoridad y con la vara de la justicia en la mano, echóse á retozar y hacer conquistas con tan cumplido éxito que fortaleza que no se rendia al licenciado, por ser buen mozo, ponia bandera de parlamento al correjidor, por ser justicia.

Los honrados vecinos del Cuzco vivian escandalizados con las diarias aventuras amorosas de su señoría. No habia mujer, de regular palmito y pasaporte limpio, libre de sus ataques.

Al fin, hallóse con la horma de su zapato en una honradísima muchacha, que lucia una carita de muy buen ver, recien casada con un bravo mozo andaluz, carpintero de oficio, y que no aguantaba moros en la costa.

El Correjidor hacia carocas y cucamonas á la chica, siempre que la encontraba al paso, y una tarde hablóla resueltamente. Ella creyó partirlo por el eje y darle calabazas rotundas con decirle:

— Vuestra Señoría toque á otra puerta. Soy casada.

— Bah! bah! bah! me sales con cosas del otro juéves. Me han dicho que era manco el fraile que te casó. Déjate de gazmoñerias, muchacha, y espérame á media noche sin falta.

Tan grande era la fama de audaz y libertino que el Correjidor se habia conquistado que la jóven, viendo en peligro su virtud y la honra del carpintero, se puso á temblar como azogada y á encomendarse á todos los santos del calendario.

Acertó á llegar el marido, casualidad que acontece solo en mis tradiciones, y sorprendiendo la congoja y turbacion de su costilla inquirió la causa, y ella le contó todo de pé á pá.

— Cuerno de buey! — exclamó el cofrade de San José — Me gusta la noticia como si me rayaran las tripas. ¡Hola! Hola! señor golilla! ¿Con que su merced quiere hacerme tal que me atasque para pasar por la puerta de la parroquia? Con bueno se las há el niño! No te atortoles, mujer, y déjalo que venga á media noche para que lleve su tantarantan.

IV.

Habitaba el matrimonio dos cuartos con balconcillo distante seis varas del suelo.

Sonadas las doce, apareció por la esquina el Correjidor, embozado en la capa, y con el aire cauteloso de quien anda de aventura.

Detúvose bajo el balconcillo y, con la destreza de hombre acostumbrado á escalamientos, lanzó sobre la barandilla una escala de cuerdas y, despues de asegurarse de que los garfios habian prendido, empezó la ascension.

Habia ya el galan alcanzado con las manos á la barandilla cuando, en el momento en que se preparaba á saltar sobre ella, asomó un bulto y, en menos de un Dios te guarde, le plantó dos soberbios martillazos en las manos.

El Correjidor cayó desplomado, desde quince pies de altura, y con desdicha tanta, que su cabeza chocó contra una gran piedra de la calle y quedó descalabrado.

Media hora despues la ronda recojia el cadáver.

El carpintero se presentó á la justicia que, aunque anduvo con piés de plomo y dando tiempo al tiempo por ser el muerto empingorrotada persona, terminó por dejarlo en libertad.

Ahora digan ustedes si hay ó no peligro en querer tragarse un hueso cuando es estrecho el pescuezo, ó lo que es lo mismo si no se le tornaron acibar y prosa vil al señor licenciado don Benito Suarez de Carvajal, Correjidor del Cuzco por Su Majestad don Felippe II, los versos de Garcilaso:

.....Dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno.

EL ROBO DE LAS CALAVERAS.

Por los años de 1565 no tenia la Plaza Mayor de Lima, no digo la lujosa fuente que hoy la embellece, pero ni siquiera el pilancon que mandára construir el virey Toledo.

En cambio, lucian en ella objetos cuya contemplacion erizaba de miedo los bigotes al hombre de mas coraje.

Frente al callejon de Petateros, alzábase un poste, al estremo del cual se veian tres jaulas de gruesos alambres.

El poste se conocia con los nombres de rollo ó picota. Junto al rollo se ostentaba sombria la horca á ene de palo.

Cada una de las jaulas encerraba una cabeza humana.

Eran tres cabezas cortadas por mano del verdugo y colocadas en la picota para infamar la memoria de los que un dia las llevaron sobre los hombros.

Tres rebeldes á su rey y señor natural don Felipe II, tres perturbadores de la paz de estos pueblos del Perú, (tan pacíficos de suyo que no pueden vivir sin bochinche) purgaban su delito hasta mas allá de la muerte.

El verdadero crimen de esos hombres fué el de haber sido vencidos. Ley de la historia es enaltecer al que triunfa y abatir al perdidoso. A haber apretado mejor los puños en la batalla, los cráneos de esos infelices no habrian venido á aposentarse en lugar alto.

Esas cabezas eran las de :

Gonzalo Pizarro, el muy magnífico.

Francisco de Carvajal, el demonio de los Andes.

Francisco Hernandez Giron, el generoso.

La justicia del rey se mostraba tremenda é implacable. Esas cabezas en la picota mantenian á raya á los turbulentos conquistadores y eran á la vez una amenaza contra el pueblo conquistado.

Gonzalo Pizarro y, seis años despues, Francisco Giron, acaudillaron la rebeldía cediendo á las instancias de la muchedumbre. Su causa, bien examinada, fué la misma que la de los comuneros en Castilla. Si estos lucharon por sus fueros y libertades, aquellos combatieron por la conservacion de sus logros y privilejios.

Los primeros comprometidos en la revuelta, los que mas habian azuzado á los caudillos, fueron tambien los primeros y mas dilijentes en la traicion.

Esto es viejo en la vida de la humanidad y se repite como la tonadilla en los sainetes.

Volviendo á la Plaza Mayor y á sus patibularios ornamentos, digo que era cosa de necesitarse la cruz y los ciriales para dar un paseo por ella, cerrada la noche, en esos tiempos en que no habia otro alumbrado público que el de las estrellas.

No era, pues, estraño que de aquellas cabezas contase el pueblo maravillas.

Una vieja trota-conventos y tenida en reputacion de facedora de milagros, curó á un paralítico haciéndolo beber una pócima aderezada con pelos de la barba de Gonzalo.

Otra que tal, ahita de años y con ribetes de bruja y rufiana, vió una lejion de diablos bailando al rededor de la picota y empeñados en llevarse al infierno la ca-

beza de Carvajal, y añadía la muy marrullera que si los malditos no lograron su empresa fué por estorbárselo las cruces de los alambres.

En fin, no poca gente sencilla afirmaba con juramento que, de los vacíos ojos de las calaveras, salian llamas que iluminaban la Plaza.

Estas y otras hablillas y consejas llegaron á oidos de doña Mencia de Sosa y Alcaraz, la bella viuda de Francisco Giron.

Como uniformemente lo relatan los historiadores, Giron y doña Mencia se amaron como dos tórtolas y para ellos la luna de miel no tuvo menguante. Doña Mencia acompañó á su marido en gran parte de esa fatigosa campaña que duró trece meses, y acaso alguno de los contrastes que esperimentó el bravo caudillo fué motivado por su pasion amorosa; porque entregado á ella descuidó sus deberes militares.

El 9 de Diciembre de 1554 se promulgaba en Lima á voz de pregonero el cartel siguiente :

Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, en este hombre por traidor á la corona real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza por ello y fijarla en el rollo de esta ciudad, y que sus casas del Cuzco sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con rétulo que declare su delito.

Muerto el esposo en el cadalso, la noble dama se declaró tambien muerta para el mundo; y mientras le llegaba de Roma permiso para fundar el monasterio de la Encarnacion, se propuso robar de la picota la cabeza de su marido. Ella no podia encerrarse en un claustro, mientras reliquias del que fué el amado de su alma permaneciesen espuestas al escarnio público.

Desgraciadamente, sus tentativas tuvieron siempre mal éxito, por cobardía de aquellos á quienes confiaba tan delicada empresa. Doña Mencia derrochaba inutilmente el oro y era víctima constante de ruines esplotadores.

Tambien es verdad que el asunto tenia bemoles y sostenidos. La Audiencia habia hecho clavar en la picota un cartel, amenazando con pena de horca al prójimo que tuviese la insolencia de realizar una obra de caridad cristiana.

Diez años llevaba ya la cabeza de Giron en la jaula, y mas de quince las de Carvajal y Gonzalo, cuando un caballero, recien llegado de España, fué á visitar á doña Mencia. Llamábase el hidalgo don Ramon Gomez de Chavez, y tan cordial y espansiva fué la plática que con él tuvo la digna viuda que, conmovido el jóven español, la dijo :

— Señora, mal hizo vuesamerced en fiarse de gente mercenaria. O dejo de ser quien soy ó, antes de veinticuatro horas, estará la cabeza de don Francisco en sitio sagrado y libre de profanaciones.

Media noche era por filo cuando Gomez de Chavez se dirijió á la picota, seguido de un robusto moceton cuya lealtad habia bien probado en el tiempo que lo tenia á su servicio. El hidalgo encaramóse sobre los hombros del criado y, estendiendo el brazo, alcanzó con gran trabajo á quitar una de las jaulas.

Muy contento fuése con la prenda á su posada de la calle del Arzobispo, encendió lumbre y hallóse con que el letrero de la jaula decia :

Esta es la cabeza del tirano Francisco de Carvajal.

Gomez de Chavez, léjos de descorazonarse, se volvió sonriendo á su criado y le dijo :

— Hemos hecho un pan como unas hostias; pero todo se remedia con que volvamos á la faena. Y pues Dios ha permitido que con la oscuridad me engañe en la eleccion, la manera de acertar es que dejemos el rollo limpio de calaveras, y andar andillo que la cosa no es para dejada para mañana, y si me han de ahorcar por una que me ahorquen por las tres.

Y amo y criado enderezaron hácia la Plaza y con igual fortuna, pues la noche era oscurísima y propicia la hora, descolgaron las otras dos jaulas.

Al siguiente dia, Lima fué toda corrillos y comentarios.

Y el Gobierno echó bando sobre bando para castigar al ladron.

Y hubo pesquizas domiciliarias, y hasta metieron en chirona á muchos pobres diablos de los que habian tomado parte en las antiguas rebeldías.

El hecho es que el Gobierno se quedó, por entónces, á oscuras y tuvo que repetir lo que decian las viejas: — que el demonio habia cargado con lo suyo y llevádose al infierno las calaveras.

***

Gomez de Chavez, asociado á un santo sacerdote de la órden seráfica, enterró las tres cabezas en la iglesia de San Francisco.

LOS REFRANES MENTIROSOS.

I.

EL GOZO EN EL POZO.

Vá al hoyo el moyo
Y el gozo al pozo.

Háme dado hoy el naipe por probar,con el testimonio de sucesos tradicionales, que en el Perú tenemos refranes que espresan todo lo contrario de lo que sobre ellos reza el Diccionario de la Real Academia de la Lengua.

Siempre oí decir cuando se falsificaba una noticia, de aquellas que en el primer momento producen un alegron : — pues, señor, *el gozo en el pozo* — Y dicho esto se quedeba un prójimo turulato y ali-quebrado.

Ahora lean ustedes la crónica que voy á desenterrar, y convendrán conmigo en que bien puede la Academia echarle un remiendo al refrancito.

El 2 de Febrero de 1579, Doña Lucrecia de Sanjoles y su hija Doña Mencía de Vargas, fundaron en el área que hoy ocupan la iglesia parroquial de San Marcelo y el conventillo ó casa llamada de la Pregoneria, una congregacion de religiosas bernardas de la órden del Cister, obteniendo, en 1584, de Gregorio XIII la correspondiente bula aprobatoria. Mientras edificaban el monasterio y templo de la Trinidad, al cual se trasladaron en 18 de Junio de 1606, vivieron en el antedicho local

de San Marcelo, que, como es sabido, fué tambien el que primitivamente ocuparon los agustinos, desde 1554 hasta veinte años despues en que una noche y con gran sijilo, para no ser embarazados por domínicos y mercedarios, se mudaron con bártulos y petates á los espaciosos claustros que ogaño habitan.

Fué el año de 1581 fenomenal para Lima. El Rimac, de suyo miserable de agua, estuvo en ese año tan remolon y cicatero, que apenas si traia la cantidad precisa para que los habitantes apagasen la sed. Hasta la fuente de la plaza (que no era la que hoy tenemos, sino un pilancon construido en tiempo del virey Toledo) apenas pudo darse el lujo de dejar correr un chorrito como un hilo.

Los pozos se secaron, y claro está que el de la casa de la Pregoneria no habia de ser la excepcion.

Las hermanas ó monjas bernardas se vieron en apuros, y, despues de agotados los espedientes profanos, resolvieron acudir á San Nicolas de Tolentino para que las sirviese de abogado cerca de quien todo lo puede. Yo no sé como se las compondria el santo, ni se repartió panecillos benditos en la corte celestial para propiciarse influencias y salir airoso en el empeño; pero uniformemente dicen las crónicas que he consultado que, paseado el santo en procesion de rogativa por el claustro, lo condujeron las monjas al coro, donde, interrumpiendo el relijioso cántico y con gran halaraca, penetró una hermana lega gritando :

— Madrecitas ! Madrecitas ! Milagro ! Milagro ! El agua reboza ! Victor San Nicolás !

Las monjas dejaron abandonado al santo, que asi es de ingrato el corazon humano aun en los seres dados á la práctica de la virtud, y atropellándose unas á otras se precipitaron en el claustro.

La hermana lega no habia mentido. El agua manaba en gran cantidad.

El pueblo acudió á las puertas de la Pregoneria, ganóso de dar fé del milagro; y tal fué el barullo, que el Arzobispo se vió en el caso de otorgar permiso para que cualquier motilon pudiera penetrar en el santuario.

No hubo en Lima quien no se diera la satisfaccion de llenar un cántaro con agua del pozo en lo que, francamente, los perjudicados fueron médicos y boticarios; porque á la tal agua se la creyó con mas virtudes, que recientemente á las de Huacachina y Lourdes para sanar todas las enfermedades conocidas y por conocerse. Nunca tuvo mayor boga el sistema hidropático.

Eso tiene de bueno el pueblo. No se mete en filosofías y cree *con la fé del carbonero*. Y ya que por incidencia se me ha venido á la pluma este refran, no estará fuera de lugar el que consigne aquí su oríjen.

Cuentan que Don Alonso el Tostado, obispo de Avila, (aquel que, sobre materias teolójicas, escribió tan crecido número de infolios en latin que hoy mismo, para ponderar la fecundidad de un autor, se dice : — *escribe mas que el Tostado*) departiendo un dia con un mozo del pueblo, que llevaba carbon para la cocina episcopal, le preguntó :

— ¿Qué crees?

— En el credo, contestó el carbonero.

— ¿Y qué mas?

— Lo que cree la Santa Madre Iglesia.

— ¿Y que cree la Iglesia?

— Lo que yo creo.

— ¿Y tú qué crees?

— Lo que cree la Iglesia.

Y por mas que el prelado lo zarandeaba con pregun-

tas, el buen carbonero no apeaba de lo dicho ni variaba sílaba ó letra.

Llególe á Don Alonso el trance del morir.

Presumo que su ortodojia no seria de las muy probadas y que en sus obras se le habria escapado alguna proposicioncilla malsonante; porque la clerecía rodeó su lecho y no hubo preste que no se empeñara en urgarle la conciencia. El obispo, que por cierto no estaba para mucha conversacion, cortó por lo sano diciendo:

— Hijos mios..... ¡Como el carbonero! Como el carbonero!

Y cerró el ojo y nació el refran.

Volviendo al milagro de San Nicolás de Tolentino, diré á ustedes que hubo en Lima luminarias y repique general de campanas.

El gozo salió del pozo, por mas que se escriba que el gozo cayó en el pozo.

II.

NO HAY CUIDADO QUE NO EMBISTE.

Del agua mansa
Me libre Dios,
Que de la brava
Me libro yo.

Este es otro refrancito que miente como un desvergonzado. Cansados estarán ustedes de prevenir caritativamente al prójimo que se ande con tiento y se precaucione de alguien que le tiene tirria, enemiga ó mala voluntad, y archi-cansados estarán tambien de oir esta respuesta: — no hay cuidado, que no embiste.

Pues juzguen ustedes, por lo que voy á contarles, si merece pizca de fé el dicharacho.

Acostumbrábase en el Cuzco sacar á San Marcos en procesion, el dia de su fiesta, desde la iglesia de Santo Domingo hasta una capilla distante seis cuadras.

Si han visto ustedes estampas de San Marcos, sabrán que á su lado se pinta siempre un buey. ¡ Varajuste ! Ahora caigo en la cuenta del porqué es San Marcos patron de los matrimonios.

La procesion del año 1556 fué espléndida. Mayor lujo no podia apetecerse. Ahorrémosnos descripciones con decir que nuestros abuelos sabian hacer esas cosas en grande y sin tacañeria Todo lo mejorcito de la ciudad, damas y caballeros, estaba allí de veinticinco alfileres.

Delante del anda iba el gonfaloniero ó alférez real con el estandarte, y tras él un buey cubierto de flores y con las astas forradas en oro.

El buey del año 1556 era el mas bonachon de la familia. Para el caso no se encontraba otro tan manso en diez leguas á la redonda. Verdad es que en ese tiempo no habia muchos de su especie, para escojer como en peras; porque la introduccion del ganado vacuno en el Perú era de muy reciente data.

Al regresar la procesion á Santo Domingo, los cabildantes y demas gente *de viso* formaron calle desde la puerta del templo hasta el altar mayor.

Hallábase entre ellos y próximo á la puerta el capitan Don Iñigo Pastoriza, mozo muy dado á andar siempre en busca de la flor del berro y que, olvidándose del respeto debido á la casa de Dios, se ocupaba por el momento en guiñar el ojo á una hija de Eva, abstraido en ideas é intenciones libidinosas.

Probablemente el buey se creyó autorizado para ejer-

cer funciones de pertiguero; porque, enfureciéndose de improviso, cojió entre las astas al escandaloso capitan y, lanzándolo al aire, lo arrojó de espaldas fuera de la iglesia.

Despues de esta barrumbada, se quedó el animalito como si tal cosa; y prosiguió muy pacíficamente su camino.

El coronista que hace relacion de este suceso lo califica de milagro y de patente castigo del cielo.

Por supuesto, que yo tambien pienso lo mismo. ¡Pues no faltaba mas sino que saliese yo ahora descantillándome con negar la autenticidad del milagrito!

Con que asi, niños, ojo! Mucho ojo y mírense en este espejo los que van á la iglesia, no á oir la palabra divina sino á hacer carantoñas á las muchachas.

Cuando acudieron á socorrer á Don Iñigo le hallaron dando *las últimas* boqueadas ¡Tan feroz habia sido el porrazo!

Y todavia diran: —*no hay cuidado que es buey manso!!*

Que otro coma confianza y se atenga á refranes, que por lo que atañe á este humilde sacristan..... ¡un demonio!!!

EL ALMA DE TUTURUTO.

A mi antiguo camarada el general Victor Proaño.

I.

Por los años de 1560 era Guayaquil una de las mas florecientes ciudades de la costa del Pácífico. La actividad de su comercio, su riqueza agrícola y, mas que todo, las comodidades de su paradero para el reparo y calafateo de las naves, auguraban á Guayaquil un porvenir que hoy seria envidiable si los caudales que obtiene, merced á su situacion geográfica y demas condiciones, no sirvieran para dar de comer al resto de la república.

Guayaquil, con la única Aduana productiva del Ecuador, es la gran arteria que alimenta la vida de la nacion. Asi se comprende que, alguna vez, hayan pretendido los guayaquileños llamarse á dueños de casa y hacer de su capa un sayo.

Los habitantes, en medio de esa indolencia inherente á los moradores de rejiones calidas, no carecen de vigor fisico. La inteligencia de los hombres es generalmente menos clara que la del bello sexo. No es esto decir que no haya sido cuna de grandes talentos, como el poeta Olmedo, don Pedro Carbo y muy pocos mas. Ellos son valientes en el campo de batalla; pero sus andaluzadas para contar proezas han dañado su fama de bravos.

No busqueis en Guayaquil segundas ni terceras lan-

zas : perderiais lastimosamente vuestro tiempo. Allí no hay sino primeras lanzas. Todos son Otamendi ó Camacaro, dos guapos de la época de la independencia que contaban con mucho aplomo que de una lanzada traspasaban, como San Jorge, al mismo Lucifer.

La guayaquileña tiene la belleza del diablo: — cuerpo gentil, ojos bellísimos, espresion graciosa, no poco arte y vivísima fantasía. En ella hay mucho de la mujer de Oriente. Pasa las horas muertas, reclinada con molicie en la hamaca, con un libro y un abanico en las manos, y dejando adivinar voluptuosas y esculturales formas por entre los pliegues de la lijera gasa de su traje.

Ama las flores mas que una holandesa; pero por pereza jamas cultiva un jardin. Nadie como ella tiene cierta coqueteria instintiva para prender una flor en el peinado. Olvidaba decir que el jazmin del Cabo es allí el complemento de la mujer. No concibo la una sin la otra.

La guayaquileña aborrece las medianias. Ama los buenos versos y la buena música. Byron y Bellini habrian hallado en Guayaquil su paraiso.

Sobre todo, es abnegada y odia la prosa de los números. Para ella, las matemáticas maldita la falta que hacen sobre la tierra. Se apasiona por todo lo romancesco. Sencilla á veces como un idilio y soñadora otras, como un *lieder* de los poetas alemanes, sabe siempre revestir de idealismo sus impresiones.

Precisamente lo poético de su organizacion, la hace creer en todo lo maravilloso y sobrenatural, como el espiritismo ó las mesitas parlantes. Una guayaquileña os contará cuentos de hadas y duendes y os hablará con seductor misticismo de milagros y de almas en pena, todo con tan animados colores como si estuviera leyendoos un libro de Ana Radcliffe.

Perdónenme si mi prosáica pluma va á despoetizar una tradicion popular del Guayas.

II.

Tuturuto, como mas tarde Pancho el Negro, era por los tiempos á que nos hemos referido el terror de todos los que en balsas ó canoas se aventuraban, entrada la noche, á cruzar el rio de la Puná á Guayaquil.

La navegacion del Guayas no está exenta de peligros; y en esa época, mas temible que el de los caimanes cebados y alimañas ponzoñosas, era el de un encuentro con Tuturuto.

Cuando los balseros creian haber escapado, se les aparecia, saliendo de un estero, el boto pirata de Tuturuto que, como un fantástico Neptuno, iba de pié junto al timon, mientras seis vigorosos remeros hacian deslizarse rápidamente la embarcacion sobre la superficie del agua. Abordaban las balsas ó canoas sin proferir un grito, robaban lo mas valioso del cargamento y cuando, lo que pocas veces aconteció, les oponian resistencia, mandaba Tuturuto arrojar al rio á los vencidos, con una piedra en los piés, para que sirvieran de manjar á los caimanes.

Tuturuto tenia propensiones de sultan. Si en la embarcacion sorprendida encontraba mujeres jóvenes las hacia prisioneras, llevándolas al monte donde las conservaba, haciendo las delicias de su serrallo, hasta que nuevas cautivas venian á reemplazarlas. Entónces las daba libertad ó las cedia á los hombres de su banda.

En vano la autoridad dispuso batidas en el monte y armó celadas en el rio. Tuturuto era zorro que burlaba todas las trampas.

Pero tanto vá el cántaro á la fuente hasta que sale sin asa. Una de las cautivas de Tuturuto, con humos de sultana favorita, le clavó un dia tan soberbia puñalada en el corazon que lo dejó difunto; y la banda, sin jefe que la dominase, se dispersó por el monte. Cuán cierto es que lo que no alcanzan barbas lo consiguen faldas!

Creo que la noticia se celebró en Guayaquil con corrida de toros y *Te Deum*.

Poco tiempo despues levantóse el rumor de que, en las noches mas lóbregas y lluviosas, el alma de Tuturuto pasaba frente á la ciudad en una balsa iluminada, y las viejas le rezaron al bandido y aun le pagaron novenario de misas.

Si vivo habia sido el terror de los balseros, muerto se convirtió en pesadilla de la gente crédula y en coco de los chiquillos á quienes las madres repetian: — si no callas, anjelito, llamo á Tuturuto.

Lo particular es que realmente se vió la balsa iluminada y que aun en nuestros dias se la vé. La ciencia ha venido á explicar el fenómeno, sencillísimo y frecuente en nuestras montañas.

En la estacion de lluvias y de creciente para los rios arrastran estos grandes troncos y aun árboles seculares, que en las tinieblas toman apariencia de balsas, sobre cuyas ramas navegan millares de *cocuyos* y demas moscas é insectillos luminosos.

Y el que busque mas explicacion que la pida á Raimondi ú otro naturalista.

Nada hay pues de forzado en que los primeros pobladores de Guayaquil, poco entendidos en la materia, creyeran, como artículo de fé, que el alma de Tuturuto peregrinaba por la ria.

LA CONSPIRACION DE LA SAYA

Y MANTO.

I.

Mucho me he chamuscado las pestañas, al calor del lamparin, buscando en antiguos infólios el origen de aquel tan gracioso como original disfraz llamado *saya y manto*. Desgraciadamente, mis desvelos fueron tiempo perdido y se halla en pié la curiosidad que aun me aqueja. Mas fácil fué para Colon el descubrimiento de la América que para mí el saber, á punto fijo, en qué año se estrenó la primera saya. Tengo que resignarme, pues, con que tal noticia quede perdida en la noche de los tiempos.

Lo que sí sé de buena tinta es que, por los años de 1561, el conde de Nieva, cuarto virey del Perú y fundador de Chancay, dictó ciertas ordenanzas relativas á la capa de los varones y al manto de las muchachas, y que por su pecaminosa aficion á las sayas, un marido intransijente le cortó un sayo tan ajustado que lo envió á la sepultura.

Por supuesto que, para las limeñas de hoy, aquel traje, que fué esclusivo de Lima, no pasa de ser un *adefecio*. Lo mismo dirán, las que vengan despues, por ciertas modas de Paris y por los postizos que ahora privan.

Nuestras abuelas, que eran mas risueñas que las cosquillas, supieron hacer de la vida un carnaval constante. Las antiguas limeñas parecian fundidas en un mismo molde. Todas ellas eran de talle esbelto, brazo regordete y con hoyuelo, cintura de avispa, pié chiquirritico y ojos negros, rasgados, habladores como un libro y que despedian mas chispas que volcan en erupcion. Item, lucian protuberancias tan irresistibles y apetitosas que, á cumplir todo lo que ellas prometian, tengo para mí que las huríes de Mahoma no servirian para descalzarlas el zapato.

Ya estuviese en boga la saya de *canutillo,* la *encarrujada*, la de *vuelo,* la *pilitrica* ó la *filipense,* tan pronto como una hija de Eva se plantaba el disfraz no la reconocia en la calle, no diré yo el marido mas celoso, que achaque de marido es la cortedad de vista, pero ni el mismo padre que la engendró. Con saya y manto una limeña se parecia á otra, como dos gotas de rocio ó como dos violetas, y déjome de frasear y pongo punto, que no sé hasta donde me llevarian las comparaciones poéticas.

Y luego que la pícara saya y manto tenia la oculta virtud de avivar el ingenio de las hembras, y ya habria para llenar un tomo con las travesuras y agudezas que de ellas se relatan.

Pero como si una saya decente no fuera de suyo bastante para dar quebradero de cabeza al mismísimo Satanás, de repente salió la moda de la *saya de tiritas,* disfraz usado por las mas bellas y aristocráticas limeñas para concurrir al paseo de la Alameda el jueves de la Asuncion, el dia de San Gerónimo y otros dos que no consignan mis apuntes. La Alameda ofrecia en ocasiones tales el aspecto de una reunion de rotosas y mendi-

gas; pero así como el refran reza que tras una mala capa se esconde un buen bebedor, asi los galanes de esos tiempos, sabuesos de fino olfato, sabian que la saya de mas tiritas y el manto mas remendado encubrian siempre una chica como un lucero.

No fué el malaventurado conde de Nieva el único gobernante que dictó ordenanzas contra las tapadas. Otros vireyes, entre ellos el conde de Chinchon, el marqués de Malagon y el beato conde de Lemus, no desdeñaron imitarlo. De mas está decir que las limeñas sostuvieron con bizarria el honor del pabellon y que siempre fueron derrotados los vireyes, que para esto de legislar sobre cosas femeninas se requiere mas *ñeque* que para asaltar una barricada. Es verdad tambien que nosotros, los del sexo feo, por debajito y á lo somorgujo, dábamos ayuda y brazo fuerte á las limeñas, alentándolas para que hicieran papillotas y cucuruchos del papel en que se imprimian los calamitosos bandos.

II.

Pero una vez estuvo la saya y manto en amargos *pindingues*. Iba á morir de muerte violenta, como quien dice, de apoplejia fulminante.

Tales *rabudos* oirian los frailes en el confesionario y tan mayúsculos pretestos de pecadero darian sayas y mantos que en uno de los Concilios limenses, presidido por Santo Toribio, se presentó la proposicion de que toda hija de Eva que fuese al templo ó á procesiones con el tentador disfraz, incurriera *ipso facto* en escomunion mayor. *Anathema sit* y..... fastidiarse, hijitas!

Aunque la cosa pasó en sesion secreta, precisamente esta circunstancia bastó para que se hiciera mas pública

que noticia esparcida con timbales y á voz de pregonero. Las limeñas supieron, pues, al instante, y con puntos y comas, todos los incidentes de la sesion.

Lo principal fué que varios prelados habian echado furibundas catilinarias contra la saya y manto, cuya defensa tomó únicamente el obispo don Sebastian de Lartahun.

Con tal defensor, que andaba siempre de puntas con el arzobispo y su cabildo, la causa podia darse por perdida; pero afortunadamente para las limeñas la votacion quedó para la asamblea inmediata.

¿Recuerdan ustedes el tiberio femenil que, en nuestros republicanos tiempos, se armó por la cuestion campanillas, y las escenas del Congreso siempre que se ha tratado de incrustar como artículo constitucional la tolerancia de cultos? Pues esas zalagardas son hojarasca y buñuelo al lado del barullo que se armó en 1561.

Lo que nos prueba que, desde que Lima es Lima, mis lindas paisanas han sido aficionadillas al bochinche.

Y qué demonche! Lo rico es que siempre se han salido con la suya y nos han puesto la ceniza en la frente á nosotros los muy bragazas.

Las limeñas de aquel siglo no sabian hacer patitas de mosca (qué mucho! si no se las enseñaba á escribir por miedo de que se carteasen con el *percunchante*) ni estampar su garabato en actas, como ogaño se estila. Nada de protestas, que protestar es abdicar y de antiguo es que las protestas no sirvan para maldito de Dios la cosa, ni aun para envolver ajonjolí. Pero, sin necesidad de echar firmas, eran las picarillas aleznas para conspirar.

En veinticuatro horas se alborotó tanto el gallinero que los varones, empezando por los formalotes oidores

de la Real Audiencia y concluyendo por el último capigorron, tuvieron que tomar cartas en el asunto. La anarquia doméstica amenazaba entronizarse. Las mujeres descuidaban el arreglo de la casa, el famulicio hacia gatadas, el puchero estaba soso, los chicos no encontraban madre que los envolviese y limpiara la moquita, los maridos iban con los calcetines rotos y la camisa mas sucia que estropajo, y todo, en fin, andaba manga por hombro. El sexo débil no pensaba mas que en conspirar.

Calculen ustedes si tendria bemoles la jarana cuando á la cabeza del bochinche se puso nada ménos que la bellísima doña Teresa, el ojito derecho, le mimada consorte del virey don Garcia de Mendoza.

Empeños van é influencias vienen, intrigas valen y conveniencias surjen, ello es que el prudente y sagaz Santo Toribio aplazó la cuestion, conviniendo en dejarla para el último de los asuntos señalados á las tareas del Concilio.

Cuando yo digo que las mujeres son capaces de sacar polvo debajo del agua y de contarle los pelos al diablo!

Cuestion aplazada, cuestion ganada — pensaron las limeñas — y cantaron victoria y el órden volvió al hogar.

A mí se me ocurre creer que las faldas se dieron desde ese momento á conspirar contra la existencia del Concilio; y no es tan antojadiza ni aventurada esta opinion mia, porque, atando cabos y compulsando fechas, veo que algunos dias despues del aplazamiento, los obispos de Quito y del Cuzco hallaron pretesto para un tole-tole de los diablos y el Concilio se disolvió poco menos que á farolazos.

No que nones!

Métanse ustedes con *ellas* y verán dónde les dá el agua.

III.

Despues de 1850, el afrancesamiento ha sido mas eficaz que bandos de vireyes y ordenanzas de la Iglesia para enterrar la saya y manto.

¿Resucitará algun dia? — Demos por respuesta la callada ó esta frase nada comprometedora:

— Puede que sí, puede que no —

Pero lo que no resucitará como Lázaro es la festiva cháchara, la espiritual agudeza, la sal criolla, en fin, de la *tapada* limeña.

LOS PASQUINES DEL BACHILLER

PAJALARGA.

TRADICION

sobre el origen de la fiesta y feria de Guadalupe, en la provincia de Pacasmayo.

I.

Francisco Perez Lezcano y Gerónimo Benel, estremeños ambos, vinieron juntos al Perú muy poco despues de la captura de Atahualpa; pero á buena sazon para tomar parte en los últimos sucesos que afianzaron el dominio de los conquistadores.

Nuestros dos aventureros eran, como se dice, compañeros de cama y rancho, viviendo tan unidos como los dedos de los piés. En buena ó en mala fortuna, todo era comun entre ellos, asi las penas como las alegrias; y en los combates era siempre seguro encontrarlos siendo el uno sombra del otro.

En esos tiempos de rebeldia constante y de encontradas ambiciones, nuestros dos soldados tuvieron la buena suerte de no separarse por un momento del bando realista, ni aun en los dias en que el muy magnífico Don Gonzalo parecia haber eclipsado el poder del monarca español. Eran un par de conservadores de tuerca y

tornillo, nada novedosos y sí mucho amantes del *statu-quo*. Su credo político se reducia á estas frases : — quien manda, manda : para el que no tiene capa, tan bueno el rey como el papa : viva la gallina y viva con su pepita, que, reformas en el mundo, hágalas Dios que lo creó y no los hombres pecadores.

Y cuando, años mas tarde, el popular Francisco Giron levantó en el Cuzco la misma bandera que en Castilla alzaran los comuneros contra Carlos V, nuestros dos estremeños se pusieron del lado de la Audiencia y del arzobispo Loayza, escandalizados de la audacia de aquel caudillo y diciendo : — ¡ vaya unos tiempos revueltos ! hasta los gatos quieren zapatos.

Las máximas de los dos amigos no eran las mas á propósito para alcanzar grandes medros, en esos dias de tan calamitoso desbarajuste social y en que los hombres entendidos en la política principiaban por traidores para, despues de sacar jugo á la rebeldia, terminar por leales vasallos del rey. Esto era comer á dos carillos, como monja boba.

No obstante, pacificado el pais, el virey marques de Cañete tuvo en cuenta la lealtad y servicios de ambos capitanes; y nombró á Benel correjidor de Trujillo, y á Lezcano le dió terrenos y jurisdiccion en Chérrepe, amen de otras mercedes con que para ellos fué pródigo su excelencia. ¡Así halláronse, los que vinieron como dos pelaires, ricos y ennoblecidos.

Pero entónces, el demonio se propuso hacer en ellos cierto lo de que — las amistades son bienes muebles y los odios bienes raices ó censos de males con réditos de venganzas. Aquella fraternal intimidad, entre Lezcano y Benel, se cambió de repente en desazon y rencor mutuo.

¿Qué apostamos, piensa el lector, á que hay faldas de por medio?

Cabalito! ¿Quién es ella?

Los dos amigos se enamoraron, de tope á quilla, de Doña Luisa de Mendoza, muchacha que por los años de 1555 no tenia mal jeme y era golosina capaz de abrir el apetito á cualquier varon en ejercicio de su varonia.

Benel era osco de faz y de carácter apergaminado. Lezcano era, el reverso de la medalla, buen mozo y festivo.

Yo pregunto á todas las hijas de Eva, que no sean unas pandorgas, si puestas en el caso de escojer como Doña Luisa entre los dos aspirantes, no habrian hecho un feo al correjidor y dado, á cierra-ojos, la mano y lo que se sigue al capitan Don Francisco Perez Lezcano?

Desde que se celebró la boda, se olvidó para siempre entre nuestros estremeños lo de: — amigo viejo, tocino y vino añejo.

Benel, que probablemente era partidario del sistema homeopático, devoró en silencio las calabazas; y por aquello de *similia similibus curantur* ó de que un clavo saca otro clavo, buscó projima que bien lo quisiera, que nunca faltó un roto para un descosido, ni olla hay tan fea que no encuentre su cobertera.

No queriendo Lezcano que Doña Luisa se muriese de fastidio en su solariega residencia de Chérrepe, dejó la hacienda al cuidado del administrador, y pasó con su jóven esposa á establecerse en Trujillo donde, como hemos apuntado, funcionaba de autoridad el capitan Don Gerónimo Benel, recien ascendido á maestre de campo.

II.

En 1560 era Trujillo (ciudad que fundó Pizarro y de la que se proponia hacer una miniatura de Lima) un infierno abreviado, hervidero de chismes, calumnias y murmuraciones. No habia dos familias en buen acuerdo, y es fama que señoras de calidad se dieron de chapinazos al salir de misa mayor.

Pero, francamente, que cuando ustedes sepan la causa de tal anarquia, hallarán disculpable el que la ciudad estuviese como el ajuar de la tiñosa, donde no habia cosa con cosa. Era que el diablo andaba suelto y quitando honras á trochi-moche.

Una mañana habia aparecido en la puerta de un personaje de muchas campanillas este cartél, en letras gordas como el puño :

Aquí comen en un plato
Perro, pericote y gato.

Imajínense ustedes la que se armaria. El agraviado quiso comerse crudos á todos los trujillanos y juró y perjuró que haria y que tornaria, si pillaba por su cuenta al pícaro zurriburri que tan aviesamente lo vilipendiaba.

A poco, en la casa de una aristocrática dama, se leia este refrancico :

Vive aquí una viuda rica,
La cual con un ojo llora
Y con el otro repica.
¡ Buena laya de señora !

UNIV. OF CALIFORNIA

Mas tarde, en la puerta de un veinticuatro ó rejidor del ayuntamiento plantaron esta cantárida :

Al cabildante Ortega,
Que es mas ruin que su zapato,
Lo ha dejado de *alma-ciega*
Un mentecato. . . . . .
Él dará cuenta por junto
En la otra vida al difunto;
Aunque esta no es la primera
Zorra que desuella Ortega.

El venerable párroco acostumbraba ir de tertulia todas las noches, en pos de la jícara de soconuzco, á casa de una señora de muchos respetos. Pues el pasquinista no se anduvo con respetos y la endilgó esta pulla, que nada hay tan hacedero para la calumnia como de una pulga forjar un camello :

Mula del cura
Tiene herradura.

Otra mañana, leíase en la morada de un caballero de fuste lo siguiente :

Adivina, adivinaja,
Quien puso el huevo en la paja.
Adivina, adivino,
Quien es padre y padrino.

Tres pasquines mas ha hecho la tradicion llegar hasta nosotros. El pueblo los repite con toda su crudeza; pero nos está vedado ponerlos íntegros en letras de molde. Cómo curiosidad tradicional bastará que

UNIV. DE AMPOLLAS

apuntemos el principio de cada uno, que fácil será averiguar el resto al que en ello ponga empeño.

No tiene para un antojo
Donde se le pare un piojo
.....
.....

Vive aquí Doña Çarmela
.....
.....
.....

Viejo el santo rey David
Caminaba con trabajo,
Y al pasar por esta casa
Dijo.....

—¿Qué dijo! — No sea usted curiosa, niña, que es vicio feo. Dijo..... lo que dijo y lo que á usted no le importa saber.

Por supuesto, que la autoridad no podia escaparse de su correspondiente sinapismo. *Eccolo:*

El correjidor Benel
Es solapado bellaco:
Desde los tiempos de Caco
No hay uñas como las de él.

III.

Inútil era que los agraviados estuviesen en movimiento contínuo, como palillo de barquillero, concer-

tando medidas y multiplicando espias para descubrir al maldito duende, que así se entretenia en difamar á personas de alto bordo. El correjidor se vió á la postre obligado á promulgar bando, prometiendo recompensar con mil medallas de las recien acuñadas al que denunciase al delincuente.

Pero antes de proseguir consignemos, por lo que pueda importar, un dato numismático. La primera moneda que se batió en Lima fué en 1557, con motivo de las fiestas con que el vecindario celebró la proclamacion y jura de Felipe II. La inscripcion latina, puesta en el anverso, decia: *Filipo y Maria, por la gracia de Dios, reyes de Inglaterra y de España.* En la cara opuesta se leia: — *Filipo, rey de las Españas.*

Entretanto, los pasquines no cesaban.

Por fin, un dia presentáronse dos hombres ante la autoridad, denunciando á Don Francisco Perez Lezcano como reo de tamaña infamia. Dijeron que habian visto un encapado pegando carteles, que lo siguieron á la distancia, que lo vieron entrar á casa del capitan y que por la talla se les figuraba ser él mismo.

Entónces, á todos se les vino á las mientes que el estremeño no era ningun majagranzas, sino hombre de genio zumbon y despierto y que, en cierta época, habia compuesto décimas y ovillejos en loor de no sé qué santo. No quedó, pues, á nadie átomo de duda sobre la persona del pasquinista, que fué á dar con su humanidad en la cárcel, donde le plantaron calcetines de Vizcaya y seis vecinos, de los mas ofendidos, se brindaron á servirle de guardianes.

El juicio caminó á galope tendido y, antes de quince dias, el preso fué declarado convicto de un crímen que el Fuero Juzgo y las Partidas penaban con severidad

estrema. Quizá la antigua desavenencia con Benel influyó para que la justicia no marchase esta vez, como acostumbra esa señora, con pies de plomo.

Leyéronle á Lezcano la sentencia que lo condenaba á salir en bestia de albarda, con pregonero que publicase su delito, y á que le fuese cortada la cabeza en público cadalso, para ejemplo de asesinos de la honra ajena y justo desagravio social.

Hallábase en capilla nuestro infeliz capitan, habíanle ya cantado los credos y administrado los últimos auxilios espirituales, y todo estaba prevenido para que al dia siguiente fuése á ver á Dios. No habia para él esperanza de salvacion, y en tan aflictivo trance invocó en su amparo á la Vírgen de Guadalupe que se venera en Estremadura.

Principiaba la del alba, cuando gran tropel de pueblo precipitóse en la cárcel dando vivas al capitan Lezcano. El vecindario, tan irritado antes contra él, se empeñó en convertir en paseo triunfal el que maravillosamente dejaba de ser trayecto para el patíbulo; y las mujeres, que se habian propuesto tirarle piedrecillas, regaron de flores su camino.

No necesitamos apuntar que el legítimo padre del carnero quedaba en chirona.

IV.

Hacia dos ó tres años que moraba en Trujillo un clériguillo ó misacantano, hijo de Andalucia, gran farraguista, de índole traviesa, listo para cualquier gatada, jugador hasta perder los kiries de la letania y que en lo libertino era de la misma piel del diablo. Habia venido á América en busca de la madre gallega, es decir,

de fortuna; pero ciertamente que no habia caido en el mes del obispo ó en propicia oportunidad.

Era el tal un tanto gorrino y mal traido, oji-zaino, quijarudo, desgarbado como manga de parroquia, patiestevado y langaruto. Conocíanlo generalmente con el nombre de — *el bachiller Pajalarga* — apodo con que, aludiendo á su aspecto, lo habian bautizado las maritornes y granujas de la ciudad.

Era el bachiller Pajalarga de la misma estatura que Lezcano y ocupaba, precisamenta en casa de éste, el cuarto de reja con puertecilla á la calle, accidentes ó casualidades fatales que bastaron para que estuviese en un tumbo de dado la pelleja del honrado capitan.

El tunante andaluz, viendo que la existencia de los trujillanos era asaz monótona, se propuso amenizarla sembrando entre ellos la zizaña; y tal fué el oríjen de los consabidos carteles entre los que, si bien muchos serian calumnia de principio á fin, no faltarian otros con pespuntes de verdad. Y sobre todo, como dice el adajio : — el sartenazo, si no duele tizna.

Preso Lezcano habian cesado los anónimos, circunstancia que hasta cierto punto agravaba la posicion de éste.

Desvelado encontrábase un marido, cavilando Dios sabe en qué, cuando sintió pasos que se detenian en su puerta. Levantóse de puntillas, corrió con gran cautela el cerrojo y púsose en acecho.

Un embozado estaba clavando con cuatro tachuelitas un cartelon en la pared y á tiempo que terminaba la faena, nuestro hombre, sin encomendarse á Dios ni á Santa Maria, se arrojó con viveza sobre el bulto y le echó encima los cinco mandamientos, gritando :

— Aquí del Rey!!!

Trabóse desesperada lucha, acudieron vecinos, sujetaron al galopo y, con su propio pañizuelo, lo ataron codo con codo. Pero, antes de conducirlo á la cárcel, asomó una vieja con un candilejo y todos pudieron leer este pasquin.

Para tí faltó el engrudo,
Indio cornudo,
Aunque engrudo pude hacer...
..... (1)

Pajalarga confesó que, por pura farfulla, se habia entretenido en *mechificar* al prójimo. ¡ Buen gusto de zamarro !

Como el bribon era de los que sabian cuantas puas tiene un peine, pretendió acojerse al fuero eclesiástico ; pero el poder civil dijo que nones y que, pues se le habia apresado en traje de seglar, de hecho habia renunciado al prestijio de la hopalanda. Surjió de aquí una controversia, y se embrolló el pleito, y corrieron meses, y cuando vino el dia de que el escribano fuese al calabozo del reo para leerle la sentencia de muerte, se encontró con que el pájaro habia remontado el vuelo.

(1) El erudito autor de la *Corónica agustina del Perú,* copia asi este pasquin :

Para tí faltó el engrudo,
Indio agudo,
Para tí faltó el engrudo.

El que nosotros publicamos, suprimiéndole el cuarto verso, es el que corre en boca del pueblo, y que por varias razones creemos sea el verdadero.

Pajalarga llegó á Panamá; mas en la travesía del rio Chagres cayó de la mula y..... y..... (concluya usted!) y..... se lo comió un caiman.

No me crean ustedes bajo la fé de mi palabra ni digan que invento la manera de acabar con el protagonista de la historia. Así lo relata Calancha, quien añade esta pintoresca frase: — *y fué la pena proporcionada á la culpa; pues vivió mordiendo y murió mordido.*

V.

Perez Lezcano se fué á España acompañado de su esposa; dió una fuerte limosna para la Vírgen de Guadalupe, que se venera en Estremadura; y obtuvo de los padres gerónimos, encargados de su culto, que le permitiesen sacar, por un habilísimo tallador, una copia de la imágen.

En 1562 regresó al Perú y sin perder minuto erijió, en Pueblo-nuevo ó Chérrepe, una capilla consagrada á la Vírgen, hasta que mas tarde se trasladó la imágen á la villa en donde se celebra cada año, por diciembre, la tan famosa como concurrida féria.

Dicen las crónicas que, á principios del siglo XVII, desembarcó en Chérrepe un español, que venia de Europa con el esclusivo objeto de visitar el santuario. Contaba el tal que, por ciertas fechurias, fué condenado á morir en la horca y que, lamentándose de su estrella con un compañero de prision, éste le dijo con aire de sorna:

— Déjate de geremiadas y encomiéndate á la Vírgen de Guadalupe que tienen los peruleros.

El futuro racimo de horca tomó tan á pechos la recomendacion que, cuando llegó el trance de que le rom-

pieran la nuez, dió gran trajin al ginete de gaznates. Siete veces le puso la soga al cuello, siete veces lo balanceó en el vacío y otras tantas reventó la cuerda, no embargante que el verdugo cambiaba siempre de cáñamo.

Aburrido ó maravillado el juez, y viendo que el asunto era de volver á empezar y no tener cuando acabar, le dijo :

— Lárgate, hombre, que tienes mas vidas que un gato y Dios te reserva con su mas y su menos. Él sabrá lo que hace.

Y, dándole un puntapié en las posaderas, lo dejó en libertad.

El muy guiñapo se embarcó como marinero en el primer navio que zarpaba de Cádiz para estas Indias é hizo la romeria al milagroso santuario, colocado por su fundador Lezcano bajo el amparo de los religiosos agustinos.

Sobre este tema dejo mucho en el tintero ; pero ya es tiempo de dar descanso á la péñola, repitiendo con el poeta,

Y no cabe lo que callo
En todo lo que no digo.

LA CASA DE FRANCISCO PIZARRO.

APUNTES HISTORICO-TRADICIONALES.

Mientras se terminaba la fábrica del Palacio de Lima, tan aciago para el primer gobernante que lo ocupó, es de suponerse que Francisco Pizarro no dormiria al raso, espuesto á cojer una terciana *y pagar la chapetonada,* frase con la que se ha significado entre los criollos las fiebres que acometian á los españoles recien llegados á la ciudad. Estas fiebres se curaban sin específico conocido hasta los tiempos de la vireina condesa de Chinchon, en que se descubrieron los maravillosos efectos de la quinina. A esos cuatro ó seis meses de obligada terciana era á lo que se llamaba pagar la chapetonada, aunque prójimos hubo que dieron finiquito en el cementerio ó bóveda de las iglesias.

Hecho el reparto de solares entre los primeros pobladores, don Francisco Pizarro tuvo la modestia de tomar para sí uno de los lotes menos codiciados.

En el primer año de la fundacion de Lima (1535) solo se edificaron treinta y seis casas, siendo las principales la del tesorero Alonso Riquelme, en la calle de la Merced ó Espaderos, la de Nicolás de Rivera el Viejo, que es la que hoy habita el señor Dávila Condemarin, en la esquina de Palacio, las de Juan Tello y Alonso

Martin de Don Benito, en la calle de las Mantas, la de Garcia de Salcedo, en Bodegones, la de Gerónimo de Aliaga, frente á Palacio, y la del marques Pizarro.

Hallábase ésta en la calle que forma ángulo con la de Espaderos (y que se conoce aun por la de Jesus Nazareno) y precisamente frente á la puerta lateral de la iglesia de la Merced y á un nicho en que, hasta hace pocos años, se daba culto á una imágen del Redentor, con la cruz acuestas. Parte del área de la casa la forman hoy algunos almacenes inmediatos á la escalera del hotel de Europa y el resto pertenece á la finca del señor Barreda.

Hasta 1846 existió la casa, salvas lijeras reparaciones, tal como Pizarro la edificara y era conocida por *la casa de cadena;* pues en efecto, ostentábase en su pequeño patio esta señorial distincion, que desdecia con la modestia de la arquitectura y humildes apariencias del edificio.

Don Francisco Pizarro habitó en ella hasta 1538 en que, muy adelantada ya la fábrica del Palacio, tuvo que trasladarse á él. Sin embargo, su hija doña Francisca, acompañada de su madre la princesa doña Ines, descendiente de Huayna-Capac, continuó habitando la casa de cadena hasta 1551 en que el rey la llamó á España. Doña Ines Yupanqui, que despues del asesinato de Pizarro casó con el Rejidor de Cabildo don Francisco de Ampuero, arrendó la casa á un Oidor de la Real Audiencia y en 1631 el primer marques de la conquista, don Juan Fernando Pizarro, residente en la Metrópoli, obtuvo declaratoria real de que en dicha casa quedaba fundado el mayorazgo de la familia.

Anualmente, el 6 de Enero, se efectuaba en Lima la gran procesion cívica, conocida bajo el nombre de *paseo*

de alcaldes. Despues de practicarse por el ayuntamiento la renovacion de cargos, salian los cabildantes con la famosa bandera, que la República obsequió al General San Martin (y cuyo paradero anda hoy en problema) y venian á la casa de Pizarro. Penetraban al patio alcaldes y rejidores, deteníanse ante la cadena y batian sobre ella, por tres veces, la histórica é historiada bandera gritando : — ¡Santiago y Pizarro! España y Pizarro! Viva el rey! —

Las campanas de la Merced se echaban á vuelo, imitándolas las de mas de cuarenta torres que la ciudad posee. El estampido de las camaretas y cohetes se hacia mas atronador y, entre los vivas y gritos de la muchedumbre, se dirijia la comitiva á la Alameda, donde un muchacho pronunciaba una loa en latin macarrónico.

El virey, oidores, cabildantes, miembros de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y todos los personajes de la nobleza, asi como los jefes de oficinas del Estado, se presentaban en magníficos caballos lujosamente enjaezados. Tras de cada caballero iban dos negros esclavos, vestidos de librea y armados de gruesos plumeros con los que sacudian la crin y arneses de la cabalgadura. Los inquisidores y eclesiásticos acompañaban al Arzobispo, montados en mulas ataviadas con no ménos primor.

Asi en este dia como en el de la fiesta de Santa Rosa, el estandarte de la ciudad iba escoltado por veinticinco jinetes con el casco y armadura de hierro, que usaron los soldados en tiempo del marques conquistador.

Las damas de la aristocracia presenciaban desde los balcones el *desfile* de la comitiva, ó acudian en calesin,

que era el carruaje de moda, á la Alameda, luciendo la proverbial belleza de las limeñas.

Danzas de moros y cristianos, payas, gíbaros, papahuevos y cofradías de africanos con disfraces estravagantes, recorrian mas tarde la ciudad. El pueblo veia entónces en el municipio un poder tutelar contra el despotismo de los Vireyes y de la Real Audiencia. Justo era que manifestase su regocijo en ocasion tan solemne.

En 1820 se efectuó, por última vez, en Lima el paseo de alcaldes; y desde entónces apenas hay quien recuerde cual fué el sitio en donde estuvo la casa de Pizarro, que hemos debido conservar en pié, como un monumento ó curiosidad histórica.

LA SANDALIA DE SANTO TOMAS.

Si estudes se echan á leer cronistas é historiadores brasileros, no podrán dejar de creer á pié juntillas que Santo Tomás recorrió la América del Sur, predicando el Evangelio. Tan auténticos son los datos y documentos en que se apoyan esos caballeros, que no hay flanco por donde meterles diente.

En Ceara, en San Luis de Maranhao, en Pernambuco y en otras provincias del vecino imperio, existen variadas pruebas de la vísita apostólica.

Al que esto escribe le enseñaron en Betlen del Pará una piedra, tenida en suma veneracion, sobre la cual se habia parado el discípulo de Cristo. Si fué ó no fué cierto, es averiguacion en que no quiero meterme, que Dios no me creó para juez instructor de procesos.

Ademas, el asunto no es dogma de fé ni á nadie se le ha puesto dogal al cuello para que crea ó reviente.

Los peruleros no podíamos quedarnos atrás en lo de la evangélica visita. ¡Pues no faltaba otra cosa sino que hallándose Santo Tomás de tertulia por la vecindad, nos hubiera hecho ascos ó andado con melindres para venir á echar una cana al aire por esta su casa del Perú!

En Calango, á diez y seis leguas de Lima y cerca de Mala, existe sobre una ladera una piedra blanca, y muy lisa y bruñida. Yo no la he visto; pero quien la vió y palpó me lo ha contado. Nótase en ella, y hundida como en blanda cera, la huella de un pié de catorce puntos

y al rededor caractéres griegos y hebreos. El Padre Calancha dice, en su *Corónica agustina*, que en 1615 examinó él esta peña y que, diez años mas tarde, el licenciado Duarte Fernandez, recorriendo la diócesis por encargo del arzobispo Don Gonzalo de Ocampo, mandó destruir los caractéres, porque los indios idólatras les daban significacion diabólica. Digo, que es lástima y grande!

Siendo tan corta la distancia de Calango á Lima y nada áspero el camino, no es aventurado asegurar que tuvimos un dia de huésped y bebiendo agua del Rimac, uno de los doce queridos discípulos del Salvador. Y si esto no es para Lima un gran título de honor, como la reciente visita del Duque de Génova, que no valga.

— Pero, señor tradicionista ¿por dónde vino, desde Galilea hasta Lima, Santo Tomás? — Eso qué sé yo: vayan al cielo á preguntárselo á él. Seria por globo aereostático, á nado, ó *pedibus andando*. Lo que yo afirmo, y conmigo escritores de copete, asi sagrados como profanos, es que su merced estuvo por estos trigos y san se acabó, y no hay que gerundiarme el alma con preguntas impertinentes.

Pero todavia hay mas chicha. Otros pueblos del Perú reclaman idéntica felicidad.

En Frias, departamento de Piura, hay una peña que conserva la huella de la planta del Apóstol. En Cajatambo vése otra igual; y cuando Santo Toribio hizo su visita á Chachapoyas concedió indulgencias á los que orasen delante de cierta piedra; pues su ilustrísima estaba convencido de que sobre ella habia predicado el Evangelio tan esclarecido personaje.

A muchos marivilló lo gigantesco de la huella, que catorce puntos ó pulgadas no son para pié de los peca-

dores hijos de Adan. Pero á esto responde sentenciosamente un cronista religioso — que, para tan gran varon, aun son poco catorce puntos —

Varajolines! Y qué pata!

Pero como hasta en Bolivia y el Tucuman dejó rastros el Apóstol, los peruanos quisimos algo mas; y cata que cuando al volcan de Omate ó Huaina-Putina se le antojó, en 1601, hacer una de las suyas, encontraron los padres domínicos de un convento de Parinacochas, entre la ceniza ó lava, nada menos que una sandalia de Santo Tomás.

No dicen las crónicas si fué la del pié derecho ó la del izquierdo, olvido indisculpable en tan sesudos escritores.

La sandalia era de un tejido que jamás se usó entre indios ni españoles; lo que prueba que venia directamente del taller de Ashaverus ó Juan-Espera-en-Dios, (el Judío Errante) famoso zapatero de Jerusalem, como si dijéramos el Frasinetti de nuestros dias.

El padre fray Alonso de Ovalle, superior del convento, la metió con mucha ceremonia en una caja de madera de rosa con broches de oro, y por los años de 1603, poco mas ó menos, la trajo á Lima, donde fué recibida en procesion bajo de palio y con grandes fiestas á las que asistió el virey marques de Salinas.

Dicen eruditos autores de aquel siglo que la bendita sandalia hizo en Lima muchos, muchísimos milagros, y que fué tenida en gran devocion por los domínicos.

Calancha afirma que, satisfecha la curiosidad de los limeños, el padre Ovalle se volvió con la reliquia á Parinacochas; pero otros sostienen que la sandalia no salió de Lima.

La verdad quede en su lugar. Yo ni quito ni pongo, ni altero ni comento, ni niego ni concedo.

Apunto sencillamente la tradicion, poniendo el asunto en consejo para que unos digan blanco y otros bermejo.

LAS TRES PUERTAS DE SAN PEDRO.

Que las iglesias Catedrales luzcan tres puertas en su frontis es cosa en que nadie para mientes. Pero ¿ porqué San Pedro de Lima, que no es Catedral ni con mucho, se ha engalanado con ellas?

Aunque digan que me meto en libros de caballeria ó en lo que no me vá ni me viene conveniencia, he de echarme hoy á borronear un pliego sobre tan importantísimo tema. Asi saque con mi empresa una alma del purgatorio!

Confieso que, por mas que he buscado, en crónicas y archivos, la solucion del problema, háme sido imposible encontrar datos y documentos que mi empeño satisfagan; y aténgome á lo que me contó un viejo, gran escudriñador de antigüallas y que sabia cuantos pelos tiene el diablo en el testuz, y cuales fueron las dos torres de Lima en las que, por falta de maravedises para hacerlas de bronce, hubo campanas de madera, no para repicar sino para satisfacer la vanidad de los devotos y engañar á los bobos con apariencias. Creo que esas torres fueron las de Santa Teresa y el Cármen.

Volviendo á mis carneros, ó lo que es lo mismo á las tres puertas de San Pedro, he aquí sin muchos perfiles lo que cuenta la tradicion.

Fué San Francisco de Borja, tercer general de la Compañia de Jesus, quien por los años de 1568 mandó á Lima al padre Gerónimo Ruiz del Portillo con cinco *adlateres,* para que fundasen esa institucion sobre la

que tanto de bueno como de malo se ha dicho. Yo ni quito ni pongo y, por esta vez, dejo en paz á los jesuitas, sin hacer de ellos jiras y capirotes.

Poco despues de llegados á la ciudad de los Reyes, dieron principio á la fábrica de la iglesia y claustros llamados entónces Colegio Máximo de San Pablo y que, despues de la expulsion de los jesuitas en 1767, tomaron el nombre de templo y convento de San Pedro con que hoy se les conoce.

Este templo es, entre todos los de Lima, el de mas sólida construccion, y mide sesenta y seis varas de largo por treinta y tres de ancho. Todo en él es severo á la par que valioso.

Principiada la fábrica exhibieron los jesuitas un plano en el que se veia la iglesia dividida en tres naves, dejando presumir á los curiosos que la nave central era para dar entrada al templo. Entre tanto, el Superior de Lima habia enviado un memorial á Roma pidiendo á Su Santidad *licencia para una puerta.*

Aquellos eran los tiempos en que el Vaticano cuidaba de halagar á las comunidades religiosas que se fundaban en el Perú. Asi otorgó á la monumental iglesia de San Francisco de Lima los mismos honores y prerogativas de que disfruta San Juan de Letran en Roma. Esto explica el porqué sobre la puerta principal de San Francisco se ven la tiara y las llaves del Pontífice. — Los franciscanos, para manifestar su gratitud á la Santa Sede, grabaron desde entónces en su coro, en letras como el puño, esta curiosa inscripcion anagramática, en la que hay tal ingenio en la combinacion de letras que, leidas al derecho ó al revés, de arriba para abajo y al contrario, resultan siempre las mismas palabras :

R A R O
A M O R
R O M A
O R A R

Al recibir el Papa la solicitud de los jesuitas, no supo por el momento si tomar á risa ó á lo serio la pretension. — ¿Es humildad la de los hijos de Loyola, candor ó malicia? ¿ Quieren dar una prueba de acatamiento al representante de Cristo sobre la tierra, buscando su apostólica aquiescencia hasta para lo mas trivial? — Todo esto y mucho mas se preguntaba Su Santidad. — Sea de ello lo que fuere, concluyó el Santo Padre, allá vá el permiso, que por mas que alambico el asunto no alcanzo á descubrir el entripado.

Por algo se dijo lo de que un jesuita y una suegra saben mas que una culebra, y en esta ocasion los sucesos se encargaron de comprobar la exactitud del refran.

Cuando los jesuitas de Lima tuvieron bajo los ojos la licencia pontificia, construyeron tres arcos y plantaron puerta en cada uno de ellos.

El Cabildo Eclesiástico armó un tole-tole de todos los diablos y ocurrió al poder civil para que hiciese por la fuerza quitar una puerta. — ¡ Como! ¡ Como! ¿ De cuándo acá (gritaban los canónigos) se arroga la Compania privilejios de Catedral? ¡ Eso no puede soportarse !

Entónces los jesuitas, que contaban con amigos en el gobierno y con gran partido en el vecindario, sacaron á lucir el consabido permiso pontificio. Arguyeron los canónigos que ese documento necesitaba mas notas esplicatorias que un epígrama latino de Marcial, y que todo podia significar menos autorizacion espresa para abrir tres puertas.

A esto contestaban los jesuitas con mucha sorna : —

Miren qué gracia! Ya nos sabiamos que para dos puertas no necesitabamos venia de alma viviente. Con que, dos puertas á que tenemos derecho y una que nos concede el Papa, son tres puertas. Esto, señores canónigos, no tiene vuelta de hoja y es de una lógica de chaquetilla ajustada.

El Cabildo no se dió por convencido con el argumento; un si es no es sofistico y rebuscado, y para poner fin á la controversia ambos contrincantes ocurrieron á Roma.

Su Santidad no pudo dejar de reconocer *in pectore* que los jesuitas le habian hecho una jugada limpia y de mano maestra; pero como no era digno del sucesor de Pedro confesar la burla, *urbi et orbi* con escándalo de la cristiandad, adoptó un espediente que conciliaba todos los caprichos ó vanidades de sotana.

El Papa expidió no sé si bula ó rescripto concediendo, por especial privilejio y razones reservadas, tres puertas á la nueva iglesia de San Pablo; pero prohibia bajo severas penas canónicas que se abriese la tercera, salvo casos de incendio, terremoto y aseo ó refaccion de la fábrica.

¿Han visto ustedes, lectoras mias, ni el Sábado de Gloria que es el dia en que San Pedro se convierte en rinconcito del cielo con ánjeles y serafines y música y perfumes, que se hayan abierto las tres puertas? ¿No lo han visto ustedes? — Pues yo tampoco.

Un cerrojo, cubierto de moho, prueba que en San Pedro hay una puerta por adorno, por lujo, por fantasia, por *chamberinada,* como decimos los criollos, y que esa puerta no sirve para lo que han servido todas las puertas desde la del arca de Noé, la mas antigua de que hacen mencion las historias, hasta la de la jaula de mi loro.

LOS ALCALDES DE ARICA.

Grave litijio habia, por los años de 1619, entre el Correjidor y Cabildo de Arica de un lado, y del otro el Capitan don Antonio de Aguilar Belicia, alguacil mayor de la ciudad.

Era el don Antonio hombre díscolo y de muchos humillos aristocráticos. Acusábanlo de pretender que todos los cargos públicos habian de estar desempeñados por personas de su familia. Cierta ó calumniosa la acusacion, ello es que el vecindario lo veia de mal ojo.

Vacado habian dos varas de alcalde en el Cabildo de Arica y antojósele á don Antonio codiciarlas para dos de sus deudos. Aunque mal avenido con el Correjidor, fuese á él nuestro Capitan y solicitó su auxilio para salir airoso del empeño ; pero su señoría que, no sabemos el porqué, le tenia tirria ó enemiga, lo desahució *claris verbis*. El alguacil mayor dió rienda suelta á su despecho y dijo :

— Pues, opóngase quien se opusiere, entienda su señoría que he de ver lograda mi demanda y que dineros me sobran para comprar el voto de los cabildantes.

— Pues dígole á vuesamerced, contestó con sorna el Corregidor, que, antes que tal vea, tendrán la vara dos negros con un geme de geta. Y no me ande descomedido y con recancanillas el señor alguacil mayor, que hombre soy para hacerlo como lo digo.

Chismes y hablillas enconaban cada dia mas los ánimos de nuestros personajes.

Llegó el 1.° de Enero de 1620 y reunióse el Cabildo para elejir dos alcaldes ordinarios. Sabido es que las atribuciones de estos funcionarios eran mas judiciales que administrativas y que el cargo se consideraba honorífico en sumo grado. Dígalo el tratamiento que se daba á los alcaldes, á quienes el pueblo debia hablar con la cabeza descubierta, á riesgo de constipados y pulmonías.

El alguacil mayor iba y venia formando capítulo: pero los cabildantes, cuyo penacho habia insultado creyéndolos capaces de comerciar con el voto, se concertaron con el Correjidor y dieron con el expediente mas á propósito para humillar la soberbia de don Antonio.

Contábanse entónces cerca de mil esclavos africanos, en Arica y el valle de Azapa, y excedia de ciento el número de negros libres. Algunos de estos habian alcánzado á crearse una modesta fortuna y merecian afectuosas consideraciones de los blancos.

Distinguianse entre los negros, naturales de Arica, por su buen porte, religiosidad, riqueza, despejo de ingenio y prendas personales, uno apellidado Anzures y otro, compadre de este, cuyo nombre no nos ha trasmitido la tradicion.

Hecha la votacion, los deudos del alguacil mayor solo merecieron cinco votos; y Anzures y su compadre fueron proclamados por una inmensa mayoría de cabildantes, con no poco regocijo de los criollos.

La democracia enseñaba la punta de la oreja. Los ariqueños se adelantaban en dos siglos á la república.

Anzures y su compañero tomaron en el acto posesion de las varas y se echaron á administrar justicia. Añade

la tradicion que fueron jueces rectos como camino real y entendidos como Salomon.

El alguacil mayor, humillado por la derrota y temiendo la rechifla popular, se puso inmediatamente en camino para Lima y, ya en la capital del vireinato, no escusó dilijencia para obtener un desagravio. Y tan activo anduvo y tales trazas dióse, que el 24 de Junio regresó á Arica y al llegar á la casa del Cabildo, apeóse de la mula, descalzóse las espuelas y, con aire ceremonioso, entregó un pliego que á la letra asi decia :

DON FRANCISCO DE BORJA Y ARAGON, PRINCIPE DE ESQUILACHE, CONDE DE MAYALDE, VIREY DE ESTOS REINOS DEL PERÚ Y CHILE ETC. ETC.

Por cuanto ante mí se presentó un memorial del tenor siguiente :

Excelentísimo señor :

El capitan Antonio de Aguilar Belicia, alguacil mayor propietario de la ciudad de Arica, dice : Que el Correjidor y Cabildo de aquella ciudad han nombrado dos alcaldes negros, con color de que haya mas justicia, y antes son en perjuicio de la república, porque se aunan con los negros cimarrones y delincuentes, y con la libertad de la vara hacen muchos agravios. Y para que esto cese — A Vuestra Excelencia pide y suplica mande darle provision para que luego — luego se quiten las varas á los negros que las trujeren y que no nombre otros hasta que por el gobierno otra cosa se les mande.—

E por mi visto lo susodicho, dí la presente por la cual revoco, doy por ninguno cualquier nombramiento

que de alcaldes negros se hubiere hecho en la dicha ciudad de Arica, sin provision y órden del gobierno, para que no se use de él en manera alguna. Y mando al Correjidor y Cabildo de dicha ciudad no se entrometan en elejir y nombrar mas los dichos alcaldes, sin la dicha órden del gobierno; y los que tuviere nombrados los quite luego, so pena de mil pesos de oro para la Cámara de Su Majestad — Fecha en los Reyes á veintidos dias del mes de Mayo de mil y seiscientos veinte años. — *El Príncipe don Francisco de Borja.* — Por mandato del virey, *don Joseph de Cáceres y Ulloa.*

Ya supondrán mis lectores la zinguizarra que armaría el decreto ó provision del virey. En el pueblo cundió una especie de somaten con asomos de rebeldía; pues se habló de levantar bandera y de venirse á paso de carga hasta Lima, convertir en picadillo al virey y á su complaciente secretario, ahorcar al capitan Aguilar Belicia y hacer, en fin, barrabasada y media. Por fortuna, Anzures y su compadre eran hombres de buen juicio y lograron calmar la exaltacion pública.

El Cabildo, despues de acaloradísima discusion, se resignó á obedecer; pero no sin entablar querella ante el Rey y el Consejo de Indias.

¿ Cuál fué el éxito de esta?

Hé aquí lo que, á pesar de prolijas investigaciones, nos ha sido imposible descubrir. Los libros de actas del Cabildo de Arica ó fueron llevados á Chucuito (por pertenecer aquella ciudad á la intendencia de Puno) donde habrán servido de sabroso manjar á los ratones, ó en la catástrofe del 13 de Agosto de 1868 pasaron al vientre de algun tiburon. Gracias al erudito escritor bonaerense don Ricardo Trelles, hemos podido conse-

guir el documento del Príncipe de Esquilache que dejamos consignado.

Por lo demas, lo seguro es que la corona desecharía la apelacion de los cabildantes; pues otra conducta habria sido dar alas á pamplinadas republicanas y á que, chiquitines aun y en andadores, le hubiesemos sobado la barba á nuestra madre la metrópoli.

BIEN HECHA MUERTE!

ORIJEN TRADICIONAL DE UN REFRAN PERUANO.

I.

Principiemos..... por el principio.

En Setiembre de 1542, é inmediatamente despues de pacificado el Perú con la sangrienta batalla de Chupas, quiso el Gobernador Vaca de Castro premiar los servicios de los vencedores; y como estos fuesen muchos y las mercedes pocas, echóse el buen licenciado á cavilar hasta que, dándose una palmada en la frente, esclamó: — Albricias, padre, que el obispo es chantre! Mi espediente es tan bueno como el milagro de los cinco panes. Ahítense, golosos! —

Cierto que el fruto de las cavilaciones de su señoria iba á dejar satisfechas todas las aspiraciones. Consistia en convertir en algo, así como en señores feudales, á sus ochocientos soldados.

Siete años llevaba Lima de fundada, y todo el mundo pedia solares, y pretendia repartimientos, y mitayos, y conquista en tierra de infieles.

Halagó, pues, el Gobernador á unos enviándolos al descubrimiento del Dorado ó país de la Canela, y á otros con empresas tan fabulosas como aquella.

Pedro Puelles, Gonzalo Diaz de Pineda, su yerno, y diez ó doce capitanes mas, hidalgos todos, no ambicionaron aventuras lejanas, sino terrenos y mando en el riñon del país y á poca distancia de la capital. Eso se queria la mona, piñoncitos mondados.

El gobernante accediendo á sus exijencias, encomendóles la fundacion y poblacion de una ciudad que se llamó y llama Ciudad de los Caballeros del Leon de Huánuco — No es poco rimbombo.

La planta de la ciudad es hermosa, excelente el clima y fertilísimo el terreno. El virey marques de Cañete dándola, años mas tarde, escudo de armas, la ennobleció con el título de muy noble y muy leal; y otros de sus sucesores honraron á su Cabildo con varias preeminencias. Para dar idea de la importancia que en breve conquistara la ciudad, bastarános apuntar que franciscanos, domínicos, mercedarios, agustinos y juandedianos tuvieron en ella conventos.

No conozco Huánuco, y pésame como hay Dios; pero dícenme que se la puede ogaño aplicar lo de

Ayer maravilla fuí
Y hoy sombra mia no soy.

En cuanto al fundador Pedro de Puelles, tengo referido en otra leyenda que murió desastrosamente, y que los historiadores lo presentan como un pícaro de cuenta, traidor, avaricioso y feroz con ribetes de cobarde.

Sea de ello lo que fuere, impórtame consignar que si bien los fundadores principales llegaron al Perú hechos unos pelambres, la casualidad hizo que todos fueran segundones de familias hidalgas en Castilla, Andalucia, Valencia y otros reinos de España. Andando los años,

sus descendientes desplegaron mas orgullo que don Rodrigo en la horca y miraban muy por encima del hombro al resto de la nobleza colonial. Los huanuqueños llegaron á imajinarse que Dios los habia formado de distinto limo, y casi-casi decian como el finchado portugues : — No descendemos de Noé; que cuando este borracho salvó del Diluvio en su Arca, nosotros, los Braganzas, salvamos tambien..... pero en bote propio. —

En ningun pueblo del Perú, durante el gobierno monárquico estuvo tan marcado como en Huánuco el prestijio de la aristocrácia de sangre azul. La chusma, la muchitanga, el pueblo, en fin, se prosternaba ante los descendientes de los conquistadores que se avecindaron en la ciudad. Decir huanuqueño era lo mismo que decir noble *á nativitate*. En una palabra, sin tener una sagrada peña de Covadonga, eran los vizcainos y asturianos de la América.

Lo que escrito llevo, á Dios gracias, no puede herir la susceptibilidad de los huanuqueños de hoy, que asaz republicanos son y harto saben donde les ajusta el zapato, para no dárseles un pepinillo en escabeche de pergaminos y títulos de Castilla y lanzas y medias-annatas, y escudos y demas pamplinadas heráldicas.

Pero ¿á qué viene tanta parola ? — me dirá el lector — ¿ qué tienen que ver las bragas con la alcabala de las habas ? ¿ A qué hora asoma la historia del refran ? Sin duda, señor cronista, que el chocolate está *chirle* y bate usted el molinillo para hacer espuma. —

No, lector amigo. Esas líneas no son escritas á humo de pajas : pues sin ellas acaso quedaria un poco oscura la tradicion popular. Y ahora, vamos al cuento sin mas

rodeos, antes que alguno diga que me parezco al gaitero de Bujalance, á quien le dieron un maravedí porque tocase y le pagaron diez porque acabase.

II.

Cuentan que, por los años de 1620, vivia en la muy noble y muy leal ciudad de los Caballeros del Leon de Huánuco, don Fermin Gorrochano, noble, por supuesto, mas que el Cid Campeador y los siete infantes de Lara.

Habitaba nuestro hidalgo en el segundo piso de la casa contigua á la que hoy ocupa la Prefectura. La fábrica no estaba aun terminada y en el salon existia un balconcillo sin balaustrada ni celosía.

Este balconcillo es hoy mismo, en Huánuco, un monumento histórico; como en Paris la famosa ventana á la que se asomára el sándio predecesor de Enrique IV para hacer la señal de dar principio á la matanza de hugonotes, en la tremenda noche de la Saint-Barthelemy.

Era el don Fermin lo que se llama un pisaverde muy pagado de su personita. Rico y noble, no pensaba mas que en aventuras amorosas, y parece que en ellas lo acompañaba la fortuna de César ó de Alejandro para otro jénero de conquistas.

En cierto dia traíalo preocupado una cita, de aquellas á las que no puede enviarse un *alter ego,* para la hora en que nuestros abuelos acostumbraban echar la siesta.

Desde las ocho de la mañana andaba su criado persiguiendo al barbero Higinio, que quien vá á cosechar los primeros pámpanos, mirtos y laureles en la heredad

de Venus ha de presentarse limpio de pelos y bien acicalado. La forma entra por mucho en las cuestiones de Estado y en las del dios Cupido.

Pero al maldito barbero habíale acudido aquel dia mas obra que á escribano de hacienda en tiempo de crisis y quiebras mercantiles.

Tenia que poner sanguijuelas á un fraile, sinapismos á una damisela, sacar un raigon á la mujer del corregidor, afeitar á un cabildante, hacer la corona á un monago y cortar las trenzas á una muchacha mal inclinada. Vaya, si tenia trajin!

— Dígale á su merced que, en acabando de plantarle unas ventosas á la sobrina del cura, me tendrá á su mandado — contestó el barberillo á una de las requisitorias del fámulo.

Mas tarde dijo: — En cuanto termine de rapar al fiel de fechos y al veedor, soy con su merced.

Y en estas y las otras, y en idas y venidas como en el juego de la corregüela, cátalo dentro, cátalo fuera, dieron las tres de la tarde y se pasó para don Fermin la hora de la suspirada cita.

Era Higinio un indiecito bobi-culto y del codo á la mano, y aunque hubiera sido un Goliath injerto en Séneca para el caso daba lo mismo. Mayor honorario sacaba el infeliz de aplicar un parche ó un clister que de jabonar una barba. Ademas, no podia sospechar que le corriera tanta prisa al hidalgo, que á barruntarlo acaso no habria andado remolona la navaja.

Cuando, sonadas ya las tres, no le quedó lavativa por echar ni parroquiano á quien servir, se encaminó muy suelto de huesos á casa de Gorrochano.

Esperábalo éste mas furioso que berrendo en el redondel. Daba precipitados paseos por el salon y, de vez

en cuando, se detenia, creyendo sentir por la escalera al rehacio Fígaro.

— Si vendrá ese gorgojo, murmuraba, el dia en que orinen las gallinas! Por mi santo patron, que se ha de acordar de mí el muy arrapiezo!

Al cabo, presentóse Higinio con el saco en que llevaba los trebejos del oficio. No bien estuvo al alcance de don Fermin cuando éste, sin decir — allá te lo espeto, pericote prieto — le arrimó una de coces y bofetones. El rapa-barbas, aquí caigo, allá levanto, dió la vuelta al salon, danzando el baile macabeo, hasta hallarse junto á la entornada puerta que comunicaba al desmantelado balconcillo.

En su conflicto, imajinóse el pobrete que esa puerta comunicaria á otra habitacion y lanzóse por ella, á tiempo que le alcanzaba en la rabadilla un soberano puntapié.

Higinio cayó como pelota á la calle y se descalabró, y quedó tendido como camisa al sol.

Una aristocrática española, vieja y desdentada, que á la sazon pasaba, léjos de desmayarse como lo habria hecho cualquiera hembra de estos tiempos, esclamó: —

Bien hecha muerte! Feliz barbero,
Que muere á manos de un caballero!

Para mi santiguada! Buen consuelo de tripas! digo yo. —

La perra que te jaló las patas! bruja encorozada! boca de lobo afambrido! arsenal de pecados! diabla afeitada! celestina embaucadora! — esto habria dicho, á oirla, el señor de la torre de Juan de Abad.

Y el muerto fué al hoyo, y la justicia i chistó ni mistó, y los hidalgos del Leon de Huánuco dijeron pavoneándose : — Así aprenderá esta canalla á tener respetos con sus amos.

Y desde entónces quedó en el Perú, como refran, la frase de la vieja :

Bien hecha muerte! Feliz barbero,
Que muere á manos de un caballero!

¡BEBA, PADRE, QUE LE VÁ LA VIDA!

A la distinguida escritora cuzqueña señora Clorinda Mato de Turner, en correspondencia á la tradicion con cuya dedicatoria quiso honrarme. — R. P.

Dama de mucho cascabel y de mas temple que el acero toledano fué doña Ana de Borja, condesa de Lemos y vireyna del Perú. Por tal la tuvo Su Majestad doña Maria Ana de Austria, que gobernaba la monarquia española durante la minoridad de Cárlos II; pues al nombrar virey del Perú al marido lo proveyó de real cédula, autorizándolo para que, en caso de que el mejor servicio del reino lo obligase á abandonar Lima, pusiese las riendas del gobierno en manos de su consorte.

En tal conformidad, cuando su excelencia creyó indispensable ir en persona á apaciguar las turbulencias de Laycacota, ahorcando al rico minero Salcedo, quedó doña Ana en esta ciudad de los Reyes presidiendo la Audiencia, y su gobierno duró desde Junio de 1668 hasta Abril del año siguiente.

Asi como suena, y mal que nos pese á los peruleros, hemos sido durante diez meses gobernados por una mujer..... y francamente que con ella no nos fué del todo mal, porque el pandero estuvo en manos que lo sabian hacer sonar.

Y para que ustedes no digan que por mentir no pagan los cronistas alcabala y que los obligo á que me crean bajo la fé de mi palabra, copiaré lo que sobre el parti-

cular escribe el erudito señor de Mendiburu, en su excelente y concienzudo *Diccionario Histórico* : — « Al « emprender su viaje á Puno el conde de Lemos, en- « comendó el gobierno del reino á doña Ana, su mujer; « quien lo ejerció durante su ausencia resolviendo to- « dos los asuntos, sin que nadie hiciese la menor obser- « vacion, principiando por la Audiencia que reconocia « su autoridad. Tenemos en nuestro poder un despacho « de la vireyna, nombrando un empleado del tribunal « de cuentas, y está encabezado como sigue : Don « Pedro Fernandez de Castro y Andrade, conde de Le- « mos, y doña Ana de Borja, su mujer, condesa de « Lemos, en virtud de la facultad que tiene de Su Ex- « celencia para el gobierno de estos reinos, atendiendo « á lo que representa el tribunal, he venido en nombrar « y nombro de muy buena gana, etc. etc.

Era doña Ana, en su época de mando, dama de veintiocho años, de gallardo cuerpo, aunque de rostro poco agraciado. Vestia con esplendidez, y nunca se la vió en público sino cubierta de brillantes. De su carácter dicen que era en extremo soberbio y dominador, y que vivia muy infatuada con su abolorio y pergaminos.

Si seria chichirinada la vanidad de quien, como ella, contaba entre los santos de la corte celestial nada menos que á su abuelo Francisco de Borja!

Las picarescas limeñas, que tanto quisieron á doña Teresa de Castro, la mujer del virey don Garcia, no vieron nunca de buen ojo á la condesa de Lemos y la bautizaron con el apodo de la *Patona*. Presumo que la vireyna seria mujer de mucha base.

Entrando ahora en la tradicion, cuéntase de la tal doña Ana algo que no se le habria ocurrido al ingenio del mas bragado gobernante, y que prueba en sustan-

cia cuan grande es la astucia femenina y que cuando la mujer se mete en política ó en cosas de hombre, sabe dejar bien puesto su pabellon y darnos unas lecciones que ni las de Pradier Foderé, con motivo de la crísis.

Entre los pasajeros que, en 1668, trajo al Callao el galeon de Cadiz, vino un fraile portugues de la órden de San Gerónimo. Llamábase el padre Nuñez.

Apenas llegado éste á Lima, recibió la vireyna un anónimo en que la denunciaban que el fraile no era tal fraile, sino espia ó comisionado secreto del Portugal, quien para el mejor logro de alguna maquinacion política se presentaba disfrazado con el santo hábito.

La vireyna convocó á los Oidores y sometió á su acuerdo la denuncia. Sus señorias opinaron porque inmediatamente y sin muchas contemplaciones se echase guante al padre Nuñez, y se le ahorcase *coram populo*. Ya se vé! En esos tiempos no estaban de moda las garantias individuales ni otras candideces de la laya, que ogaño se estilan, y que asi garantizan al projimo que cae debajo como una cota de seda de un garrotazo en la espalda.

La sagaz vireyna se resistió á llevar las cosas al estricote y, viniéndosele á las mientes algo que cuento Garcilaso de Francisco de Carvajal, dijo á sus compañeros de Audiencia :—Déjenlo vueseñorias por mi cuenta que, sin necesidad de ruido ni de tomar el negocio por donde quema, yo sabré descubrir si es fraile ó monago, que el hábito no hace al monje sino el monje al hábito. Y si resulta preste tonsurado por barbero y no por obispo, entonces, sin mas kiries ni letanias, llamamos á Gonzalvillo para que lo cuelgue por el pescuezo en la horca de la Plaza.

Este Gonzalvíllo, negro retinto y feo como un demonio, era el verdugo titular de Lima.

Aquel mismo dia, la vireyna comisionó á su mayordomo para que invitase al padre Nuñez á *hacer penitencia* en Palacio.

Los tres Oidores acompañaban á la noble dama en la mesa, y en el jardin esperaba órdenes el terrible Gonzalvíllo.

La mesa estaba opíparamente servida, no con esas golosinas que hoy se usan y que son como manjar de monja, soplíllo y poca sustancia, sino con cosas suculentas, sólidas y que se pegan al riñon. La fruta de corral, pavo, gallina y hasta *chancho enrrollado*, lucia con profusion.

El padre Nuñez no comia..... devoraba. Hizo cumplido honor á todos los platos.

La vireyna guiñaba el ojo á los Oidores, como diciéndoles :

— Bien engulle ! Fraile es.

Sin saberlo, el padre Nuñez habia salido bien de la prueba. Faltábale otra.

La cocina española es cargada de especias que naturalmente despiertan la sed.

Moda era poner en la mesa grandes vasijas de barro de Guadalajara que tiene la propiedad de conservar mas fresca el agua, prestándole agradable sabor.

Despues de consumir, como postres, una muy completa racion de alfajores, pastas y dulces de la monjas, no pudo el comensal dejar de sentir imperiosa necesidad de beber, que seca garganta ni gruñe ni canta.

— Aquí te quiero ver, escopeta ! — murmuró la condesa.

Esta era la prueba decisiva que ella esperaba. Si su

convidado no era lo que por el traje revelaba ser, beberia con la pulcritud que no se acostumbra en el refectorio.

El fraile tomó con ambas manos el pesado cántaro de Guadalajara, lo alzó casi á la altura de la cabeza, recostó ésta en el respaldo de la silla, echóse á la cara el porron y empezó á despacharse á su gusto.

La vireyna, viendo que aquella sed era como la de un arenal y muy frailuno el modo de apaciguarla, le dijo sonriendo :

— Beba, padre, beba que le vá la vida.

Y el fraile, tomando el consejo por amistoso interes de su salud, no despegó la boca del porron hasta que lo dejó sin gota. En seguida su paternidad se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor que le corria á chorros, y echó por la boca un regüeldo que imitaba el bufido de una ballena harponada.

Doña Ana se levantó de la mesa y salióse al balcon seguida de los Oidores.

— ¿Qué opinan vueseñorias?

— Señora, que es fraile y de campanillas — contestaron á una los interpelados.

— Asi lo creo en Dios y en mi ánima. Que se vaya en paz el bendito sacerdote?

***

Ahora, digan ustedes si no fué *mucho hombre* la mujer que gobernó el Perú!

MONJA Y CARTUJO.

TRADICION

En que se prueba que del ódio al amor hay poco trecho.

I.

Don Alonso de Leyva era un arrogante mancebo castellano que, por los años de 1640, se avecindó en Potosí en compañia de su padre, nombrado por el rey correjidor de la imperial villa.

Cargo fué este tan apetitoso que, en 1590, lo pretendió nada ménos que el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, aunque no recuerdo dónde he leido que no fué éste sino el correjimiento de La Paz el codiciado por el ilustre vate español. ¡Cuestion de nombre! A haber recompensado el rey los méritos del manco de Lepanto, enviándolo al Perú como él anhelaba, es seguro que el QUIJOTE se habria quedado en el tintero y no tendrian las letras castellanas un título de lejítimo orgullo en libro tan admirable. Véase, pues, como hasta los reyes con pautas torcidas hacen renglones derechos, que si ingrato é injusto anduvo el monarca en no premiar como debiera al honrado servidor, agradecerle hemos la mezquindad é injusticia, por los siglos de los siglos, los que amamos al galano y conceptuoso escritor y lo leemos y releemos con entusiasmo constante.

Era el don Alonso un verdadero hijo mimado; y por

ello es de colejirse que andaria siempre por caminos torcidos. Camorrista, jugador y enamoradizo, ni dejaba enmohecer el hierro, ni desconocia garito, ni era moro de paz con casadas ó doncellas, que hombre fué nuestro hidalgo de muy voraz apetito y afectado de lo que se llama ginecomanía.

Así, nadie se maravilló de saber que andaba como goloso tras cierta doña Elvira, esposa de don Martin Figueras, acaudalado vizcaino, caballero de Santiago y veinticuatro de la villa, hombre del cual decíase lo que cuentan de un don Lope que no era miel, ni hiel, ni vinagre, ni arrope.

Que doña Elvira tenia belleza y discrecion para dar y prestar no hay para qué apuntarlo, que á ser fea y tonta no habría dado asunto á los historiadores. Algo ha de valer el queso para que lo vendan por el peso. Ademas, don Alonso de Leyva era mozo de paladar muy delicado, y no habia de echar su fama al traste por una hembra de poco mas ó ménos.

En puridad de verdad, fué para Elvirita para quien un coplero, entre libertino y devoto, escribió esta redondilla :

Mis ojos fueron testigos
Que te vieron persignar :
¡ Quien tu pudiera besar
Donde dices *enemigos !*

Pero es el caso que doña Elvira era mujer de mucho penacho y blasonaba de honrada. Palabras y billetes del galan quedaron sin respuesta y en vano pasaba él las horas muertas, hecho un hesicate, dando vueltas en torno de la dama de sus pensamientos y rondando por

esas aceras, en acecho de ocasion oportuna para atreverse á un atrevimiento.

Al cabo, persuadióse don Alonso de que no rendiria la fortaleza si no ponia de su parte ejército auxiliar, y acertó á propiciarse la terceria de una amiga de doña Elvira. Dádivas quebrantan peñas, ó lo que es lo mismo, no hay cerradura donde es de oro la ganzua; y el de Leyva, que tenia empeñada su vanidad en el logro de la conquista, supo portarse con tanto rumbo, que la amiga empezó por sondear el terreno encareciendo ante doña Elvira las cualidades, gentileza y demas condiciones del mancebo. La esposa de Figueras comprendió á donde iba á parar tanta recomendacion, é interrumpiendo á la oficiosa panejirista la dijo :

— Si vuelves á hablarme de ese hombre *cortamos pajita,* que oídos de mujer honrada se lastiman con conceptos de galanes.

A santo enojado, con no rezarle mas está acabado. Pasaron meses y la amiga no volvió á tomar en boca el nombre del galan. La muy marrullera concertaba con don Alonso el medio de tender una red á la virtud de la orgullosa dama, que donde no valen cuñas aprovechan uñas, y no era el de Leyva hombre de soportar desdenes.

Una mañana recibió doña Elvira este biletito, que copiamos subrayando los provincialismos :

« *Elvirucha, viditay :* sabrás como el dolor de *hijada*
« me tiene sin salir de mi *dormida.* Por eso no puedo
« llevarte, como te ofrecí ayer, las ricas blondas y de-
« mas *porquerias* que me han traido de Lima, y que
« están haciendo *raya* entre las *mazamorreras.* Pero si
« quieres verlas, ven, que te espero, y de paso harás
« una obra de misericordia visitando á tu — *Manuelay.* »

Doña Elvira, sin la menor desconfianza, fué á casa de Manuela.

Precisamente eso queríamos los de á caballo..... que saliese el toro á la plaza!

Presumimos que, mas que el deseo de ver á la doliente amiga, fué la curiosidad que en todas las hijas de Eva inspiran los cintajos, telas y joyas, lo que impulsó á la visitante. De seguro que la simbólica manzana del Paraiso fué un traje de seda ú otra *porqueria* por el estilo.

Y á propósito de esta palabra que se usa muy criollamente. ¿ Háceles á ustedes gracia oirla en lindísimas bocas ?

Vá una limeña á tiendas, encuentra una amiga y es de cajon esta frase : — hija, estoy gastando la plata en porquerias.

Se atraganta una niña de dulces, hojaldres y pastas, y no faltan labios de caramelo que digan :

— ¡ Cómo no se ha de enfermar esta muchacha, si no vive mas que comiendo porquerias !

Uf! qué asco!

Lectoras mias, llévense de mi consejo y destierren la palabrita mal sonante. Perdonen el sermoncito cuaresmal y, dejándonos de mondar nísperos, sigamos con el interrumpido relato.

Manuela recibió la visita, acostada en su lecho, y despues de un rato de charla femenil, sobre la eficacia de los remedios caseros, dijo aquella :

— Si quieres ver esas *maritatas,* las hallarás sobre la mesa del otro cuarto.

Doña Elvira pasó á la habitacion contigua y la puerta se cerró tras ella.

Ni yo ni el santo sacerdote que consignó en sus libros

esta historia fuimos testigos de lo que pasaria á puerta cerrada; pero una sirviente, larga de lengua, contó en secreto al sacristan de la parroquia y á varias comadres del barrio, que fué como publicarlo en la gaceta, que doña Elvira salió echando chispas y que, al llegar á su domicilio, sufrió tan horrible ataque de nervios que hubo necesidad de que la asistiesen médicos.

Barrunto que por esta vez habia resultado sin sentido el refrancito aquel que dice: — á olla que hierre ninguna mosca se atreve.

II.

La esposa de don Martin Figueras juró solemnemente vengarse de los que la habian agraviado; y para asegurar el logro de su venganza, principió por disimular su enojo para con la desleal amiga, y finjió reconciliarse con ella y olvidar su felonía.

Una tarde, en que Manuela estaba lijeramente enferma, doña Elvira la envió un plato de natillas. Afortunadamente para la proxeneta no pudo comerlas en el acto, por no contrariar los efectos de un medicamento que acababan de propinarla, y guardó el obsequio en la alacena.

A las diez de la noche sacó Manuela al consabido dulce, resuelta á darse un hartazgo, y quedó helada de espanto. En las natillas se veía la nauseabunda descomposicion que produce un tósigo. De buena gana habria la tal alborotado el cotarro; pero, como la escarabajeaba un gusanillo la conciencia, resolvió callar y vivir sobre aviso.

En cuanto á don Alonso de Leyva, tampoco las tenia todas consigo y andaba mas escamado que un pez.

Hallábase una noche en un garito, cuando entraron dos matones y él, instintivamente, concibió algun recelo. Los dados le habian sido favorables y, al terminarse la partida,se volvió hácia los individuos sospechosos y, alargándoles un puñado de monedas, les dijo :

— Vaya, muchachos! Reciban *barato* y diviértanse á mi salud.

Los malsines acompañaron al de Leyva y le confesaron que doña Elvira los habia comisionado para que lo cosiesen á puñaladas ; pero que ellos no tenian entrañas para hacer tamaña barbaridad con tan rumboso mancebo.

Desde ese momento don Alonso los tomó á su servicio para que le guardasen las espaldas y le hiciesen en la calle compañía, marchando á regular distancia de su sombra. Era justo precaucionarse de una celada.

Item, escribió á su víctima una larga y espresiva carta, rogándola perdonase la villania á que lo delirante de su pasion lo arrastrara. Decíala ademas, que si para desagravio necesitaba su sangre toda, no la hiciese verter por el puñal de un asesino ; y terminaba con esta apasionada promesa : — Una palabra tuya, Elvira mia, y con mi propia espada me atravesaré el corazon.

Convengamos en que el don Alonso era mozo de todo juego y que sabia, por lo alto y por lo bajo, llevar á buen término una conquista.

III.

Frustrada la doble venganza que se propuso doña Elvira, se la desencapotaron los ojos; lo que importa decir que pasó su alma á esperimentar el sentimiento opuesto al ódio. ¡ Misterios del corazon !

Tal vez la apasionada epístola del galan sirvió de combustible para avivar la hoguera. Sea de ello lo que fuere, que yo no tengo para qué meterme en averiguarlo, la verdad es que el hidalgo y la dama tuvieron diaria entrevista en casa de Manuela y se juraron amarse hasta el último soplo de vida. Por eso, sin duda, se dijo quien te dió la hiel te dará la miel.

Por supuesto, que no volvió entre ellos á hablarse de lo pasado. A cuentas viejas, barajas nuevas.

Pero los entusiastas amantes se olvidaban de que en Potosí existia un hombre llamado don Martin Figueras, el cual la echaba de celoso quizá, como dice el refran, no tanto por el huevo sino por el fuero. Al primer barrunto que éste tuvo de que un Cirineo pretendia ayudarlo á cargar la cruz, encerró á su mujer en casita, rodeóla de dueñas y rodrigones, prohibióla hasta la salida al templo en los dias de precepto, y forzóla á que estuviese en el estrado mano sobre mano como mujer de escribano.

Decididamente, don Martin Figueras era el Neron de los maridos, un tirano como ya no se usa. No era para él la resignacion virtud con la que se gana el cielo.

Don Alonso no se conformó con la forzada abstinencia que le imponian los escrúpulos de un Orestes; y cierta noche, entre él y los dos matones, le plantaron á don Martin tres puñaladas que no debieron ser muy limpias; pues el moribundo tuvo tiempo para acusar como á su asesino al hijo del correjidor.

— Si tal se prueba, (dijo irritado su señoría, que era hombre de no partir peras con nadie en lo tocante á su cargo) no le salvará mi amor paternal de que la justicia llene su deber degollándolo por mano del verdugo, que

el que por su gusto se traga un hueso hácelo atenido á su pescuezo.

Los ministriles se pusieron en movimiento, y apresado uno de los rufianes cantó de plano y pagó su crímen en la horca, que la cuerda rompe siempre por lo mas delgado.

Entretanto, don Alonso escapó á uña de caballo; y doña Elvira se fué á Chuquisaca y se refujió en la casa materna.

Probablemente algun cargo sério resultaria contra ella en el proceso, cuando las autoridades de Potosí libraron órden de prision, encomendando su cumplimiento al alguacil mayor de Chuquisaca.

Presentóse éste en la casa, con gran cortejo de esbirros, é impuesta la madre de lo que solicitaban, se volvió á doña Elvira y la dijo:

— Niña, ponte el manto y sigue á estos señores que, si inocente estas, Dios te prestará su amparo.

Entró Elvira á la recámara y habló rápidamente con su hermana. A poco salió una dama, cubierta la faz con el rebocillo, y los corchetes la dieron escolta de honor.

Asi caminaron seis cuadras hasta que, al llegar á la puerta de la cárcel, la dama se descubrió y el alguacil mayor se mesó las barbas, reconociéndose burlado. La presa era la hermana de doña Elvira.

La viuda de don Martin Figueras no perdió minuto y, cuando regresó la gente de justicia en busca de la paloma, ésta se hallaba salva de cuitas en el monasterio de monjas, asilo inviolable en aquellos tiempos.

IV.

Don Alonso pasó por Buenos Aires á España. Rico, noble y bien relacionado, defendió su causa con lengua de oro y, como era consiguiente, alcanzó cédula real que á la letra así decía :

« El Rey : — Por cuanto siéndonos manifiesto que « Don Alonso de Leyva, hidalgo de buen solar, dió « muerte con razon para ello á Don Martin Figueras, « vecino de la imperial villa de Potosí, mandamos á « nuestro viso-rey, audiencias y correjimientos de los « reinos del Perú, den por quito y absuelto de todo « cargo al dicho hidalgo don Alonso de Leyva, que- « dando finalizado el proceso y anulado y casado por « esta nuestra real sentencia ejecutoria. »

En seguida pasó á Roma ; y haciendo uso de los mismos sonantes é irrefutables argumentos, obtuvo licencia para contraer matrimonio con la viuda del veinticuatro de Potosí.

Pero don Alonso no pudo hacer que el tiempo detuviese su carrera, y gastó tres años en viajes y pretensiones.

Doña Elvira ignoraba las fatigas que se tomaba su amante ; pues aunque éste la escribió informándola de todo, ó no llegaron á Chuquisaca las cartas, en esa época de tan dificil comunicacion entre Europa y América, ó como presume el religioso coronista que consignó esta historia, las cartas fueron interceptadas por la severa madre de doña Elvira, empeñada en que su hija tomase el velo, para acallar el escándalo á que su liviandad diera oríjen.

Don Alonso de Leyva llegó á Chuquisaca un mes des-

pues de que el solemne voto apartaba del mundo á su querida Elvira.

Añade el coronista que el desventurado amante se volvió á Europa y murió vistiendo el hábito de los cartujos.

Pobrecito ! Dios lo haya perdonado..... *Amen.*

CIENTO POR UNO.

Al señor Don Jorge Delgadillo.

I.

La gran laguna de Titicaca tiene 1326 leguas cuadradas y su elevacion sobre el nivel del mar es de 12,850 piés. Presúmese que el agua vá á salir al mar por debajo de la cordillera, y á inmediaciones de Iquique. Dice la tradicion que de esta laguna salió en el siglo XI Manco-Capac, fundador del imperio de los Incas, y aun se ven en la isla principal las ruinas del famoso templo que consagró al Sol, asi como en la islita de Coati, á pocas millas de aquella, se encuentran las del templo de la Luna.

La voz *Titi-caca,* en aymará, significa Peña de metal y la palabra *Coati,* Reina ó Señora. En ambas islas mantuvieron los Incas sacerdotisas consagradas al culto, las que eran escojidas entre la nobleza y forzadas á hacer voto de castidad.

Tradicional es tambien que Santo Tomas predicó el Evangelio en los pueblos de las márgenes del Titi-caca, y peñas hay en las que muestran los naturales las huellas del famoso pié de catorce pulgadas sobre el que hemos escrito largamente en otra leyenda. Añádese que en el Titi-caca murió el apóstol empalado por los indios, y que habia habitado una cueva en Carabuco, pueblo donde, andando los tiempos, se encontró enterrada una

gran cruz perteneciente al discípulo del Salvador. Un clavo de esta cruz fué llevado como reliquia á España ; y los otros dos, asi como parte de la cruz, se conservan con gran devocion en la iglesia de Carabuco. Diversos espedientes se han seguido por la autoridad eclesiástica en comprobacion de estos hechos.

Muchos historiadores refieren que, despues del asesinato de Atahualpa, los indios arrojaron en el lago la célebre cadena de oro, que media 350 piés de largo y pulgada y media de espesor, mandada construir por Huayna-Capac para festejar el nacimiento de su hijo Huascar. Dícese ademas que, entre otras riquezas escondidas en el Titi-caca, para que no se apoderasen de ellas los conquistadores, se encuentra un brasero de oro que tenia por piés cuatro leones de plata.

II.

Copacabana, significa *piedra de donde se vé ;* porque desde ese punto se puede contemplar el mas bello panorama de la laguna. En Copacabana tuvieron tambien los Incas templo consagrado al Sol, en cuya puerta habia dos grandes leones de piedra y dos cóndores. Recientemente, en 1855, se encontró uno de estos, aunque bastante maltratado.

Sobre las ruinas del que fué templo del Sol, edificaron los conquistadores en 1550 una iglesia, que en 1638 fué derribada para construir el actual santuario de universal fama por las riquezas que poseyó.

Los naturales de Copacabana vivian divididos en bandos sobre el nombramiento de santo patron para el pueblo. Unos eran partidarios de santo Tomas, otros de san Sebastian y no pocos de la vírgen de la Cande-

laria. D. Francisco Titu-Yupanqui, descendiente de los Incas, que encabezaba este último bando, se propuso labrar la imágen de la patrona y, aunque poco hábil en escultura, talló un busto que le salió tan deforme que provocó la burla general. No se desalentó Don Francisco por el mal éxito, y emprendió viaje á Potosí donde entró de aprendiz en el taller de un escultor. Despues de mil peripecias, largamente narradas en el libro del padre Alonso Ramas y en el que en 1641 publicó en Lima el agustino fray Fernando Velarde, terminó su obra nuestro escultor; y vencida la resistencia de los bandos tomasista y sebastianista, que á fuer de galantes, cedieron el campo á una señora, quedó despues de grandes fiestas, instalada la Vírgen de la Candelaria en la iglesia de Copacabana el dia 2 de Febrero de 1583.

Tanto en el libro de fray Alfonso Ramos como en el que en 1860 publicó fray Rafael Sanz, se relatan infinitos milagros realizados por la vírgen de Copacabana, milagros que la rodearon en pocos años de fama y prestigio tal que de toda América, empezaron á acudir los fieles en romeria ó peregrinacion al santuario, cuyo cuidado se encomendó, por real cédula de 7 de Enero de 1588, á los padres agustinos.

En 1640 se procedió á edificar la actual iglesia cuya forma es la de una cruz y mide setenta y cinco varas de largo.

Hablando de la imágen que se venera en ese santuario dice un cronista — « El busto es de maguey, bien estucado con pasta muy compacta que la hace paracer de madera. Tiene cinco cuartas y la belleza del rostro maravilla. Sin ser de vidrio, sus ojos son tan hermosos que no se dejan mirar y ellos parece que le miran á uno lo mas secreto del corazon. »

A no ser uniforme el testimonio de personas que aun existen y que visitaron el santuario de Copacabana en los primeros años de la independencia, podria creerse fabula la enumeracion de halajas valiosas encerradas en ese templo. Apuntaremos algo á la lijera.

La custodia era de oro y, con su pedestal, media tres cuartas.

El camarin de la Vírgen se halla sostenido por cuatro gruesas columnas salomónicas, de plata maciza.

La imágen lucia una corona de oro, cubierta de piedras preciosas, y en circunferencia de ella habia un círculo tambien de oro con doce estrellas, el sol y la luna.

Semanalmente se cambiaban las arracadas de brillantes que pendian de las orejas de la imágen. Poseia la Vírgen treinta y seis pares de pendientes.

Las halajas del pecho, los anillos y el bordado de los cien mantos, representaban valores casi fantásticos.

En una mano llevaba la Vírgen un cirio de oro, en cuyo estremo habia un rubí imitando la llama.

El Niño, que María lleva en brazos, no ostentaba ménos lujo. La corona, obsequio del pueblo arequipeño, era de oro y piedras, asi como un bastoncito regalo del Virey Conde de Lemus.

El cinto de la Vírgen tenia, entre otras piedras valiosas, un rubí de dos pulgadas de diámetro, que era la admiracion de los viajeros.

La efijie, deslumbrante de pedreria, descansaba sobre un pedestal de plata, imitando hojas de lirio. A los piés de la Vírgen veiase, ultimamente, la espada y el baston de uno de los presidentes de Bolivia.

Dudamos mucho que en toda la cristiandad haya existido templo en el que, como en el santuario de Co-

pacabana, la devocion de los fieles hubiera contribuido con donativos de halajas y metales avaluados en mas de un millon de duros.

III.

En 1616 presentóse, entre los romeros que visitaron el santuario de Copacabana, un jóven español, de simpática figura y que por lo melancólico de su rostro parecia víctima de un gran sufrimiento moral.

Asi era en efecto. Alonso Escoto habia venido á América en pos de la fortuna que, en el Nuevo Mundo, se mostraba ciega y loca para con la mayor parte de los españoles. Sin embargo de su genio emprendedor, de su honradez y de su constancia para el trabajo, Alonso Escoto se veia perseguido por la fatalidad. Agricultor, comerciante, minero, en cuanto ponia mano tenia sombra de higuera.

Con sus últimos recursos dirijióse á la romeria de Copacabana y una tarde, en que la iglesia estaba solitaria, arrodillóse ante el altar y dirijióse á la Vírgen en estos términos :

— Madre mia, tú que lees en los pliegues mas secretos del alma, sabes que soy honrado á carta cabal. Te pido que me prestes lo que, por hoy, no te hace falta. Celebremos una compañia mercantil, que yo te juro pagarte ciento por uno. Tú serás el socio capitalista y yo industrial. Ampárame, señora, en mi desventura.

Y Alonso Escoto salió del templo llevándose un par de pendientes y dos candelabros de plata.

Sin pérdida de tiempo emprendió Escoto viaje para Arequipa, vendió la halaja en dos mil pesos y los candelabros en trescientos.

Viajando por uno de los valles de ese teritorio, encontróse con el propietario de una hacienda de viña quien lo invitó á visitar su fundo. Aceptó Escoto y, recorriendo una de las bodegas, díjole el hacendado :

— Mire vuesamerced en este depósito una fortuna perdida. El licor de esas quinientas cubas fué la cosecha que tuve en el año que reventó el Huayna-Putina. El maldito volcan casi me arruina; porque el vino se ha *torcido* de tal manera que ni por vinagre logro venderlo.

Alonso Escoto probó del líquido de una de las cubas y dijo :

— Pues, si nos convenimos en el precio, mio es el vinagre, que ya veré forma de llevar las cubas á la costa y vender al menudeo.

Formalizado el contrato pagó Escoto mil pesos á buena cuenta, contrató mulas, puso sobre ellas un centenar de cubas, dejando las restantes depositadas en la bodega del vendedor, y emprendió viaje á Lima.

Llegado á la ciudad de los Reyes destapó una de las cubas, y encontróse con que el vinagre se habia convertido en vino generoso de primera calidad, fenómeno que los vinicultores se esplican por influencias climatéricas. Ademas, la oportunidad fué muy propicia para nuestro comerciante ; porque el naufragió de algunos buques, que salieron de Cádiz con cargamento de vino, habia influido en la alza de precio de este artículo de privilegiado consumo.

Escoto hizo con toda dilijencia traer las cubas que dejara depositadas y, en menos de un año, se encontró poseedor de una fortuna muy redonda. Entónces se decidió á liquidar la sociedad con la Vírgen de Copacabana.

El 2 de Febrero de 1818, se celebraba en el santuario de Copacabana con mucha pompa la fiesta de la Candelaria y, frente al altar de la Vírgen, se veia un jigantesco candelabro de plata con trescientias sesenta y cinco luces, número igual al de los dias del año.

Tal fué la parte de la Vírgen en la sociedad mercantil con Alonso Escoto, quien ademas hizo otros obsequios al santuario.

El candelabro de plata pesaba veinte y seis arrobas !!!!

IV.

En 1826 el General Sucre, urjido por circunstancias especiales y que no me propongo examinar, dispuso que se fundiese y convirtiera en moneda sellada casi todo el oro y plata del santuario. Así desapareció el célebre candelabro de Alonso Escoto.

Muchas halajas fueron compradas por el dueño de una famosa mina de Puno, la que poco despues *dió en agua.*

Cuéntase que la Vírgen poseia un magnífico collar de perlas, el cual fué comprado por un General ingles, al servicio entónces de Bolivia, en la suma de ocho mil pesos. El general lo obsequió á su novia, que se adornó con él una sola noche para asistir á un baile. Desde el siguiente dia empezó á padecer una enfermedad de garganta que, á la postre, la condujo al sepulcro.

Hasta 1826 el santuario corrió á cargo de los agustinos, y desde entónces cuida de él un capellan.

Poco, muy poco le queda aun á la Vírgen de Copacabana de su antigua riqueza y, segun nos afirman, su culto ha decaido mucho.

EL TESORO DE CATALINA HUANCA.

I.

Los *huancas* ó indíjenas del valle de Huancayo constituian, á principios del siglo XV, una tribu independiente y belicosa á la que el Inca Pachacutec logró, despues de fatigosa campaña, someter á su imperio; aunque reconociendo por cacique á Oto-Apu-Alaya y declarándole el derecho de transmitir título y mando á sus descendientes.

Prisionero Atahualpa, envió Pizarro fuerzas al riñon del pais; y el cacique de Huancayo fué de los primeros en reconocer el nuevo órden de gobierno, á trueque de que se respetasen sus antiguos privilejios. Pizarro que, á pesar de los pesares, fué sagaz político, apreció la conveniencia del pacto; y para mas halagar al cacique é inspirarle mayor confianza, se unió á él por un vínculo sagrado, llevando á la pila bautismal, en calidad de padrino, á Catalina Apu-Alaya, heredera del título y dominio.

El pueblo de San Gerónimo, situado á tres leguas castellanas de Huancayo y á tres kilómetros del convento de Ocopa, era por entónces cabeza del cacicazgo.

Catalina Huanca, como generalmente es llamada la protagonista de esta leyenda, fué mujer de gran devocion y caridad. Calcúlase en cien mil pesos ensayados, el valor de los azulejos y maderas que obsequió para

la fábrica de la iglesia y convento de San Francisco; y asociada al arzobispo Loayza y al obispo de la Plata fray Domingo de Santo Tomas, edificó el hospital de Santa Ana. En una de las salas de este santo asilo contémplase el retrato de doña Catalina, obra de un pincel churrigueresco.

Para sostenimiento del hospital, dió ademas la cacica fincas y terrenos de que era en Lima poseedora. Su caridad para con los pobres, á los que socorria con esplendidez, se hizo proverbial.

En la real caja de censos de Lima estableció una fundacion, cuyo producto debia emplearse en pagar parte de la contribucion correspondiente á los indíjenas de San Gerónimo, Mito, Orcotuna, Concepcion, Cincos, Chupaca, y Sicaya, pueblecitos inmediatos á la capital del cacicazgo.

Ella fué tambien la que implantó en esos siete pueblos la costumbre, que aun subsiste, de que todos los ciegos de esa jurisdiccion se congreguen en la festividad anual del patron titular de cada pueblo, y sean vestidos y alimentados á espensas del mayordomo, en cuya casa se les proporciona ademas alojamiento. Como es sabido, en los lugares de la sierra, esas fiestas duran de ocho á quince dias, tiempo en que los ciegos disfrutan de festines, en los que la *pacha-manca* de carnero y la *chicha de jora* se consumen sin medida.

Murió Catalina Huanca en los tiempos del Virey Marqués de Guadálcazar, de cerca de noventa años de edad, y fué llorada por grandes y pequeños.

Doña Catalina pasaba cuatro meses del año en su casa solariega de San Gerónimo, y al regresar á Lima lo hacia en una litera de plata y escoltada por tres-

cientos indios. Por supuesto, que en todos los villorios y caseríos del tránsito era esperada con grandes festejos. Los naturales del pais la trataban con las consideraciones debidas á una reina ó dama de mucho cascabel, y aun los españoles la tributaban respetuoso homenaje.

Verdad es que la codicia de los conquistadores estaba interesada en tratar con deferencia á la cacica que anualmente, al regresar de su paseo á la sierra, traia á Lima (¡ y no es chirigota !) cincuenta acémilas cargadas de oro y plata.

¿ De dónde sacaba doña Catalina esa riqueza? ¿ Era el tributo que la pagaban los administradores de sus minas y demas propiedades? Era, acaso, parte de un tesoro que durante siglos, y de padres á hijos, habian ido acumulando sus antecesores? — Esta última era la general creencia.

II.

Cura de San Gerónimo, por los años de 1642, era un fraile domínico muy mucho celoso del bien de sus feligreses, á los que cuidaba asi en la salud del alma como en la del cuerpo. Desmintiendo al refran el abad de lo que canta yanta — el buen párroco de San Gerónimo jamás hostilizó á nadie por el pago de diezmos y primicias, ni cobró pitanza por entierro ó casamiento, ni recurrió á tanta y tanta socaliña de frecuente uso entre los que tienen cura de almas á quienes esquilmar como el pastor á los carneros.

Cuando yo digo que su paternidad era una *avis rara !*

Con tan evangélica conducta, entendido se está que

el padre cura andaria siempre escaso de maravedises y mendigando bodigos, sin que la estrechez en que vivia le quitára un adarme de buen humor ni un minuto de sueño.

Pero llegó dia en que, por primera vez, envidiara el fausto que rodeaba á los demas curas sus vecinos. Por esto se dijo sin duda lo de

Abeja y oveja
Y parte en la igreja
Desea á su hijo la vieja.

Fué el caso que, por un oficio del Cabildo Eclesiástico, se le anunciaba que el Ilustrísimo señor Arzobispo don Pedro Villagomez acababa de nombrar un Delegado ó Visitador de la diócesis.

Y como acontece siempre en idéntico caso, los curas se prepararon para echar la casa por la ventana á fin de agasajar al Visitador y su comitiva.

Y los dias volaban, y á nuestro vergonzante domínico le corrian letanias por el cuerpo y sudaba avellanas, cavilando en la manera de recibir dignamente la visita. Pero, por mas que se devanaba la sesera, sacaba siempre en limpio que donde no hay harina todo es mohina y que de los codos no salen lonjas de tocino.

Reza el refran que nunca falta quien dé un duro para un apuro ; y por esta vez el hombre para el caso fué aquel en quien menos pudo pensar el cura, como si dijeramos el último triunfo de la baraja humana, que por tal ha sido siempre tenido el projimo que ejerce los importantes oficios de sacristan y campanero de la parroquia.

Éralo de la de San Gerónimo un indio viejo, arru-

gado como pasa, nada aleluyado y que apestaba miseria al traves de sus harapos. Hízose en breve cargo de la congoja y atrenzos del buen domínico y una noche, despues del toque de queda y cubre-fuego, acercóse á él y le dijo :

— *Taita* cura, no te aflijas. Déjate vendar los ojos y ven conmigo, que yo te llevaré adonde encuentres mas plata que la que necesitas.

Al principio pensó el reverendo que su sacristan habia empinado el codo mas de lo razonable ; pero tal fué el empeño del indio y tales su seriedad y aplomo, que terminó el cura por dejarse poner un pañizuelo sobre los ojos, cojer su baston y, apoyado en el brazo del campanero, echóse á andar por el pueblo.

Los vecinos de San Gerónimo, entónces como hoy, se entregaban á Morfeo á la misma hora en que lo hacen las gallinas ; asi es que el pueblo estaba desierto como un cementerio y mas oscuro que una madriguera. No habia, pues, que temer importuno encuentro ni miradas curiosas.

El sacristan, despues de las marchas y contramarchas necesarias para que el cura perdiera la pista, dió en una puerta tres golpecitos cabalísticos, abrieron y penetró con el domínico en un patio. Allí se repitió lo de las vueltas y revueltas, hasta que empezaron á descender escalones que conducian á un subterráneo.

El indio separó la venda de los ojos del cura, diciéndole :

— *Taita,* mira y coje lo que necesites.

El domínico se quedó alelado y como quien vé visiones ; y á permitírselo sus achaques, hábito y canas se habria, cuando volvió en sí de la sorpresa, echado á hacer zapatetas y á cantar :

Uno, dos, tres y cuatro,
Cinco, seis, siete,
En mi vida he tenido
Gusto como éste!

Hallábase en una vasta galería, alumbrada por hachones de resina sujetos á las pilastras. Vió idolos de oro, colocados sobre andamios de plata, y barras de este reluciente metal profusamente esparcidas por el suelo.

Pimpinela! Aquel tesoro era para volver loco al Santo Padre de Roma!

III.

Una semana despues llegaba á San Gerónimo el Visitador, acompañado de un clérigo secretario y de varios monagos.

Aunque el propósito de su señoría era perder pocas horas en esa parroquia, tuvo que permanecer tres dias, tales fueron los agasajos de que se vió colmado. Hubo toros, comilonas, danzas y demas festejos de estilo; pero todo con un boato y espléndidez que dejó maravillados á los feligreses.

¿De dónde su pastor, cuyos emolumentos apenas alcanzaban para un mal puchero, habia sacado para tanta bambolla? Aquello era de hacer perder su latin al mas despierto.

Pero desde que continuó su viaje el Visitador, el cura de San Gerónimo, antes alegre, espansivo y afectuoso, empezó á perder carnes como si lo chuparan brujas y á ensimismarse y pronunciar frases sin sentido claro, como quien tiene el caletre fuera de su caja.

Llamó tambien y mucho la atencion, y fué motivo de cuchicheo al calor de la lumbre para las comadres del pueblo, que desde ese dia no se volvió á ver al sacristan ni vivo ni pintado, ni á tener noticia de él como si la tierra se lo hubiera tragado.

La verdad es que en el espíritu del buen religioso habianse despertado ciertos escrúpulos, á los que daba mayor pábulo la repentina desaparicion del sacristan. Entre ceja y ceja, clavósele al cura la idea de que el indio habia sido el demonio en carne y hueso, y por ende, regalo del infierno el oro y plata gastados en obsequiar al Visitador y su comitiva. Digo, si su paternidad tenia motivo y gordo para perder la chabeta!

Y á tal punto llegó su preocupacion y tanto melancolizósele el ánimo, que se encaprichó en morirse y á la postre le cantaron *gori-gori*.

En el archivo de los frailes de Ocopa hay una declaracion que prestó el moribundo sobre los tesoros que el diablo le hizo ver. El Maldito lo habia tentado por la vanidad y la codicia.

Existe en San Gerónimo la casa de Catalina Huanca. El pueblo cree á pié juntillas que en ella deben estar, escondidas en un subterráneo, las fabulosas riquezas de la cacica; y aun en nuestros tiempos se han hecho escavaciones para impedir que las barras de plata se pudran ó crien moho en el encierro.

UNA TRAMPA DE CAZAR RATONES.

A Carlos Torribio Robinet.

I.

Al capitan don Pedro Anzures Henriquez de Camporedondo, sobre cuyo injenio, lealtad y bravura hablan con elojio los historiadores, encomendó Pizarro, en 1539, la fundacion de Arequipa asi como las de Guamanga y Chuquisaca, ciudades que han alcanzado gran renombre. Decididamente, Pedro Anzures fué lo que se llama hijo de la dicha, aunque es probable que pocos recuerdan su nombre en los pueblos que fundó.

Parece que los mas notables entre los compañeros del marqués conquistador quisieron avecindarse en Arequipa; pues, en la lista de los primeros pobladores, vemos al caballero de espuela dorada Don Juan de La-Torre y Villegas, uno de los trece de la isla del Gallo, y del que hemos hablado largamente en la tradicion *¡Cosas de frailes!* Tambien figura entre ellos Miguel Cornejo, el Bueno, gran soldado y que, anciano ya y con el grado de maestre de campo, murió en las pampas de Villacurí, ahogado por el polvo, por no haber podido levantarse la vicera del casco borgoñon, para tomar aliento, cuando Francisco Giron perseguia á los derrotados en esa jornada.

Pienso que Pedro Anzures de Camporedondo no anduvo muy atinado en la eleccion de sitio para fundar

la ciudad; pues esta se halla á la falda del Misti y no distante de otros volcanes que, como el de Ubinas y el Huayna-Putina, han hecho erupciones, en los últimos siglos. Tal vez á tan peligrosa vecindad debe Arequipa el que en ella sean frecuentes los temblores.

Dando fé á Don Ventura Taboada, eclesiástico que en 1752 escribió un curioso libro que manuscrito existe en la Biblioteca de Lima, con el título :— *El suelo de Arequipa convertido en cielo,* se encuentran en ese territorio ciertas particularidades que valen bien la pena de ser aquí apuntadas.

Dice que en una ladera del valle de Majes hay una cueva en cuyo interior se siente el ruido del mar en borrasca, y que en el terremoto del 23 de Enero de 1733 salió de ese agujero viento tan impetuoso que desarraigó árboles añosos y de grueso tronco.

Cuenta tambien que en Caylloma existian en una peña, dos chorros de agua á los que llamaban Adan y Eva, porque respectivamente ofrecian á la vista la figura que distingue á un sexo del otro. El agua de estos manantiales era astrinjente y los que de ella bebian se tornaban mudos. Congresante conozco yo que probablemente ha bebido de aquella agua, sin embargo de que el autor agrega que, en su tiempo, fueron tapadas con muchas piedras tan peligrosas fuentes.

Este mismo cronista es quien refiere que en 1556 nació en Azapa, jurisdiccion de Arica, un rábano tan portentoso que bajo sus ramas tomaban sombra cinco caballos. ¡ Digo si seria pigricia el rabanito ! Añade que, para agasajar al hijo del virey marqués de Cañete, le presentaron en el almuerzo el rábano colosal, que fué muy sabroso de comer y alcanzó para dejar ahitos á los comensales y servidumbre.

Imajínome que Don Ventura Taboada debió ser andaluz ; pues, no contento con hacernos tragar un rábano gigantesco, añade que en 1741 se encontró en el mineral de Huantajaya una *pepita* de plata pura que pesaba treinta y tres quintales, habiéndose empleado cables de navio y aparatos mecánicos para desprenderla de la roca.

Aquí era el caso de decirle al bueno de Don Ventura lo de — ¿ Y á eso llama usted *pepita?* Pues á eso, en toda tierra de cristianos, se llama *Doña Josefa.* — A propósito de pepitas dice Don Cosme Bueno, en su interesante libro, que á Cárlos V le obsequiaron una de oro, encontrada en Carabaya, que tenia la forma de una cabeza de caballo y que pesaba poco mas de un quintal.

A Felipe II le enviaron tambien del Perú una pepita del tamaño de la cabeza de un hombre, la cual se perdió con otras riquezas en el canal de Bahama.

¡ Vaya con las pepitas !

He traido á cuento todas estas noticias que he leido en el susodicho libro inédito, solo porque en él se habla tambien de la tradicion que voy á referir y que es muy popular en Arequipa. Ya ven ustedes que busco autoridad en qué apoyarme para que nadie pueda decirme que miento sin temor de Dios.

II.

Eráse un viejecito macrobio, con mas arrugas que fuelle de órgano, que vivió en Arequipa por los años de mil setecientos y pico. Su nombre no ha pasado á la posteridad ; pero los muchachos de la tierra del *mocontuyo* y del *misquiricheo* lo bautizaron con el de Don Geripundio.

Nuestro hombre era hijo de los montes de Galicia, y en una tienda de los portales de San Agustin se le veia de seis á seis, tras el mostrador, vendiendo bayeta de Castilla y paño de San Fernando. La fortuna debió sonreirle mucho; porque fué de pública voz y fama que era uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad.

Don Geripundio jamás ponia los piés fuera del umbral de su tienda y con el último rayo de sol echaba tranca y cerrojo y no abria su puerta á alma viviente. Bien podia el Misti vomitar betun y azufre, seguro de que el vejete no asomaria el bulto.

Vestia gabardina color pulga, pantalon de pana á media pierna, medias azules y zapatones. Su boca hundida, de la que los dientes emigraron por falta de ocupacion, su nariz torcida como el pico de una ave rapiña, y un par de ojillos relucientes como los del gato, bastaban para que instintivamente repugnase su figura.

Las virtudes de Don Geripundio eran negativas. Nunca dió mas que los buenos dias, y habria dejado morir de hambre al gallo de la pasion por no obsequiarle un grano de arroz. Su generosidad era larga como pelo de huevo. Decia que dar limosna era mantener holgazanes y busconas, y que sembrar beneficios era prepararse cosecha de ingratitudes. Quiza no iba en esto descaminado.

Pero este hombre tendria vicios? *Nequaquam.*

¿Jugar? Ni siquiera conocia el mus ó la brisca.

¿Beber? Ya vá! Con una botella de catalan en un litro de agua tenia de sobra para el consumo de la semana.

¿Le gustarian las nietas del padre Adan? Quiá! Por lo mismo que por una mujer se perdió el mundo, las

hacia la cruz como al enemigo malo. Para él las mujeres eran mercadería sin despacho en su aduana.

¿Cumplia tal vez con los preceptos de la Iglesia? Quite usted allá! Adorador del becerro de oro, su Dios era el cincuenta por ciento. Ni siquiera iba á misa los domingos.

Eso sí, como el desesperado cuenta siempre con un cordel para ahorcarse, asi un amigo podia contar con él para un apuro; se entiende, dejándole en prenda una halaja que valiera el cuádruplo y reconociéndole un decente interés.

Tanta era la avaricia del gallego que con medio real de pan y otro tanto de queso tenia para almuerzo, comida y cena. Asi estaba escuálido como un espectro.

No tenia en Arequipa quien bien le quisiera. Ni sus huesos podian amarlo; porque, despues de tenerlos de punta todo el santo dia, los recostaba de noche sobre un duro jergon que tenia por alma algunos centenares de peluconas.

Una mañana Don Geripundio no abrió la tienda. Aquello era un acontecimiento y el vecindario empezó á alarmarse.

Por la tarde dieron aviso al correjidor Don Ramon Vargas, caballero del hábito de Santiago, quien, seguido de escribano y ministriles, encaminóse á los portales de San Agustin. Rompióse la puerta y, por primera vez, penetraron profanos en la trastienda que servia de dormitorio al comerciante.

Allí lo hallaron ríjido, difunto en toda regla. En torno de su cama se veian algunos mendrugos de pan duro y cortezas de queso rancio.

Don Geripundio habia muerto ahogado de la manera mas ridícula.

Atraido por el olorcillo del queso y aprovechando del profundo sueño del avaro, un pícaro raton se le entró por la boca y fué á atragantársele en el pescuezo.

Convengamos en que hay peligro en cenar queso; porque se espone el prójimo á convertirse en trampa para cazar ratones.

EL ALCALDE DE PAUCARCOLLA.

DE COMO EL DIABLO, CANSADO DE GOBERNAR EN EL INFIERNO, VINO A SER ALCALDE EN EL PERU.

La tradicion que voy á contar es muy conocida en Puno, donde nadie osará poner en duda la realidad del sucedido. Aun recuerdo haber leido algo sobre este tema en uno de los cronistas religiosos del Perú. Escuséseme que altere el nombre del personaje porque, en puridad de verdad, he olvidado el verdadero. Por lo demas, mi relato difiere poco del popular.

I.

Paucarcolla es un pueblecito, ribereño del Titicaca, que fué en el siglo XVII capital del correjimiento de Puno, y de cuya ciudad dista solo tres leguas.

In diebus illis (creo que cuando Felipe II tenia la sarten por el mango) fué alcalde de Paucarcolla un tal don Angel Malo..... y no hay que burlarse porque este es un nombre como otro cualquiera y hasta aristocrático por mas señas. ¿No tuvimos, ya en tiempos de la república, un don Benigno Malo, estadista notable del Ecuador? Y no hubo, en la época del coloniaje, un don

Melchor Malo, primer conde de Monterico, que dió su nombre á la calle que aun hoy se llama de Melchor Malo? Pues entónces ¿por qué el alcalde de Paucarcolla no habia de llamarse don Angel Malo? Quede zanjada la cuestion de nombre y adelante con los faroles.

Cuentan que un dia aparecióse en Paucarcolla, y como vomitado por el Titicaca, un jóven andaluz, embozado en una capa grana con fimbria de chinchilla.

No llegaban, por entónces, á una docena los españoles avecindados en el lugar, y tanto estos como los indíjenas acojieron con gusto al huésped que, amen de ser simpático de persona, rasgueaba la guitarra primorosamente y cantaba seguidillas con muchísimo salero. Instáronlo para que se quedara en Paucarcolla y, aceptando él el partido, diéronle terreno y echóse nuestro hombre á trabajar con teson, siéndole en todo y por todo propicia la fortuna.

Cuando sus paisanos lo vieron hecho ya un potentado, empezaron las hablillas, hijas de la envidia; y no sabemos con qué fundamento, decíase de nuestro andaluz que era moro converso y descendiente de una de las familias que, despues de la toma de Granada por los reyes católicos, se refujiaron en las crestas de las Alpujarras.

Pero á él se le daba un rábano de que lo llamasen cristiano nuevo y, dejando que sus émulos esgrimiesen la lengua, cuidaba solo de engordar la hucha y de captarse el afecto de los naturales.

Y dióse tan buena maña que á los tres años de avecindado en Paucarcolla fué por general aclamacion, nombrado alcalde del lugar.

Los paucarcollanos fueron muy dichosos bajo el go-

bierno de don Angel Malo. Nunca la vara de la justicia anduvo menos torcida ni rayó mas alto la moral pública. Con decir que abolió el monopolio *de lanas,* está todo dicho en elojio de la autoridad.

El alcalde no toleraba holgazanes, y obligaba á todo títero á ganarse el pan con el sudor de su frente, que como reza el refran : — en esta tierra caduca el que no trabaja no manduca. Prohibió jaranas y pasatiempos y, recordando que Dios no creó al hombre para que viviese solitario como el hongo, conminó á los solteros para que *velis nolis* tuviesen lejítima costilla y se dejasen de merodear en propiedad ajena.

Lo curioso es que el alcalde de Paucarcolla era como el capitan Araña, que decia ¡ embarca ! embarca ! y él se quedaba en tierra de España.

Don Angel Malo casaba gente que era una maravilla ; pero él se quedaba soltero. Verdad es tambien que, por motivo de faldas, no dió nunca el mas lijero escándalo y que no se le conoció ningun arreglillo ó trapicheo.

Mas casto que su señoría ni el santo aquel que dejó á su mujer la reina Edita, muchacha de popa redonda y de cara como unas pascuas, morir en estado de doncellez.

Los paucarcollanos habian sido siempre un tanto retrecheros para ir, en los dias de precepto, á la misa del cura ó al sermon de cuaresma. El alcalde, que era de los que sostienen que no hay moralidad posible en pueblo que dá al traste con las prácticas religiosas, plantábase el sombrero, cubriase con la capa grana, cojia la vara, echábase á recorrer el lugar á caza de remolones, y á garrotazos los conducia hasta la puerta de la iglesia.

Lo notable es que jamás se le vió pisar los umbrales del templo, ni persignarse, ni practicar actos de devo-

cion. Desde entonces quedó en el Perú, como refran, el decir por todo aquel que no practica lo que aconseja ú ordena : — Alcalde de Paucarcolla, nada de real y todo bambolla.

Un dia en que, cojido de la oreja, llevaba un indio á la parroquia díjole éste, en tono de reconvencion:

— Pero si es cosa buena la iglesia, cómo es que tú nunca oyes el sermon de *taita* cura ?

La pregunta habria partido por el eje á cualquier prójimo que no tuviese el *tupé* del señor alcalde.

— Cállate, mastuerzo, — le contestó — y no me vengas con filosofías ni dingolodangos que no son para zamacucos como tú. Haz lo que te mando y no lo que yo hago, que una cosa es ser tambor y otra ser tamborilero.

Sospecho que el alcalde de Paucarcolla habria sido un buen Presidente constitucional. ¡ Qué lástima que no se haya exhibido su candidatura en los dias que corremos ! El sí que nos habria traido bienandanza y sacado á esta patria y á los patriotas de atolladeros y vericuetos.

II.

Años llevaba ya don Angel Malo de alcalde de Paucarcolla cuando llegó al pueblo, en viaje de Tucuman para Lima, un fraile conductor de pliegos importantes para el provincial de su orden Alojóse el reverendo en casa del alcade y, hablando con este sobre la urjencia que tenia de llegar pronto á la capital del vireinato, díjole don Angel :

— Pues tome su paternidad mi mula , que es mas lijera que el viento para tragarse leguas, y le respondo

que en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, llegará al término de la jornada.

Aceptó el fraile la nueva cabalgadura, púsose en marcha y ¡ prodijioso suceso ! quince dias despues entraba en su convento de Lima.

Viaje tan rápido no podia haberse hecho sino por arte del diablo. A revienta-caballos habíalo realizado en un mes un soldado español, en los tiempos de Pizarro.

Aquello era asunto de Inquisicion y, para tranquilizar su conciencia, fuése el fraile á un comisario del Santo Oficio y le contó el romance, haciéndole formal entrega de la mula. El hombre de la cruz verde principió por destinar la mula para que le tirase la calesa y luegó envió ó Puno un familiar, provisto de cartas para el correjidor y otros cristianos rancios á fin de que le prestasen ayuda y brazo fuerte para conducir á Lima al alcalde de Paucarcolla.

Paseabase éste una tarde á orillas del lago Titicaca cuando, despues de haber apostado sus lebreles ó alguaciles en varias encrucijadas, acercósele el familiar y, poniéndole la mano sobre la espalda, le dijo :

— Aquí de la Santa Inquisicion ! Dése preso vuesamerced.

No bien oyó el morisco mentar á la Inquisicion cuando, recordando sin duda las atrocidades que ese tribunal perverso hiciera un dia con sus antepasados, metióse en el lago y escondióse entre la espesa *totora* que crece á las márjenes del Titicaca. El familiar y su gente echarónse á perseguirlo ; pero, poco ó nada conocedores del terreno, perdieron pronto la pista.

Lo probable es que don Angel andaria fujitivo, y de ceca en meca, hasta llegar á Tucuman ó Buenos Ayres,

ó que se refujiaria en el Brasil ó Paraguay, pues nadie volvió en Puno á tener noticias de él.

Esta es mi creencia, que vale tanto como otra cualquiera. Por lo ménos, asi me lo parece.

Pero los paucarcollanos, que motivos tienen para saber lo positivo, afirman con juramento que fué el diablo en persona el individuo que, con capa colorada, salió del lago, para hacerse despues nombrar alcalde, y que se hundió en el agua, y con la propia capa cuando, descubierto el trampantojo, se vió en peligro de que la Inquisicion le pusiera la ceniza en la frente.

Sin embargo, los paucarcollanos son gente honradísima y que sabe hacer justicia hasta al *enemigo malo*.

Cruz y ave-maría purísima por todo el cuerpo!

Desde los barrabasados tiempos del rey nuestro señor don Felipe II hasta los archifelices de la *república-práctica*, no ha tenido el Perú un gobernante mejor que el alcalde de Paucarcolla.

Esto no lo digo yo; pero te lo dirá, lector, hasta el diputado por Paucarcolla, si te viene en antojo preguntárselo.

MOSQUITA MUERTA.

El Virey marques de Castel-fuerte vino al Perú en 1724, precedido de gran reputacion de hombre bragado y de malas pulgas.

Al dia siguiente de instalado en Palacio, presentóse el capitan de guardia muy alarmado y díjole que en la puerta principal habia amanecido un cartel, con letras gordas, injurioso para su excelencia. Sonrióse el marques y, queriendo convencerse del agravio, salió seguido del oficial.

Efectivamente, en la puerta que dá á la Plaza Mayor leíase:

AQUI SE AMANSAN LEONES.

El virey llamó á su plumario y le dijo: — Ponga usted debajo y con iguales letrones:

CUANDO SE CAZAN CACHORROS

y ordenó que por tres dias permaneciesen los letreros en la puerta.

Y pasaban semanas y meses, y apenas si se hacia sentir la autoridad del marques. Empleaba sus horas en estudiar las costumbres y necesidades del pueblo y en frecuentar la buena sociedad colonial. No perdia, pues, su tiempo; porque, antes de echarla de gobierno,

queria conocer á fondo el pais cuya administracion le estaba encomendada.

La fama que lo habia precedido iba quedando por mentirosa, y ya se murmuraba que el virey no pasaba de ser un memo del cual se podia sin recelo hacer giras y recortes.

¿La Audiencia acordaba un disparate? Armendaris decia : — cúmplase sin chistar ni mistar.

¿El Cabildo mortificaba á los vecinos con una injusticia? — Su excelencia contestaba : — *amen.*

¿La gente de cogulla cometia un exceso? Licencia tendrán de Dios — murmuraba el marques.

Aquel gobernante no queria quemarse la sangre ni armar camorra con nadie. Era un *pánfilo,* un bobalicon de tomo y lomo.

Asi llegó á creerlo el pueblo, y tan general fué la creencia que apareció un nuevo pasquin, en la puerta de Palacio, que decia :

ESTE CARNERO NO TOPA.

El de Castel-fuerte volvió á sonreir y, como en la primera vez, hizo poner debajo esta contestacion:

A SU TIEMPO TOPARA.

Y vaya si topó !!! Tómense ustedes el trabajo de leer mis tradiciones *Pepe Bandos y Capricho de limeña,* y sabrán si el hombre tuvo higados y fué *tantas-muelas.* Como que de solo una plumada mandó ahorcar sesenta prójimos cochabambinos ; y lanza en mano se le vió en Lima, á la cabeza de su escolta, matar frailes de San Francisco. Se las tuvo tiesas con clero, audiencia y

cabildantes y todo títere anduvo derecho con él. Con decir que hasta á la misma Inquisicion le metió el resuello, creo que digo lo bastante.

La verdad es que no tuvo el Perú un virey mas justiciero, mas honrado, ni mas enérjico y temido que el que principió haciéndose la mosquita-muerta.

Lo que pinta por completo su prestijio y el miedo que llegó á inspirar es la siguiente décima, muy conocida en Lima, y que se atribuye á un fraile agustino.

Ni á descomunion mayor,
Ni á vestir el sambenito,
Tiene pena ese maldito
Durecido pecador.
Mandinga, que es embaidor,
Lo sacó de su caldero :
Vino con piel de cordero
Teniéndola de leon...
Mas ¡chiton! chiton! chiton!
La pared tiene agujero.

FRANCISCANOS Y JESUITAS.

CUENTO TRADICIONAL.

A Simón Martínez Izquierdo.

I.

Dice la historia que domínicos, franciscanos y mercedarios anduvieron al morro, durante un cuarto de siglo, disputándose la antigüedad de fundacion en el Perú.

Los domínicos sostenian que á ellos les correspondia tal honor, no solo porque tal dijo fray Reginaldo Pedraza, que vino al Perú junto con fray Vicente Valverde, de siniestra recordacion, sino porque el marqués Pizarro así lo reconoció, cuando fundara la cofradía de la Vera-Cruz.

Los mercedarios argüian que habiendo sido el padre Antonio Bravo quien celebró en Lima la primera misa, claro era como el agua, que á ellos tocaba la antigüedad; y que si Pizarro no habia querido reconocerlo así, su voto no pesaba en la balanza; pues cometió tamaña injusticia por vengarse de los hijos de Nolasco, que no pertenecieron á su parcialidad sino á la de Almagro el Viejo.

En cuanto á los franciscanos no hacian mas que sonreir y, sin armar alboroto, enseñaban á los fieles una bula pontificia que les otorgaba la tan reñida antigüedad, atendiendo á que fray Marcos de Niza, sacerdote seráfico, se encontró en Cajamarca cuando la captura de Atahualpa y contribuyó á su conversion al cristianismo. Y pues lo dijo el Papa, que no puede engañarse ni engañarnos, punto en boca y san se acabó.

Al fin cansáronse domínicos, mercedarios y franciscanos de tan pueril quisquilla y, echando tierra sobre ella, se confabularon para impedir que otras religiones fundasen convento en Lima. Los primeros con quienes tuvieron que romper lanzas fueron los agustinos ; pero con buenos gallos se las habian. Los discípulos del santo Obispo de Hipona se ampararon de tales padrinos, y diéronse tan buenas trazas, y manejaron las cosas al pespunte y con tanta reserva, que todo fué para ellos soplar y hacer limetas. Los adversarios, no hallando por donde hincarles diente, tuvieron que tragar saliva y resignarse.

En 1568, año en que hubo peste de langostas, nos cayeron como llovidos de las nubes los jesuitas, que apoyados por el virey y por los agustinos y combatidos por la demas frailería, empezaron á levantar templo y *pian piano* se adueñaron de las conciencias y de grandes riquezas temporales.

La rivalidad, entre domínicos y jesuitas, era de antigua data en el orbe cristiano, y muchos libros se escribieron por ambas partes en pró y en contra de la manera como los domínicos definian la Concepcion de María, declarada recientemente dogma de fé. La guerra de epígramas era tambien sostenida con habilidad, aunque en ella, si hemos de ser justos, alcanzaron

ventaja los jesuitas. Los domínicos compusieron este epigramático juego de palabras :

Si cum jesuitis itis, nunquam cum Jesu itis : al que contestaron los hijos de San Francisco de Borja con este ingeniosísimo retruécano :

Si cum dominicanis canis, nunquam cum Domino canis.

En cuanto á la enemistad de franciscanos y jesuitas en América, la causa era que ambas órdenes aspiraban al predominio en la reduccion de infieles y establecimiento de misiones.

De repente se vió con sorpresa que raton y gato comian en un plato ; ó lo que es lo mismo, que jesuitas y franciscanos se pusieron á partir de un confite, y que se visitaban, y habia entre ellos comercio de finezas y cortesias, á la par que alianza ofensiva y defensiva contra las otras comunidades.

Mucho, muchísimo he rebuscado en coronistas y papeles viejos la causa de tan súbito cambio ; y cuando ya desesperanzado de saberla hablé anoche sobre el particular con mi amigo Don Adeodato de la Mentirola, aquel que de historia patria sabe como y donde el diablo perdió el poncho, el buen señor soltó el trapo á reir diciéndome : — ¡ Hombre ! En qué poca agua se ahoga usted ! Pues sobre el punto en cuestion, oiga lo que me contó mi abuela que Dios haya entre santos.

— ¿ Es cuento ó sucedido histórico ?

— Llámelo usted como quiera ; pero ello ha de ser verdad, que mi abuela no supo inventar ni mentir, que no era la bendita señora de la pasta de que se hace ogaño periodistas y ministros.

Armé un cigarrillo, repantiguéme en la butaca y fuí

todo oídos para no perder sílaba del relato que van ustedes á conocer.

II.

Erase que se era, que en buena hora sea; el bien que se venga, á pesar de Menga; y si viene el mal sea para la manceba del abad; frio y calentura para la moza del cura, y gotacoral para el rufo tal por cual, como diz que dió comienzo Avellaneda á un libro, que, valgan verdades, no he tenido coraje para leer, que allá por los años de 1605 existia á la entrada de un pueblecito, en la jurisdiccion de Huamanga, una Doña Pacomia, vieja tan vieja que pasar podia por contemporánea de las cosquillas, la cual vieja ejercia los importantísimos y socorridos cargos de *tambera*, (léase dueña de posada) bruja y (con perdon sea dicho) zurcidora de voluntades.

Haciánla compañía sus hijas, cuatro mozas de regular ver y mediano palpar, hembras de equívoca honestidad, y tan entendidas como la que las llevó en el vientre en preparar filtros amorosos con grasa de culebra, sangre de chivo, sesos de lechuza, enjundia de sapo y zumo de cebollas estrujadas á la hora que la luna entra en conjuncion.

Las tales pécoras pasaban sus ratos de ócio tan alegremente como era posible pasarlos en un lugarejo de la sierra, cantando *yaravies* y bailando *cachua* al son de un pésimo rabel, tocado por un indio viejo, sacristan de la parroquia y compadre de Doña Pacomia.

Hallábanse así entretenidas, á la caida de una tarde de verano, en la sala de la posada, cuando llegaron al patiecillo de la casa, caballeros en guapas mulas tucu-

manas, dos frailes y un lego franciscanos, salidos de Lima con destino al convento del Cuzco.

La vieja, que en ese momento se ocupaba de clavetear con alfileres un muñequito de trapo dentro del cual habia puesto, á guisa de alma, un trozo de rabo de lagartija, abandonó tan interesante faena y, despues de guardar el manequí bajo una olla de la cocina, salió presurosa á recibir á los huéspedes.

— Apeénse sus reverencias que en esta su casa, aunque me esté mal decirlo, serán tratados como obispos.

— Dios le pague, hermanita, la caridad — contestó el lego.

Desmontaron los frailes, y las muchachas cesaron el jaleo, revelando en un mohin nada mono, el disgusto que las causaba verse interrumpidas en el jolgorio. Notólo el mas caracterizado de los franciscanos, y las dijo — Prosigan, hijitas, sin *acholarse* por nosotros, que no á turbar tan honesta diversion somos venidos.

— Pues con permiso de su paternidad — contestó la mas ladina de las hembras — siga la cuerda, *ño* Cotagaita.

Y las cuatro aprendices de brujería y malas artes continuaron *cachuando* con mucho desparpajo, mientras Pacomia atendia á los huéspedes con algunos *matecillos* de *gloriado* bien cargaditó.

Como aderezado por la bruja, pronto empezó á hacerles efecto el *gloriadito*. Sus paternidades reverendas sintieron calorcillo en la sangre, los piés les bailaban solos y la cabeza se les alborotó por completo. Uno de ellos, no pudiendo resistir mas al maligno tentador que con el licor se le metiera en el cuerpo, lanzóse entre las mozas y cojió pareja, diciendo :

— Ea ! muchachas ! Tambien el santo rey David

echaba una cana al aire, que en el danzar no hay pecado si la intencion no es libidinosa.

El otro franciscano, por no ser menos que su compañero, se entusiasmó tambien y echóse á bailar gritando :

— Escobille, padre maestro, escobille como yo !

El lego, que voluntariamente se habia dado de alta en la banda de música, tamborileaba sobre la puerta.

De pronto apercibióse este de que tres ginetes se dirijian á la posada. Reconociólos y dió aviso á sus superiores, que abandonaron en el acto las parejas y raspahilando se escondieron en otra habitacion :

Los nuevos huéspedes eran tres padres de la compañía de Jesus que, como los franciscanos, iban tambien camino del Cuzco. A fuer de corteses, dijeron á las bailarinas que no eran venidos á aguar la fiesta y que podian continuar, mientras ellos en un rinconcito de la sala leian su breviario.

Ellas no eran sordas para hacerse repetir la autorizacion y siguió la *cachua,* sin que los padres alzasen ojo del libro.

Entre tanto, Doña Pacomia hacia beber á los jesuitas del mismo brevaje que administrara á los franciscanos, y tan sabroso hubieron de encontrarlo que menudearon tragos hasta perder los estribos del juicio y tomar pareja. Y tanto y tanto se entusiasmaron los hijos de Loyola que, al poner fin á un *cachete,* esclamaron en coro :

— Viva Jesus ! Viva Jesus ! Viva Jesus !

Cuando los franciscanos oyeron grito tan subversivo, se les sulfuró la bilis y resolvieron echarlo todo á doce si volvia á repetirse.

Santo y bueno es vivar á Dios Hijo — se dijeron. — Pero qué ! San Francisco es nadie ? ¿ No es tambien

persona? Estos jesuitas son unos egoistas de marca, y es imposible que transija con ellos un buen franciscano que tenga sangre en el ojo.

Por desgracia, ó por fortuna, bailóse otro *cachete,* y al repetir los jesuitas su acostumbrada esclamacion de —Viva Jesus! Viva Jesus! Viva Jesus! agotóse la humildad y paciencia de los franciscanos que, abandonando el escondite, se lanzaron en mitad del corro gritando como poseidos. — Y el Seráfico tambien! Y el Seráfico tambien!

***

Y aquí tiene usted, mi amigo, el cómo y el porqué jesuitas y franciscanos echaron pelillos al agua y se unieron como uña y dedo; pues cuando se desvaneció en sus cerebros el *gloriado* de la bruja, entraron en cuentas con la conciencia y sacaron en limpio que les convenia dejarse de rivalidades y ser grandes amigotes, única manera de impedir que alguna de las partes contrincantes soltase lengua, llegando así á imponerse el mundo de que, como humanos, habian tenido su cuartito de hora de frajilidad.

DESDICHAS DE PIRINDIN.

CONSEJA TRADICIONAL.

DE COMO LE DIERON AL DIABLO UNA PALIZA Y LO METIERON EN LA CARCEL.

Tradicional es que cuando, en el siglo pasado, principió á esplotarse la riqueza mineral del Cerro de Pasco, afluyó al asiento gran número de aventureros entre los que se hallaba el diablo nada menos. Dice la tradicion que el demonio fué allí por lana y salió trasquilado; porque se encontró con la horma de su zapato, esto es, con gente que sabia mas que él y que le puso las peras á cuarto. Añaden las viejas, que el Uñas-largas guarda desde entonces tirria y murria por el Cerro de Pasco y agregan que Don Enrique Meiggs es hombre al agua si, antes de llevar á cabo su colosal proyecto de desaguar minas, no logra hacer cejar al Patudo en su ojeriza y que celebre un tratado de paz, amistad y comercio con los cerreños.

Cumple á mi honradez de cronista declarar que, poco ó nada hay de mi cosecha en la tradicion que vá á leerse y que ella no es mas que un relato popular. Agregaré tambien que anda muy léjos de mi propósito herir susceptibilidad alguna y que si hay prójimo á

quien el cuentecito haga cosquillas, lo dé por no escrito y san se acabó, que yo soy moro de paz y no quiero camorra con nadie y menos con los que le metieron el resuello al mismo diablo.

I.

Por los años de 17..... declaróse en *boya* el, hasta entonces casi desconocido, mineral de Pasco, y no fué poca la gente que con títeres y petacas se domiciliara en él.

Como Potosí, en sus dias de esplendor, pronto convirtióse Pasco en lugar donde todos los vicios se dieron cita. El vino, las mozas de partido y el juego constituyeron la existencia de los mineros.

Dueños de las minas mas poderosas eran tres hermanos, mozos de vaina abierta, á quienes, por razones que me callo, llamaremos los Izquietas. Influyentes en la poblacion por su generosidad y llaneza para con todos, asi como por su gran fortuna y relaciones de familia, cada uno de ellos era tambien el prototipo de un vicio.

Juan Izquieta, que chupaba mas que esponja, jamás hizo ascos á un pellejo de mosto ni encontró bebedor que lo derrotase.

Pedro Izquieta, en punto á libertinaje, podia dar tres tantos y la salida al mismo Don Juan Tenorio.

Antonio Izquieta era el jugador mas bravo y afortunado del mineral, no pareciendo sino que traia magnetizados á los cubículos.

Entre la multitud de aventureros llamaba la atencion un Don Lesmes Pirindin, mancebo cuya buena suerte en el juego, desparpajo para con las hijas de

Eva y serenidad para vaciar botellas, empezaron á hacer sombra en la fama y nombre de los Izquietas.

¡ Buena alezna era Don Lesmes !

Los Izquietas rehuyeron entrar en competencias con Don Lesmes ; pero este tomó á capricho atravesárseles siempre en su camino.

A Pedro Izquieta le dió una noche con la puerta en los hocicos una muchacha rabisalsera y muy llena de dengues y pelendengues, tras de la que él andaba bebiendo los vientos. A la muy bribona se le habia entrado Don Lesmes por el ojo derecho que, la verdad sea dicha, era el mozo como unas perlas, garboso, decidor y guapo.

Juan Izquieta se puso con Pirindin á copa va y copa viene de un vinillo de pulso y el, hasta entonces, invencible bebedor cayó beodo debajo de la mesa, lo mismo que un lord ingles.

En cuanto á Antonio Izquieta, Don Lesmes lo desbalijó en un par de horas de una suma morrocotuda ; y por primera vez en su vida tuvo que retirarse sin blanca del tapete, mohino y mal perjeñado.

Los Izquietas estaban derrotados en toda la línea como unos peleles. Su popularidad vino por tierra y no se hablaba mas que de Pirindin.

Lo de siempre : — cedacito nuevo, tres dias en estaca.

Nada mas voltario que la popularidad. Reniego de ella.

II.

Los tres hermanos pasaron varios dias sin que se les viera la estampa en la calle. Sentíanse humillados en su orgullo, y tanto platicaron entre ellos y dieron tales

vueltas y tornas al lance que llegaron á esta disyuntiva : —

O Don Lesmes tiene pacto con el diablo ó es Satanás en persona. —

Y mientras mas saliva gastaban y mas se devanaban los sesos, mas se arraigaba en ellos esta conviccion.

Entonces decidieron entablar nueva lucha y aunque no eran leales las armas de que iban á valerse, acá en mi fuero interno les encuentro disculpa. ¿No ha sido siempre el diablo un tramposo de cuenta? Pues á fullero, fullero y medio ¡ qué canario !

Entrada la noche, encaminóse Pirindin á casa de la querida de Pedro Izquieta, que como hemos dicho era mujer de poco tono y mucho escándalo. Iba muy si señor y muy en ello á pisar el umbral cuando, de improviso y como mordido de víbora, dió un brinco hasta la pared del frente. Habia tropezado en el quicio de la puerta con una ramita de olivo, bendecida por el cura el Domingo de Ramos. La cosa no era para menos que para dar un salto como el de Alvarado en Méjico.

La muchacha se picó con el desaire y puesta en jarras, porque era hembra de mucho reconcomio y pujavante, empezó á apostrofar al galan. Este, que no se mordia la lengua, la dijo el sol por salir y le cantó la cartilla y aun me cuentan (yo me lavo las manos) que la llamó por las cuatro letras. Al escándalo que se armó asomaron las vecinas y un mocosuelo, que pasaba por hijo del sacristan de la parroquia, se puso a cantar con mucha desvergüenza y repicando con unas piedrecillas

Calabazas y pepinos
Para los niños zangolotinos !

Y eche usted, eche,
Café con leche.
Calabazas y melones
Para los hombres bobalicones!
Y eche usted, eche,
Café con leche.

Corrido Don Lesmes abandonó el terreno, tosiendo gordo y refunfuñando, y en dos zancajadas colóse en el primer garito que encontró al paso.

Allí lo esperaba Antonio Izquieta y suponemos que, al encontrarse con él, murmuraria Don Lesmes — Vamos! hoy todas son desgracias.

Al cabo de un rato se *amarró* partido entre ambos. Cada vez que Pirindin tiraba los dados, hacia Antonio la cruz por debajo de la mesa y nuestro aventurero echaba ases ó cuadras. Pasaban las muelas de Santa Apolonia á manos de Izquieta, quien, haciendo con la izquierda una cruz bajo el tapete, aflojaba senas ó quinas que era un primor. Rojo de berrinche y mesándose las barbas estaba el perdidoso, mientras su adversario le decia con aire zumbon:

— Vuesamerced lo ha querido. ¿Quién lo metió á habérselas con los Izquietas? Guárdese vuesamerced para cigarros esa última onza que le queda.

Decididamente la fortuna se le habia vuelto suegra á Don Lesmes, y ya se sabe que suegra ni de caramelo.

Como las emociones del juego despiertan la sed, entróse Pirindin á la taberna de la esquina y pidió al pulpero una botella no sé si de Catalán ó Cariñena. Pero hasta en ese sitio perseguia á nuestro hombre la desdicha; porque, mientras el pulpero traia lo pedido, sentósele al lado Juan Izquieta y brindóle una copita

de Manzanilla, en la cual habia vertido antes una gotita de óleo sagrado. Como lo valiente no quita lo cortés, apuró la copa Don Lesmes é hizóle el propio efecto de un vomitivo y salió dando traspies, con la bilis sublevada y la cabeza como una devanadera, echando sapos y culebras por la boca.

Acertó á pasar la ronda y, hallándose con borracho tan impertinente y escandaloso, sobre si dijo pares ó dijo nones, dispuso el alcalde que los alguaciles lo amarrasen codo con codo y lo llevasen á la cárcel á dormir la mona. Él se resistió como un energúmeno; pero unos cuantos garrotazos lo hicieron *cabrestiar* é ir á chirona.

Cuando al dia siguiente lo pusieron en libertad, reflexionó Pirindin, como hombre de mundo y de buen cacumen, que, desprestijiado como estaba, no podia continuar viviendo en el Cerro de Pasco sin hacer papel ridículo y esponerse á la general rechifla y á que hasta los muchachos se le subiesen á las barbas.

Resuelto, pues, á irse con sus petates á otra parte, dirijióse á la acequia de la cárcel, rompió la escarcha, lavóse cara y brazos con agua helada, pasóse los dedos, á guisa de peine, por la enmarañada guedeja, lanzó un regüeldo que, por el olor á azufre, se sintió en todo Pasco y veinte leguas á la redonda, y paso entre paso, cojitabundo y maltrecho, llegó al sitio denominado *Uliachi*.

Si vas, lector, de paseo al Cerro de Pasco, cuando el ferrocarril sea realidad y no proyecto, pregunta á cualquiera cual es la peña sobre la que estuvo parado el diablo y no dudo que hallarás un complaciente indíjena que te la haga conocer.

La tradicion añade que en Uliachi volvió el diablo la

cara hácia el pueblo y pronunció el siguiente *speech,* maldicion, apóstrofe ó lo que sea :

— Tierra ingrata ! No eres digna de mí.

Verdad que tampoco te hago falta porque llevas en tu seno tres pecados capitales, y ya vendrán los restantes.

Abur ! Hasta nunca !

(Alguien me ha contado que como el diablo no puede decir *¡adios !* es invencion suya la palabra ¡ abur ! con que muchos acostumbran saludar ó despedirse. Así, tengan ustedes por sospechoso al que les diga ¡ abur ! y, por lo que *potest,* échenle una rociada de agua bendita.)

Abur ! Abur ! Te dejo berrueco, joroba y sarna que rascar..... porque te dejo á los Izquietas !!!

EL MANCHAY-PUITO.

A la distinguida escritora Señora Mercedes Cabello de Carbonera.

I.

No sabré decir con fijeza en qué año del pasado siglo era cura de Yanaquihua, en la doctrina de Andaray, perteneciente á la diócesis del Cuzco, el doctor don Gaspar de Angulo y Valdivieso; pero sí diré que el señor cura era un buen pastor, que no esquilmaba mucho á sus ovejas, y que su reputacion de sábio iba á la par de su moralidad. Rodeado siempre de infolios con pasta de pergamino, disfrutaba de una fama de hombre de ciencia, tal como no se reconoció entónces sino en gente que peinara canas. Gran latinista y consumado teólogo, el obispo y su cabildo no desperdiciaban ocasion de consultarlo en los casos difíciles y su dictámen era casi siempre acatado.

El doctor Angulo y Valdivieso vivia en la casa parroquial, acompañado del sacristan y un *pongo* ó muchacho de servicio. Su mesa rayaba en frugal, y por lo que atañe al cumplimiento de los sagrados deberes de su ministerio, daba ejemplo á todos sus compañeros de la diócesis.

Aunque solo contaba treinta y cuatro años de edad y era bello de rostro, vigoroso de cuerpo, hábil músico é

insinuante y simpático en la conversacion, nunca habia dado pábulo á la maledicencia ni escandalizado á los feligreses con un pecadillo venial de esos que un faldellin de bandera, vestido por cuerpo de buena moza, ha hecho y hace aún cometer á mas de cuatro ministros del altar. El estudio absorvia por completo el alma y los sentidos del cura de Yanaquihua, y así por esta circunstancia como por la benevolencia de su carácter era la idolatria de la parroquia.

Pero llegó un dia fatal, probablemente el de San Bartolomé, en que diz que el diablo anda suelto y tentando al prójimo. Una linda muchacha de veinte pascuas muy floridas, con una boquita como un azucarillo, y unos ojos como el lucero del alba, y una sonrisita de *Gloria in excelsis Deo,* y una cintura cenceña, y un piecesito como el de la emperatriz de la Gran China, y un todo mas revolucionario que el Congreso , se atravesó en el camino del doctor Angulo, y desde ese instante anduvo con la cabeza á pájaros y hecho un memo. Anita Sielles, que asi se llamaba la doncella, lo traia hechizado. El pastor de almas empezó á desatender el rebaño, y los libros allí se estaban sin abrir y cubiertos de polvo y telarañas.

Decididamente, el cuerpo le pedia jarana y. ..... ¡ vamos ! no todo ha de ser rigor. Alguna vez se le ha de dar gusto al pobrecito, sin que raye en vicioso, que ni un dedo hace mano ni una golondrina verano.

Y es el caso que como amor busca correspondencia y el platonicismo es manjar de poetas melenudos y de muchachas desmelenadas, el doctor Angulo no se anduvo con muchos dibujos y fuése á Anita y la cantó de firme y al oido la letania de Cupido. Y tengo para mí que la tal letania debió llegarla al pericardio del cora-

zon y á las entretelas del alma; porque la muchacha abandonó una noche el hogar materno y fuese á hacer las delicias de la casa parroquial, con no poca murmuracion de las envidiosas comadres del pueblo.

Medio año llevaban ya los amantes de arrullos amorosos, cuando el doctor Angulo recibió una mañana carta en que se exijia su presencia en Arequipa para realizar la venta de un fundo que en esa ciudad poseia. Fiarse de apoderados era, amen de pérdida de tiempo y de tener que soportar embustes, socaliñas y traba-cuentas, exponerse á no recibir un cuarto. Nuestro cura se dijo:

al agua patos,
no se coman el grano los gurupatos,

y decidióse á emprender el viajecito.

La despedida fué de lo mas romántico que cabe. No se habria dicho sino que el señor cura iba de viaje al fabuloso pais de la Canela.

Dos semanas era el tiempo mayor que debia durar la ausencia. Hubo llanto y soponcio y..... qué sé yo! Allá lo sabrán los que alguna vez se han despedido de una querida.

El doctor Angulo entró á Arequipa con ventura, porque todo fué para él llegar y besar. En un par de dias terminó sin gran fatiga el asunto, y despues de emplear algun dinerillo en arracadas de brillantes, gargantilla de perlas, vestidos y otras frioleras para emperejilar á su sultana, enfrenó la mula, calzóse espuelas y volvió grupa camino de Yanaquihua.

Iba nuestro enamorado tragándose leguas, y hallábase ya tres jornadas distante del curato, cuando le salió al encuentro un indio y puso en sus manos este lacónico billete:

Ven! El cielo ó el infierno quieren separarnos. Mi alma está triste y mi cuerpo desfallece. Me muero! Ven, amado mio! Tengo sed de un último beso.

II.

Dos dias despues, á la puesta del sol, se apeaba el doctor Angulo en el patio de la casa parroquial, gritando como un frenético :

— Ana! Ana mia!

Pero Dios habia dispuesto que el infeliz no escuchase la voz de la mujer amada.

Hacia pocas horas que el cadáver de Ana habia sido sepultado en la iglesia.

Don Gaspar se dejó caer sobre una silla y se entregó á un dolor mudo. No exaló una imprecacion, ni una lágrima se desprendió de sus ojos.

Esos dolores silenciosos son terribles.

Parecia que su sensibilidad habia muerto y que Ana se habia llevado su alma.

Pero cerrada la noche, y cuando todo el pueblo estaba entregado al reposo, abrió una puertecilla que comunicaba á la sacristia del templo, penetró en él con una linterna en la mano, tomó un azadon, dirijióse á la fosa y removió la tierra.

Profanacion! El cadáver de Ana quedó en breve sobre la superficie, Don Gaspar lo cojió entre sus brazos, lo llevó á su cuarto, lo cubrió de besos, rasgó la mortaja, lo vistió con un traje de raso carmesí, echóle al cuello el collar de perlas y engarzó en sus orejas las arracadas de piedras preciosas.

Asi adornado, sentó el cadáver en un sillon cerca de la mesa, preparó dos tazas de yerba del Paraguay y

se puso á tomar *mate*, como en las noches felices en que Ana lo acompañaba.

Despues tomó su *quena*, ese instrumento misterioso al que mi amigo el poeta Manuel Castillo llamaba

Flauta sublime de una voz estraña
Que llena el corazon de amarga pena,

la colocó dentro de un cántaro y la hizo producir sonidos lúgubres, verdaderos écos de una angustia sin nombre é infinita. Luego, acompañado de esas armonias indefinibles, solemnemente tristes, improvisó el *yaravi* que el pueblo del Cuzco conoce con el nombre del *Manchay-Puito* (Infierno aterrador.)

Hé aquí dos de sus estrofas que traducimos del *quichua*, sin alcanzar, por supuesto, á darlas el sentimiento que las presta la índole de aquella lengua, en la que el poeta ó *haravicu* desconoce la música del consonante ó asonante, hallando la armonia en solo el eufonismo de las palabras.

Abreme, infierno, tus puertas
Para sepultar mi espíritu
En tus cavernas.
Aborrezco la existencia,
Sin la que era la delicia
Ay! de mi vida.

Sin mi dulce compañera,
Mil serpientes me devoran
Las entrañas.
No es Dios bueno el Dios que manda
Al corazon estas penas
Ay! del infierno.

El resto del *Manchay-Puito hampuy ñihuay* contiene versos nacidos de una alma desesperada hasta la impiedad, versos que estremecen por los arrebatos de la pasion y que escandalizan por la desnudez de las imájenes. Hay en ese *yaraví* todas las gradaciones del amor mas delicado y todas las estravagancias del sensualismo mas grosero.

Los perros ahullaban lastimosa y siniestramente al rededor de la casa parroquial, y aterrorizados los indios de Yanaquihua abandonaban sus chozas.

Y las dolientes notas de la *quena* y las palabras tremendas del *haravicu* seguian impresionando á los vecinos, como las lamentaciones del Profeta de Babilonia.

Y asi pasaron tres dias sin que el cura abriese la puerta de su casa.

Al cabo de ellos enmudeció la *quena,* y entonces un vecino español atrevióse á escalar paredes y penetrar en el cuarto del cura.

Horrible espectáculo !

La descomposicion del cadáver era completa y Don Gaspar, abrazado del esqueleto, se arrastraba en las convulsiones de la agonia.

III.

La Iglesia fulminó excomunion mayor contra los que cantasen el *Manchay-Puito* ó tocasen *quena* dentro de un cántaro.

Esta prohibicion es hoy mismo respetada por los indios del Cuzco, que por ningun tesoro de la tierra consentirian en dar el alma al demonio.

LA FALTRIQUERA DEL DIABLO.

TRADICION.

A Acisclo Villaran.

I.

Hay en Lima una calle conocida por la de la *Faltriquera del diablo.....*

Mas, antes de entrar en la tradicion, quiero consignar el orígen que tienen los nombres con que fueron bautizadas muchas de las calles de esta, republicana hoy y antaño aristocrática, ciudad de los Reyes del Perú. A pesar de que oficialmente se ha querido desbautizarlas, ningun limeño hace caso de nombres nuevos, y á fé que razon les sobra. De mí sé decir que jamas empleo la moderna nomenclatura : — primero, porque el pasado merece algun respeto y á nada conduce abolir nombres que despiertan recuerdos históricos : y segundo, porque tales prescripciones de la autoridad son papel mojado y no alcanzarán, sino con el trascurso de siglos, á hacer olvidar lo que entró en nuestra memoria junto con la cartilla. Aunque ya no hay limeños de los de sombrero con cuña, limeños *pur sang,* échese usted á preguntar á los que recibimos en

la infancia paladeo no de *racahout* sino de mazamorra, por la calle del Cuzco ó de Arequipa y perderá lastimosamente su tiempo. En cambio, pregúntenos usted donde está el callejon del Gigante, el de los Cachos, ó el de la Sirena y verá que no nos mordemos la lengua para darle respuesta.

Cuando Pizarro fundó Lima, dividióse el área de la ciudad en lotes ó solares bastante espaciosos para que cada casa tuviese gran pátio y huerta ó jardin. Desde entónces, casi la mitad de las calles fueron conocidas por el nombre del vecino mas notable. Bastará en prueba que citemos las siguientes : — Argandoña, Aparicio, Azaña, Belaochaga, Beytia, Bravo, Baquíjano, Boza, Bojarano, Breña, Barraganes, Chavez, Concha, Calonje, Carrera, Cádices, Esplana, Fano, Granados, Hoyos, Ibarrola, Juan Pablo, Juan Simon, Lártiga, Lescano, La-Riva, Leon de Andrade, Llanos, Matienzo, Mortua, Matavilela, Melchor Malo, Mestas, Miranda, Mendoza, Nuñez, Negreyros, Ortiz, Ormeño, Otárola, Otero, Orejuelas, Pastrana, Padre Gerónimo, Pando, Queipo, Romero, Salinas, Toval, Ulloa, Villalta, Villegas, Urrutia, Zavala, Zarate.

La calle de Doña Elvira se llamó asi por una famosa curandera que, en tiempo del virey duque de la Palata, tuvo en ella su domicilio. Juan de Caviedes, en su *Diente del Parnaso*, nos dá largas y curiosas noticias de esta mujer que inspiró agudísimos conceptos á la satírica vena del poeta limeño.

Sobre la calle de las Mariquitas cuentan que el alferez real Don Basilio Garcia Ciudad, guapo mancebo y donairoso poeta, que comia pan en Lima, por los años de 1758, fué quien hizo popular el nombre. Vivian en dicha calle tres doncellas, bautizadas por el cura con

el nombre de Maria, en loor de las cuales improvisó un dia el galante alferez la espinela siguiente :

Mi cariño verdadero
Diera á alguna de las tres ;
Mas, lo fuerte del caso es
Que yo no sé á cual mas quiero.
Cada una es como un lucero,
Las tres por demas bonitas
Congojas dánme infinitas,
Y para hacer su eleccion
No atina mi corazon
Entre las tres Mariquitas.

La calle que impropiamente llaman muchos del Gato no se nombró sino de Gato, apellido de un acaudalado boticario.

Los biscochitos de la Zamudio dieron tal fama á una pastelera de este apellido, que quedó por nombre de la calle.

La del Mármol de Carvajal lució la lápida infamatoria para el maese de campo de Gonzalo Pizarro.

De Pólvos-Azules llamóse la calle en donde se vendia añil.

Rastro de San Francisco y Rastro de San Jacinto, nombráronse aquellas en donde estuvieron situados los primeros camales ó mataderos públicos.

La calle de Juan de la Coba debió su nombre al famoso banquero Juan de la Cueva, cuya quiebra fraudulenta conmemoran hoy mismo los muchachos de Lima en unas coplas que empiezan :

Juan de la Coba
Con joroba,

Niño bonito
Platanito etc.

y quien quiera saber la vida y milagros de Juan de la Coba que lea el lindo artículo que le consagró Acisclo Villarán.

En tiempo del Virey Conde de Superunda, y pocos meses despues de la ruina del Callao, encontraron en un corral de gallinas un cascaron del que salió un basilisco ó pollo fenomenal. Por noveleria iba el pueblo á visitar el corral, y desde entónces tuvimos la que se llama calle del Huevo.

Cuando la Inquisicion celebraba auto público de fé, colocábase en la esquina de la que, por ese motivo, se llamó calle de Judios un cuadro con toscos figurones, que diz representaban la verdadera efijie de los reos, rodeados de diablos, diablesas, y llamas infernales.

Por no alargar demasiado este capítulo omitimos el orígen de otros nombres de calles, y que fácilmente se explicará el lector. A este número pertenecen las que fueron habitadas por algun gremio de artesanos y las que llevan nombres de árboles ó de santos. Pero injenuamente confesamos que, á pesar de nuestras mas prolijas investigaciones, nos ha sido imposible descubrir el de las diez calles siguientes : Malambo, Yaparió, Siete Jeringas, Contradiccion, Penitencia, Suspiro, Espiracion, Mandamientos, Come-sebo y Pilitricas. Sobre cuatro de estos nombres hemos oido explicaciones mas ó menos antojadizas y que no satisface nuestro espíritu de investigacion.

Ahora volvamos á la calle de la Faltriquera del Diablo.

II.

Entre las que hoy son estaciones de los ferrocarriles del Callao y Chorrillos, habia, por los años de 1651, una calleja solitaria : pues en ella no existia mas que una casa de humilde aspecto y dos ó tres tiendas. El resto de la calle lo formaba un solar ó corralon, con pared poco elevada. Tan desdichada era la calleja que ni siquiera tenia nombre, y al estremo de ella veíase un nicho con una imágen de la Vírgen, (alumbrada de noche por una lamparilla de aceite), de cuyo culto cuidaban las canonesas del monasterio de la Encarnacion.

Habitaba la casa un español, notable por su fortuna y por su libertinaje. Cayó éste enfermo de gravedad, y no habia forma de convencerlo para que hiciera testamento y recibiese los últimos auxilios espirituales. En vano sus deudos llevaron junto al lecho del moribundo al padre Castillo, jesuita de cuya canonizacion se ha tratado, al mercedario Urraca y al agustino Vadillo, muertos en olor de santidad. El empedernido pecador los colmaba de desvergüenzas y les tiraba á la cabeza el primer trasto que á manos le venia.

Habian ya los parientes perdido la esperanza de que el libertino arreglára cuentas de conciencia con un confesor, cuando tuvo noticia del caso un fraile domínico que era amigo y compañero de aventuras del enfermo. El tal fraile, que se encontraba á la sazon preso en el convento, en castigo de la vida licenciosa que con desprestigio de la comunidad traia, se comprometió á hacer apear de su asno al impenitente pecador. Acordóle licencia el prelado y nuestro domínico, despues de

proveerse de una limeta de *moscorrafio*, se dirijia sin mas breviario á casa de su doliente amigo.

— ¡ Qué diablos, hombre ! Vengo por tí para llevarte á una *parranda,* donde hay muchachas de arroz con leche y canela, y te encuentro en cama haciendo el chancho rengo ! Vamos, pícaro, pon de punta los huesos y andandito que la cosa apura.

El enfermó lanzó un quejido, mas no dejó de relamerse ante el cuadro de libertinaje que le pintaba el fraile.

— Bien quisiera acompañarte ! pero ¡ ay ! apenas puedo moverme.... dicen que pronto doy las boqueadas.

— ¡ Qué has de dar, hombre ! ¡ Vaya ! prueba de este confortativo y ya verás lo que es rico.

Y acercando la botella de aguardiente á la boca del enfermo, lo hizo apurar un buen sorbo.

— Eh ! ¿ qué te parece ?

— Cereza legítimo — contestó el doliente, haciendo sonar la lengua en el paladar. — En fin, siquiera tú no eres como esos frailes de mal agüero que, de dia y de noche, me están con la cantaleta de que si no me confieso me van á llevar los diablos.

— ¡ Habrá bellacos ! No les hagas caso y vuélvete á la pared. Pero aunque ello sea una candidez, hombre, sabes que se me ocurre creer que nada pierdes con confesarte. Si hay infierno te has librado y si no lo hay....

— Tú tambien me sermoneas....! interrumpió el enfermo encolerizándose.

— Quiá ! chico, es un decir....! No te afaroles y cortemos la bilis.

Nuevo ataque á la botella y prosiguió el español :

— Sobre que en mi vida me he confesado y no sabria por donde empezar.

— Mira, ya que no puedes acompañarme á la jarana, tampoco quiero dejarte solo; y como en algo hemos de matar el tiempo, empléemoslo en dejar vacía la limeta y ensayar la confesion.

Y así por este tono siguió el diálogo, y entre trago y trago fué suavizándose el enfermo.

Al dia siguiente vino el padre Castillo y maravillóse mucho de no encontrar ya reacío al pecador.

Con el ensayo de la víspera habia éste tomado gusto á la confesion.

Para él la gran dificultad habia estado en comenzar, y diz que murió devotamente y edificando á todos con su contricion. La prueba es que legó la mitad de su hacienda á los conventos, lo que en esos tiempos bastaba para que á un cristiano le abriese San Pedro, de par en par, las puertas del cielo.

Entretanto, el domínico se jactaba de que esclusivamente era obra suya la salvacion de aquella alma y, para mas encarecer su tarea, solia añadir :

— He sacado á esa alma de la faltriquera del diablo.

Y popularizándose el suceso y el dicho del reverendo, tuvo desde entónces nombre la calle que todos los limeños conocemos.

UNA MOZA DE ROMPE Y RAJA.

I.

EL PRIMER PAPEL MONEDA.

Sin las noticias histórico-económicas que voy á consignar, y que vienen de perilla en estos tiempos de bancario desbarajuste, acaso seria fatigoso para mis lectores entender la tradicion.

A principios de 1822, la causa de la independencia corria grave peligro de quedar como la gallina que formó halaraca para poner un huevo y ese huero. Las recientes atrocidades de Carratalá en Cangallo y de Maroto en Potosí, si bien es cierto que retemplaron á los patriotas de buena ley, trajeron algun pánico á los espíritus débiles y asustadizos. San Martin mismo, desconfiando de su genio y fortuna, habíase dirijido á Guayaquil en busca de Bolivar y de auxilio colombiano, dejando en Lima, al cargo del gobierno, al Gran Mariscal Marqués de Torretagle.

Hablábase de una formidable conspiracion para entregar la capital al enemigo: y el nuevo gobierno, á quien los dedos se le antojaban húespedes, no solo adoptó medidas ridículas, como la prohibicion de que usasen capa los que no habian jurado la independencia, sino que recurrió á espedientes estremos y terroríficos. Entre estos, enumeraremos la órden mandando salir del pais á los españoles solteros, y el famoso

decreto que redactó don Juan Félix Berindoaga, conde de San Donás, baron de Urpin, y Oficial mayor de un Ministerio : disponia este decreto que los traidores fuesen fusilados y sus cadáveres colgados en la horca. ¡ Misterios del destino ! El único en quien, cuatro años mas tarde, debió tener tal castigo cumplida ejecucion fué el desdichado Berindoaga, autor del decreto.

Estando Pasco y Potosí en poder de los realistas, la casa de Moneda no tenia barras de plata que sellar ; y entre los grandes políticos y financistas de la época, surjió la idea salvadora de emitir papel moneda para atender á los gastos de la guerra. Cada uno estornuda como Dios lo ayuda.

El pueblo, á quien se le hacia muy cuesta arriba concebir que un retazo de papel puede reemplazar al metal acuñado, puso el grito en el sétimo cielo ; y para acallarlo fué preciso que don Bernardo de Torretagle escupiese por el colmillo, mandando promulgar, el 1° de Febrero, un bando de espanta-moscas, en el cual se determinaban las penas en que incurririan los que en adelante no recibiesen de buen grado los billetes de á dos y cuatro reales, únicos que, al principio, se pusieron en circulacion.

La medida produjo sus efectos. El pueblo, refunfuñando y poniendo cara de vinagre, agachó la cabeza y pasó por el aro, mientras que los hombres de Palacio, satisfechos de su coraje para imponer la ley á la chusma, se pusieron como dice la copla del *coup de nez,*

En la nariz el pulgar
Y los demas en hilera,
Y.... perdonen la manera
De señalar.

Sin embargo, temió el gobierno que la mucha tirantez hiciera reventar la soga; y dió al pueblo una dedada de miel con el nombramiento de Garcia del Rio, quien marcharia á Londres para celebrar un empréstito, destinado á la amortizacion del papel y á sacar almas del purgatorio. El comercio, por su parte, no se echó á dormir el sueño de los justos y entabló gestiones; y al cabo de seis meses de estudiarse el asunto se expidió, el 13 de Agosto, un decreto para que el papel (que andaba tan depreciado como los billetes de hoy) fuese recibido en la Aduana del Callao y el Estanco de tabacos. Bonito Agosto hicieron los comerciantes de buen olfato! Eso si que fué andar al trote para ganarse el capote.

Cierto es que San Martin, á fuer de astuto, no intervino directamente en la emision del papel moneda; pero al cándido pueblo, que la dá siempre de malicioso y de no tragar anchoveta por sardina, se le puso en el majin que el Protector habia sacado la brasa por mano ajena, y que él era el verdadero responsable de la no muy limpia operacion. Por eso cuando, el 20 de Agosto, de regreso de su paseo veraniego á Guayaquil, volvió San Martin á encargarse del mando, apenas si hubo señales de alborozo público. Por eso tambien el pueblo de Lima se habia reunido poco antes, en la Plaza Mayor, pidiendo la cabeza de Monteagudo, quien libró de la borrasca saliendo camino del destierro. Obra de este ministro fué el decreto de 14 de Diciembre de 1821 que creaba el Banco Nacional de emision.

Fué bajo el gobierno del Gran Mariscal Rivagüero cuando, en Marzo de 1823, á la vez que llegaba la noticia de quedar en Londres oleado y sacramentado el empréstito, resolvió el Congreso que se sellara (por pri-

mera vez en el Perú) medio millon de pesos en moneda de cobre para amortizar el papel, del que despues de destruir las matrices se quemaron diariamente, en la puerta de la Tesoreria, billetes por la suma de quinientos pesos, hasta quedar estinguida la emision.

Asi se puso entonces término á la crísis, y el papel con garantia ó sin garantia del Estado, que para el caso dá lo mismo, no volvió á aparecer hasta que..... Dios fué servido enviarnos plétora de billetes de banco y eclipse total de monedas.

Pero ya es hora de referir la tradicion, no sea que la pluma se deslice y entre en retozos y comparaciones políticas, de suyo peligrosas en los tiempos que vivimos.

II.

LA LUNAREJA.

Mas desvergonzada que la Peta Winder de nuestros dias fué, en 1822, una hembra, de las de navaja en la liga y pata de gallo en la cintura, conocida en el pueblo de Lima con el apodo de la *Lunareja,* y en la cual se realizaba al pié de la letra lo que dice el refrán :

Mujer lunareja,
Mala hasta vieja.

Tenia la tal un tenducho é covachuela de zapatos en la calle de Judios, bajo las gradas de la Catedral. Eran las covachuelas unos chiribitiles subterráneos que desaparecieron, hace pocos años, no sin resistencia de los canónigos que percibian el arrendamiento de esas húmedas y feísimas madrigueras.

Siempre que algun parroquiano llegaba al cuchitril de Gertrudis la Lunareja, en demanda de un par de zapatos de orejita, era cosa de taparse los oidos con algodones para no escucharla echar, por la boca de espuerta que Dios la dió, sapos, culebras y demas sucias alimañas. A pesar del rigoroso bando conminatorio, la zapatera se negaba resueltamente á recibir papelitos, aderezando su negativa con una salsa parecida á ésta :

— Miren, miren al ladronazo de ño San Martin que, no contento con desnudar á la Virgen del Rosario , quiere llevarse la plata y dejarnos cartoncitos *imprentados*..... La perra que lo parió al muy pu.... chuelero !

Y la maldita, que era *goda* hasta la médula de los huesos, concluia su retahila de insultos contra el Protector cantando á grito herido una copla del *miz-miz*, bailecito en boga, en la cual se le zurraba la badana al Supremo Delegado marqués de Torretagle.

Peste de pericotes
Hay en tu cuarto;
Deja la puerta abierta,
Yo seré el gato.
¡ Muera la patria !
¡ Muera el marqués !
¡ Que viva España !
¡ Que viva el rey !

Canario ! El cantarcito no podia ser mas subversivo en aquellos dias, en que la palabra *rey* quedó tan proscrita del lenguaje que se desbautizó hasta al pejerey para llamarlo *peje-patria*.

Los descontentos, que á la sazon pululaban, aplaudian las insolencias y obcenidades de la Lunareja, que

propiedad de pequeños y cobardes es festejar la inmundicia que los maldicientes escupen sobre las espaldas de los que están en el poder. Asi envalentonada, la zapatera acrecia de hora en hora en atrevimiento, haciendo *huesillo* á los ajentes de policia que, de vez en cuando, la amonestaban para que no escandalizase al patriota y honesto vecindario.

Impuesta de todo la autoridad, vaciló mucho el desgraciado Torretagle para poner coto al escándalo. Repugnaba á su caballerosidad el tener que aplicar las penas del bando en una mujer.

El alcalde del barrio recibió, al fin, órden de acercarse á la Lunareja y reprenderla ; pero esta que, como hemos dicho, tenia lengua de barbero, afilada y cortadora, acojió al representante de la autoridad con un aluvion de dicterios tales, que al buen alcalde se le subió la mostaza á las narices, y llamando cuatro soldados hizo conducir, amarrada y casi arrastrando, á la procaz zapatera á un calabozo de la cárcel de la Pescaderia.

Vivos hay todavia y comiendo *pan de la patria* (que asi llamaban en 1822 al que hoy llamamos pan de hogaza,) muchos que presenciaron los verídicos sucesos que relatados dejo, y al testimonio de ellos apelo para que me desmientan, si en un ápice me aparto de la realidad histórica.

Al siguiente dia (22 de Febrero) levantóse por la mañana, en la Plaza Mayor de Lima, un tabladillo con un poste en el centro. A las dos de la tarde, y entre escolta de soldados, sacaron de la Pescaderia á la Lunareja.

Un sayon ó ministril la ató al poste y la cortó el pelo al rape. Durante esta operacion lloraba y se retorcia la infeliz, gritando :

— Perdone mi amo Torretagle que no lo haré mas.

A lo que los *mataperritos* que rodeaban el tabladillo, azuzando al sayon que manejaba tijera y navaja, contestaban en coro :

Déle, maestro, déle,
Hasta que cante el *miserere.*

Y la Lunareja, pensando que los muchachos aludian al estribillo del *miz-miz*, se puso á cantar, y como quien satisface cantando la palinodia,

¡ Viva la patria
De los peruanos !
Mueran los godos
Que son tiranos !

Pero la granujada era implacable y comenzó á gritar, con especial sonsonete :

Boca dura y piés de lana !
Déle, maestro, hasta mañana.

Terminada la rapadura, el sayon le puso á Gertrudis una canilla de muerto por mordaza, y hasta las cuatro de la tarde permaneció la pobre mujer espuesta á la vergüenza pública.

Desde ese momento nadie se resistió á recibir el papel moneda.

Parece que mis paisanos aprovecharon de la leccion en cabeza ajena y que no murmuraron mas de las cosas gubernamentales.

III.

EL FIN DE UNA MOZA TIGRE.

Cuando, nosotros los insurjentes, perdimos las fortalezas del Callao, por la traicion de Moyano y Oliva, la Lunareja emigró al Real Felipe, donde Rodil la asignó sueldo de tres pesetas diarias y racion de oficial.

El 3 de Noviembre de 1824 fué dia nefasto para Lima, por culpa del *pantorrilludo* Urdaneta que proporcionó á los españoles gloria barata. El brigadier don Mateo Ramirez, de feroz memoria, sembró de cadaveres de mujeres, niños y hombres inermes, el trayecto que conduce de la portada del Callao á las plazuelas de la Merced y San Marcelo. Las viejas de Lima se estremecen aun de horror cuando hablan de tan sangrienta hecatombe.

Gertrudis la Lunareja fué una de aquellas furiosas y desalmadas bacantes que vinieron ese dia con la caballeria realista, que mandaba el marques de Valle-Umbroso don Pedro Zavala, y que, como refiere un escritor contemporáneo, cometieron indecibles obcenidades con los muertos, bailando en torno de ellos la *mariposa* y *el agua de nieve*.

El 22 de Enero de 1826, fecha en que Rodil firmó la capitulacion del Callao, murió la Lunareja, probablemente atacada de escorbuto como la mayoria de los que se encerraron en aquella plaza. Mas, por entonces, se dijo que la zapatera habia apurado un veneno y preferido la muerte á ver ondear en los castillos el pabellon de la República.

La Lunareja exhaló el último aliento gritando : — Viva el rey !

EL FRAILE Y LA MONJA

DEL CALLAO.

APUNTES HISTORICO-TRADICIONALES.

I.

Escribo esta tradicion para purgar un pecado gordo que, contra la historia y la literatura, cometí cuando muchacho.

Contaba diez y ocho años y hacia pinicos de escritor y de poeta. Mi sueño dorado era oir, entre los aplausos de un público bonachon, los destemplados gritos de ¡el autor! A esa edad, todo el monte antojábaseme orégano y comillo é imajinábame que, con cuatro coplas mal zurcidas y una docena de articulejos peor hilvanados, habia puesto una pica en Flandes y otra en Jerez. Maldito si, ni por el forro, consultaba clásicos, ni si sabia, por esperiencia propia, que los viejos pergaminos son criadero de polilla. Casi casi me habria atrevido á dar quince y raya al mas entendido en materias literarias, siendo yo entonces uno de aquellos zopencos que, por comer pan en lugar de bellota, ponen el Quijote por los pies de los caballos, llamándolo libro disparatado y sin pies ni cabeza.

Como la ignorancia es atrevida echéme á escribir para el teatro, y asi Dios me perdone si cada uno de

mis engendros dramáticos no fué puñalada de pícaro al buen sentido, á las musas y á la historia. Y sin embargo, hubo público benévolo que llamara á la escena al asesino poeta y que, en vez de tirarle los bancos á la cabeza, le arrojara coronitas de laurel hechizo.

Verdad es que, por esos tiempos, no era yo el único malaventurado que, con fenomenales producciones, desacreditaba el teatro nacional ilustrado por las buenas comedias de Pardo y de Segura. Consuela ver que no es todo el sayal alforjas.

Titulábase uno de mis desatinos dramáticos Rodil, especie de alacran de cuatro colas ó actos y ¡ sándio de mí ! fuí tan bruto que no solo creí á mi hijo la octava maravilla, sino que ¡ mal pecado ! consentí en que un mi amigo, que no tenia mucho de lo de Salomon, lo hiciera poner en letras de molde. ¡ Que tinta y qué papel tan mal empleados !

Aquello no era drama ni piñon mondado. Versos ramplones, lirismo tonto, diálogo estravagante, argumento inverosimil, lances traidos á lazo, caracteres imposibles, la propiedad de la lengua tratada á puntapies, la historia arreglada á mi antojo y..... vamos, aquello era un mamarracho digno de un soberbio varapalo.

A guisa, pues, de protesta contra tal paternidad escribo esta tradicion, en la que por lo menos sabré guardar respetos á los fueros de la historia, y la sombra de Rodil no tendrá derecho para querellarse de calumnia y dar de soplamocos á la mia, cuando ambas se den un tropezon en el valle de Josafát.

I.

Con la batalla de Ayacucho quedó afianzada la independencia de Sud-América. Sin embargo, y como una morisqueta de la Providencia, España dominó por trece meses mas en una área de media legua cuadrada. La traicion del sarjento Moyano, en Febrero de 1824, habia entregado á los realistas una plaza fuerte y bien guarnecida y municionada. El pabellon de Castilla flameaba en el Callao, y preciso es confesar que la obstinacion de Rodil, en defender este último baluarte de la monarquia, rayó en heróica temeridad. El historiador Torrente, que llama á Rodil el *nuevo Leonidas,* dice que hizo demasiado por su gloria de soldado. Lafond, Stevenson y aun Garcia Camba, convienen en que Rodil fué cruel hasta la barbarie, y que no necesitó sostener una resistencia tan desesperada para dejar su reputacion bien puesta y á salvo el honor de las armas españolas.

Sin esperanzas de que llegasen en su socorro fuerzas de la Península, ni de que en el pais hubiese una reaccion en favor del sistema colonial, viendo á sus compañeros desaparecer dia á dia, diezmados por el escorbuto y por las balas republicanas, no por eso desmayó un instante la indomable terquedad del castellano del Real Felipe.

A medida que pasan los años, la figura de Rodil toma proporciones legendarias. Mas que hombre, parécenos ser fantástico que encarnaba una voluntad de bronce en un cuerpo de acero. Siempre en vijilia, jamás pudieron los suyos saber cuales eran las horas que consagraba al reposo; y en el momento mas inesperado, se

aparecia como fantasma en los baluartes y en la caserna de sus soldados. Ni la implacable peste, que arrebató á seis mil de los moradores del Callao, lo acometió un instante ; pues Rodil habia empleado el preservativo de hacerse abrir fuentes en los brazos.

Rodil era gallego y nacido en Santa Maria del Trovo. Alumno de la Universidad de Santiago de Galicia, donde estudiaba jurisprudencia, abandonó los claustros junto con otros colegiales y, en 1808, sento plaza en el batallon de cadetes literarios.

En Abril de 1817 llegó al Perú con el grado de primer ayudante del rejimiento del Infante.

Ascendido, poco despues, á comandante, se le encomendó la formacion del batallon Arequipa. Rodil se posesionó con los reclutas de la solitaria islita del Alacran, frente á Arica, donde pasó meses disciplinándolos, hasta que Osorio lo condujo á Chile. Allí concurrió Rodil, mandando el cuerpo que habia creado, á las batallas de Talca, Cancharayada y Maypú.

Regresó al Perú, tomando parte activa en la campaña contra los patriotas, y salió herido el 7 de Julio de 1822 en el combate de Pucarán.

Al encargarse del gobierno político y militar del Callao, en 1824, el brigadier don José Ramon Rodil hallábase condecorado con las cruces de Somorso, Espinosa de los Monteros, San Payo, Tumames, Medina del Campo, Tarifa, Pamplona y Cancharayada, cruces que atestiguaban las batallas en que habia tenido la buena suerte de salir vencedor.

Sitiado el Callao por las tropas de Bolivar, al mando del General Salom, y por la escuadra patriota que disponia de 171 cañones, fué verdaderamente titánica la resistencia. La historia consigna la, para Rodil, decorosa

capitulacion de 23 de Enero de 1826, en que el bravo gefe español, vestido de gran uniforme y con los honores de ordenanza, abandonó el castillo para embarcarse en la fragata de guerra inglesa *Briton*. El General La-Mar que era, valiéndome de una feliz expresion del Inca Garcilaso, un caballero muy caballero en todas sus cosas, tributó en esa ocasion justo homenaje al valor y á la lealtad de Rodil que, desde el 1° de Marzo de 1824, en que reemplazó á Casariego en el mando del Callao, hasta Enero de 1826, casi no pasó dia sin combatir.

Rodil tuvo, durante el sitio, que desplegar una maravillosa actividad, una astucia sin límites y una energia incontrastable para sofocar frecuentes complots. En solo un dia fusiló treinta y seis conspiradores, acto de crueldad que lo rodeó de terrorífico y aun supersticioso respeto. Uno de los fusilados en esa ocasion fué Frasquito, muchacho andaluz, muy popular por sus chistes y agudezas, y que era el amanuense de Rodil.

El General Canterac (que tan tristemente murió, en 1835, al apaciguar en Madrid un motin de cuartel) fué comisionado por el virey Conde de los Andes, para celebrar el tratado de Ayacucho, y en él se estipuló la inmediata entrega de los castillos. Al recibir Rodil la carta ú oficio en que Canterac le transcribia el artículo de la capitulacion concerniente al Callao, exclamó furioso :

— ¡ Canario ! Que capitulen ellos que se dejaron derrotar y no yo. ¿ Abogaderas conmigo ? Mientras tenga pólvora y balas, no quiero dimes y diretes con esos p... ícaros insurjentes.

II.

Durante el sitio, disparó Rodil sobre el campamento de Bellavista, ocupado por los patriotas, 79,553 balas de cañon, 454 bombas, 908 granadas y 34,710 tiros de metralla, ocasionando á los sitiadores la muerte de 7 oficiales y 102 individuos de tropa y 6 oficiales y 62 soldados heridos.

Los patriotas, por su parte, no anduvieron cortos en la respuesta y lanzaron sobre las fortalezas 20,317 balas de cañon, 317 bombas é incalculable cantidad de metralla.

Al principiarse el sitio, contaba Rodil en los castillos una guarnicion de 2,800 soldados y el dia de la capitulacion solo tenia 376 hombres en estado de manejar una arma. El resto habia sucumbido al rigor de la peste y de las balas republicanas.

En las calles del Callao, donde un año antes pasaban de 8,000 los asilados ó partidarios del rey, apenas si llegaban á 700 almas las que presenciaron el desenlace del sitio.

Segun Garcia Camba, fueron 6,000 las víctimas del escorbuto y 767 los que murieron combatiendo.

En los primeros meses del sitio, Rodil expulsó de la plaza 2,389 personas. El gobierno de Lima resolvió no admitir mas expulsados, y vióse el feroz espectáculo de infelices mujeres que no podian pasar al campamento de Miranaves ni volver á la plaza, porque de ambas partes se las rechazaba á balazos. Las desventuradas se encontraban entre dos fuegos y sufriendo angustias imposibles de relatarse por pluma humana. He aquí lo que sobre este punto dice Rodil en el cu-

rioso manifiesto que publicó en España, sin alcanzar ciertamente á disculpar un hecho ajeno de todo sentimiento de humanidad.

« Yo que necesitaba minorar la poblacion para sus-
« pender consumos que no podian reponerse, mandé
« que los que no pudieran subsistir con sus provisiones
« ó industria, saliesen del Callao. Esta órden fué cum-
« plida con prudencia, con pausa y con buen éxito. La
« noticia de los primeros que emigraron fué animando
« á los que carecian de recursos para vivir en la pobla-
« cion, y en cuatro meses me descargué de 2,389 bocas
« inútiles. Los enemigos, á la décima cuarta emigra-
« cion de ellas, entendieron que su conservacion me
« seria nociva y tentaron no admitirlas con esfuerzo
« inhumano. Yo lo repelí decisivamente. »

Inútil es hacer sobre estas líneas apreciaciones que están en la conciencia de todos los espíritus generosos. Si indigna hasta la barbarie y ajena del carácter compasivo de los peruanos fué la conducta del sitiador, no menos vituperable encontrará el juicio de la historia la conducta del gobernador de la plaza.

Rodil estaba resuelto á prolongar la resistencia; pero su coraje desmayó cuando en los primeros dias de Enero de 1826, se vió abandonado por su íntimo amigo el comandante Ponce de Leon, que se pasó á las filas patriotas, y por el comandante Riera, gobernador del castillo de San Rafael, quien entregó esta fortaleza á los republicanos. Ambos poseian el secreto de las minas que debian hacer explosion cuando los patriotas emprendiesen un asalto formal. Ellos conocian, en sus menores detalles, todo el plan de defensa imajinado por el impertérrito brigadier. La traicion de sus amigos y tenientes habia venido á hacer imposible la defensa.

El 11 de Enero se dió principio á los trabajos que terminaron con la capitulacion del 23, honrosa para el vencido y magnánima para el vencedor.

Las banderas de los rejimientos Infante Don Cárlos y Arequipa, cuerpos muy queridos para Rodil, le fueron concedidas para que se las llevase á España.

De las nueve banderas españolas tomadas en el Callao, dispuso el General La-Mar que una se enviase al gobierno de Colombia, que cuatro se guardasen en la Catedral de Lima y las otras cuatro en el templo de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de las armas peruanas.

¿Se conservan tan preciosas reliquias? — Ignoro, lector, el contenido de la pregunta.

III.

Vuelto Rodil á su patria, lo trataron sus paisanos con especial distincion y fué el único, de entre los que militaron en el Perú, á quien no aplicaron el epíteto de *ayacucho,* con que se bautizó en España á los amigos políticos de Espartero. Rodil figuró, y en altísima escala, en la guerra civil de cristinos y carlistas y, como no nos hemos propuesto escribir una biografía de este personaje, nos limitaremos á decir que obtuvo los cargos mas importantes y honoríficos. Fué general en gefe del ejército que afianzó sobre las sienes de Doña Maria de la Gloria la corona de Portugal. Tuvo despues el mando del ejército que defendió los derechos de Isabel II al trono de España, aunque le asistió poca fortuna en las operaciones militares de esta lucha que solo terminó cuando Espartero eclipsó el prestijio de Rodil.

Fué virey de Navarra, marqués de Rodil y sucesiva-

mente capitan general de Estremadura, Cataluña, Valencia, Aragon y Castilla la Nueva, Diputado á Cortes, Ministro de la Guerra, Presidente del Consejo de Ministros, Senador de la Alta Cámara, Prócer del reino, Caballero de collar y placa de la órden de la Torre y Espada, gran cruz de las de Isabel la Católica y Cárlos III y caballero con banda de las de San Fernando y San Hermenejildo.

Entre él y Espartero existió siempre antagonismo político y aun personal, habiendo llegado á extremo tal que, en 1845, siendo ministro el duque de la Victoria hizo juzgar á Rodil en Consejo de Guerra y lo exoneró de sus empleos, honores, títulos y condecoraciones. Al primer cambio de tortilla, es decir á la caida de Espartero, el nuevo ministerio amnistió á Rodil, devolviéndole su clase de Capitan General y demas preeminencias.

El marqués de Rodil no volvió, desde entonces, á tomar parte activa en la política española y murió en 1871.

IV.

Desalentados los que acompañaban á Rodil, y convencidos de la esterilidad de esfuerzos y sacrificios, se echaron á conspirar contra su gefe. El presidente marqués de Torre-Tagle y su vice-presidente Don Diego Aliaga, los condes de San Juan de Lurigancho, de Castellon y de Fuente-Gonzalez, y otros personajes de la nobleza colonial, habian muerto víctimas del escorbuto y de la disenteria que se desarrollan en toda plaza mal abastecida. Los oficiales y tropa estaban sometidos á racion de carne de caballo y, sobrándoles el oro á los

sitiados, pagaban á precios fabulosos un panecillo ó una fruta. El marqués de Torre-Tagle, moribundo ya del escorbuto, consiguió tres limones en cambio de otros tantos platillos de oro macizo, y llegó época en que se vendieron ratas como manjar delicioso.

Por otra parte, las cartas y proclamas de los patriotas penetraban misteriosamente en el Callao alentando á los conspiradores. Hoy descubria Rodil una conspiracion é inmediatamente, sin fórmulas ni proceso, mandaba fusilar á los comprometidos, y mañana tenia que repetir los castigos de la víspera. Encontrando muchas veces un traidor en aquel que mas habia alambicado antes su lealtad á la causa del rey, pasó Rodil por el martirio de desconfiar hasta del cuello de su camisa.

Las mujeres encerradas en el Callao eran las que mas activamente conspiraban. Los soldados del General Salom llegaban de noche hasta cerca de las murallas y gritaban :

— A Lima, muchachas, que la patria engorda y dá colores — palabras que eran una apetitosa promesa para las pobres hijas de Eva, á quienes el hambre y la zozobra traian escuálidas y ojerosas.

A pesar de los frecuentes fusilamientos no desaparecia el germen de sedicion, y vino dia en que almas del otro mundo se metieron á revolucionarias. No sabian las pobrecitas que don Ramon Rodil era hombre para habérselas tiesas con el purgatorio entero !

Fué el caso que una mañana encontraron privados de sentidos y echando espumarajos por la boca, á dos centinelas de un bastion ó lienzo de muralla fronterizo á Bellavista. Eran los tales dos gallegos crudos, mozos de letras gordas ó de poca sindéresis, tan brutos como valientes, capaces de derribar á un toro de una puña-

da en el testuz y de clavarle una bala en el hueso palomo al mismo gallo de la pasion; pero los infelices eran hombres de su época, es decir, supersticiosos y fanáticos hasta dejarlo de sobra.

Vueltos en sí, declaró uno de ellos que, á la hora en que Pedro negó al Maestro, se le apareció, como vomitado por la tierra, un franciscano con la capucha calada y que, con aquella voz gangosa que dice que se estila en el otro barrio, le preguntó :

— Hermanito! ¿Pasó la monja?

El otro soldado declaró, sobre poco mas ó menos, que á él se le habia aparecido una mujer con hábito de monja clarisa y díchole :

— Hermanito! ¿Pasó el fraile?

Ambos añadieron que, no estando acostumbrados á hablar con gente de la otra vida, se olvidaron de la consigna y de dar el quien vive; porque la carne se les volvió de gallina, se les erizó el cabello, se les atravesó la palabra en galillo y cayeron redondos como troncos.

Don Ramon Rodil, para curarlos de espantos, les mandó aplicar carreras de baquetas

El castellano del Real Felipe, que no tragaba ruedas de molino ni se asustaba con duendes ni demonios coronados, dióse á cavilar en los fantasmas, y entre ceja y ceja se le encajó la idea de que aquello trascendia de á legua á embuchado revolucionario. Y tal maña dióse y á tales expedientes recurrió que, ocho dias despues, sacó en claro que fraile y monja no eran sino conspiradores de carne y hueso que se valian del disfraz para acercarse á la muralla y entablar, por medio de una cuerda, cambio de cartas con los patriotas.

Era la del alba, cuando Rodil en persona ponia bajo sombra, en la casa-mata del castillo, una docena de

sospechosos, y á la vez mandaba fusilar al fraile y á la monja, dándoles el hábito por mortaja.

Aunque, á contar de ese dia, no han vuelto fantasmas á peregrinar ó correr aventuras por las murallas del, hoy casi destruido, Real Felipe, no por eso el pueblo, dado siempre á lo sobrenatural y maravilloso, deja de creer á pié juntillas que el fraile y la monja vinieron al Callao en tren directo y desde el pais de las calaveras, por solo el placer de dar un susto mayúsculo al par de tagarotes que hacian centinela en el bastion del castillo.

JUSTICIA DE BOLIVAR.

A mi amigo el poeta boliviano Ricardo Bustamante.

En Junio de 1824 hallábase el ejército libertador escalonado en el departamento de Ancachs, preparándose á emprender las operaciones de la campaña que, en Agosto de ese año, dió por resultado la batalla de Junin y, cuatro meses mas tarde, el espléndido triunfo de Ayacucho.

Bolivar residia en Caráz con su Estado Mayor, la caballería que mandaba Necochea, la division peruana de La-Mar y los batallones Bogotá, Caracas, Pichincha y Voltíjeros, que tan bizarramente se batieron á órdenes del bravo Córdova.

La division Lara, formada por los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba cuarteles en la ciudad de Huaráz. Era la oficialidad de estos cuerpos un conjunto de jóvenes gallardos y calaveras, que asi eran de indómita bravura en las lides de Marte como en las de Vénus. A la vez que se alistaban para luchar heroicamente con el aguerrido y numeroso ejército realista acometian, en la vida de guarnicion, con no menos arrojo y ardimiento, á las descendientes de los golosos desterrados del Paraiso.

La oficialidad colombiana era, pues, motivo de zozobra para las muchachas, de congoja para las madres, y de cuita para los maridos; porque aquellos malditos

militronchos no podian tropezar con un palmito medianamente apetitoso sin decir, como mas tarde el valiente Córdova — *adelante, á paso de vencedor* — y tomarse ciertas familiaridades capaces de dar retortijones al marido menos escamado y quisquilloso. ¡ Vaya si eran confianzudos los libertadores !

Para ellos estaban abiertas las puertas de todas las casas y era inútil que alguna se les cerrase ; pues tenian siempre su modo de matar pulgas y de entrar en ella como en plaza conquistada. Ademas, nadie se atrevia á tratarlos con despego : primero, porque estaban de moda : segundo, porque habria sido mucha ingratitud hacer ascos á los que venian, desde las márjenes del Cauca y del Apure, á ayudarnos á romper el aro y participar de nuestros reveses y de nuestras glorias : y tercero, porque en la *patria vieja* nadie queria sentar plaza de patriota tibio.

Teniendo la division Lara una regular banda de música, los oficiales que, como hemos dicho, eran gente amiga de jolgorio, se dirijian con ella, despues de lista de ocho, á la casa que en antojo les venia, é improvisaban un baile para el que la dueña de la casa comprometia á sus amigas de vecindad.

Una señora, á quien llamaremos la señora de Munar, viuda de un acaudalado español, habitaba en una de las casas próximas á la plaza, en compañía de dos hijas y dos sobrinas, muchachas todas en condicion de aspirar á inmediato casorio ; pues eran lindas, ricas, bien endoctrinadas y pertenecientes á la antigua aristocracia del lugar. Tenian lo que entónces se llamaba : sal, pimienta, orégano y cominillo ; es decir, las cuatro cosas que los que venian de la península buscaban en la mujer americana.

Aunque la señora de Munar, por lealtad sin duda á la memoria de su difunto, era goda y *requetegoda*, no pudo una noche escusarse de recibir en su salon á los caballeritos colombianos que, á son de música, manifestaron deseo de armar jarana en el aristocrático hogar.

Por lo que atañe á las muchachas, sabido es que el alma les brinca en el cuerpo cuando se trata de zarandear á dúo el almacen de tentaciones.

La señora de Munar tragaba saliva á cada piropo que los oficiales endilgaban á las doncellas, y ora daba un pellizco á la sobrina que se descantillaba con una palabrita animadora, ó en voz baja llamaba al órden á la hija que prestaba mas atencion de la que exije la buena crianza á las garatusas de un libertador.

Media noche era ya pasada cuando una de las niñas, cuyos encantos habian sublevado los sentidos del capitan de la cuarta compañía del batallon Vargas, sintióse indispuesta y se retiró á su cuarto. El enamorado y libertino capitan, creyendo burlar al Argos de la madre, fuése á buscar el nido de la paloma. Resistíase esta á las exijencias del Tenorio, que probablemente llevaban camino de pasar de turbio á castaño oscuro, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que el oficial llevaba al cinto y le clavó la hoja en el costado.

Quien asi castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia, era la anciana señora de Munar.

El capitan se lanzó al salon cubriéndose la herida con las manos. Sus compañeros, de quienes era muy querido, armaron gran estrépito y, despues de rodear la casa de soldados y de dejar preso á todo títere con faldas, condujeron el moribundo al cuartel.

Terminaba Bolivar de almorzar cuando tuvo noticia

de tamaño escándalo, y en el acto montó á caballo é hizo en cinco horas el camino de Caráz á Huaráz.

Aquel dia se comunicó al ejército la siguiente :

ORDEN GENERAL.

Su Excelencia el Libertador ha sabido con indignacion que la gloriosa bandera de Colombia, cuya custodia encomendó al batallon Vargas, ha sido infamada por los mismos que debieron ser mas celosos de su honra y esplendor; y en consecuencia, para ejemplar castigo del delito, dispone :

1° El batallon Vargas ocupará el último número de la línea y su bandera permanecerá depositada en poder del General en Jefe hasta que, por una victoria sobre el enemigo, borre dicho cuerpo la infamia que sobre él ha caido.

2° El cadáver del delincuente será sepultado sin los honores de ordenanza, y la hoja de la espada, que Colombia le diera para defensa de la libertad y la moral, se romperá por el furriel en presencia de la compañía.

Digna del gran Bolivar es tal órden general. Solo con ella podia conservar su prestijio la causa de la independencia y retemplarse la disciplina militar.

Sucre, Córdova, Lara y todos los jefes de Colombia, se empeñaron con Bolivar para que derogase el artículo en que degradaba al batallon Vargas, por culpa de uno de sus oficiales. El Libertador se mantuvo inflexible durante tres dias, al cabo de los cuales creyó político ceder. La leccion de moralidad estaba dada y poco significaba ya la subsistencia del primer artículo.

Vargas borró la mancha de Huaráz con el denuedo que desplegó en la batalla de Ayacucho.

Despues de sepultado el capitan colombiano, dirijióse Bolivar á casa de la señora de Munar y la dijo :

— Saludo á la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que, en su misma debilidad, supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.

La señora de Munar dejó desde ese instante de ser goda, y contestó con entusiasmo :

— ¡ Viva el Libertador ! Viva la patria !

EL CORONEL FRAY BRUNO

TERREROS.

APUNTES HISTORICOS.

A mi amigo el doctor don Mariano Felipe Paz-Soldan.

¿ Fraile y Coronel ?
Líbreme Dios de él.

Entre los españoles del ejército realista, que sucumbió en la batalla de Ayacucho, eran muy repetidas, y alcanzaron autoridad de refran, estas palabras : — *Fraile y Coronel? Librenos Dios de él.* — Voy, pues, á emprender un ligero estudio biográfica del personage que motivó el dicho, apoyándome en noticias que contemporáneos suyos me han proporcionado y en documentos oficiales, que á la vista tengo sobre mi mesa de trabajo.

I.

Por los años de 1788 nació en el pueblo de Mito, á pocas leguas de Jauja, un muchacho, hijo de india y de español, á quien inscribieron en el libro parroquial con el nombre de Bruno Terreros.

Despejado era el rapaz, y cobrándole aficion uno de los religiosos de Ocopa llevólo al convento, hízole vestir la gerga de novicio y, cuando lo vió espedito en el latin de Nebríja y en la filosofia de Heineccio, envióló á Lima muy recomendado al guardian de San Francisco.

En breve Bruno Terreros, en cuya moralidad no hubo pero que poner, y cuya aplicacion era ejemplar, se aprendió de coro un tratado de teologia dogmática, y en 1810 recibió la órden del subdiaconado.

Años mas tarde, el Arzobispo Las Heras lo nombró coadjutor del curato de Chupaca, y en esa condicion se hallaba cuando estalló la guerra de independencia. Fray Bruno se distinguia por la austeridad de sus costumbres y por llenar, conforme al espíritu del Evanjelio, los deberes de su sagrado ministerio. Con este dicho se está que fué muy querido de sus feligreses.

En la plática dominical Fray Bruno se mostraba mas realista que el rey y decia que la revolucion americana era cosa de herejes, fracmasones y gente pervertida por la lectura de libros escomulgados. Añadia que eso de derechos del hombre y de patria y libertad era pampiroladas sin pies ni cabeza, y que pues el rey nació para mandar y la grey para obedecer, lo mejor era no meterse á descomponer el tinglado ni en barullos que comprometen la pelleja en este mundo y la vida eterna en el otro. Y con esto, amados oyentes mios, que viva el rey y viva la religion y viva la gallina, aunque sea con su pepita.

Vino el año de 1822 y con él la causa de la monarquia se echó á dar manotadas de ahogado. Los realistas cometieron estorsiones parecidas á las que un año despues ejecutára Carratalá en Cangallo. Hubo templos incendiados, la soldadesca se entregó sin freno al

pillaje de halajas y objetos sagrados y se escarneció á los sacerdotes, hasta el punto de que el gefe español Barandalla hiciera fusilar al cura Cerda.

Un capitan realista, al mando de sesenta soldados, llegó á Chupaca y amenazó á Fray Bruno con darle de patadas, si no le entregaba un cáliz de oro. Nuestro humilde franciscano convirtióse en irritado leon, amotinó á los indios y la tropa escapó á descalza-perros.

Desde ese dia fray Bruno colgó los hábitos, se plantó al cinto sable y pistolas y, trabuco en mano, se puso á la cabeza de doscientos montoneros, lanzando antes este original documento, que así puede pasar por proclama como por sermon ó pastoral :

« Compatriotas y hermanos muy amados : — Pene-
« trado de los sentimientos naturales y revestido con
« las sagradas vestiduras de mi caracter, os anuncié
« muchas veces desde la cátedra del Espíritu Santo, la
« felicidad de los peruanos, que ha de resultar despues
« de las guerras. Y ahora, poseido de dolor, me veo
« precisado á tomar el sable desnudo, como defensor de
« la religion, solo con el objeto de derribar esas felici-
« dades lisongeras, con que los tiranos os tienen enga-
« ñados, por saciar sus codiciosas ambiciones. Testigos
« los templos sagrados destruidos, violados los santos
« Evangelios de Jesucristo y sus miembros perseguí-
« dos. — Sacerdotes del Altísimo, llorad con lágrimas
« de sangre, al ver convertidas en cenizas las casas de
« oracion, los tabernáculos en astillas, por llevarse los
« vasos sagrados y las custodias con la Magestad colo-
« cada. Esos sacrílegos españoles, plegue á Dios y hago
« testigos á los ángeles y á toda la corte celestial, que
« á todo trote caminan al estremo de su total ruina.
« Jamás levantó el brazo Jesucristo, sino cuando vió su

« templo infamado con ventas y comercios. Yo jamás « hubiera tomado el sable, si no hubiera visto los san- « tuarios servir de pesebreras de caballos. Separaos, « verdaderos y fieles patriotas ; dejad solos á los con- « tumaces en su desgraciada obstinacion. »

Este curioso documento nos revela el templo de alma del franciscano. Invistióse inmediatamente de un título militar, sin desdeñar por eso el que le correspondia por su condicion relijiosa. Así sus proclamas y órdenes generales iban encabezadas con estas palabras : — *El Coronel Fray Bruno Terreros.*

En el ejército arjentino que San Martin condujo al Perú, vinieron tambien algunos frailes que colgaron los hábitos para vestir el uniforme militar. El mas notable entre ellos fué fray Felix Aldao, de la órden de la Merced, capellan de un regimiento, que sable en mano se metia siempre en lo mas reñido del combate. Aldao ganó en el Perú una fuerte suma al juego y llevándose, con disfraz de paje, á una linda muchacha á quien sedujo, alcanzó durante la época de Rosas la clase de General. El fraile Aldao se entregó furiosamente á la embriaguez y á la lascivia, no dejó crimen por cometer como seide del tirano argentino y murió (ejerciendo el cargo de Gobernador ó autócrata de Mendoza,) devorado por un cáncer á la cara, blasfemando como un poseido.

Como se vé, el fraile Aldao fué un apóstata y su conducta no admite disculpa. Por el contrario, si el franciscano Terreros tomó las armas lo hizo, como lo revela su proclama, impulsado por un sentimiento religioso, exagerado acaso pero sincero.

Ni Vidal, ni Guavique, ni *Agustin el largo,* ni el famoso *Cholo-fuerte,* gefes de los guerrilleros, que tanto

hostilizaron á las tropas realistas, igualaron en corage, actividad y astucia al coronel fray Bruno Terreros. Para él la guerra tenia el caracter de guerra religiosa y sabia inflamar el animo de sus montoneros, arengándoles con el Evanjelio en una mano y el trabuco en la otra, como lo hicieron en Francia los sacerdotes de la Vendée. Los hombres que lo seguian asistian á la misa que su caudillo celebraba, en los dias de precepto, y algunos se hacian administrar por él el sacramento de la Eucaristia. Aquellos guerrilleros mas que por su patria, se batian por Dios. Morir en el combate era para ellos conquistarse la salvacion eterna.

Vive aun en el convento de San Francisco un respetable sacerdote (el padre Cepeda) que recuerda haber visto llegar á caballo á la plazuela de la iglesia á fray Bruno, seguido de sus guerrilleros, y que apeándose con gran agilidad se dirigió á la sacristia, de donde salió revestido y celebró misa en el altar de la Purísima, con no poca murmuracion de beatas y conventuales.

Cuentan que fray Bruno Terreros trataba sin misericordia á los españoles que tomaba prisioneros despues de alguna escaramuza, y que su máxima era : — de los enemigos los menos. — Pero esta aseveracion no la encontramos suficientemente comprobada en los boletines y gacetas de aquella época.

Lo positivo es que el nombre del franciscano llegó á inspirar pánico á los realistas, dando orígen al refran que dejamos apuntado.

Papel no menos importante que Terreros hizo en la guerra de independencia otro sacerdote del orden seráfico. El Teniente Coronel Fray Luis Beltran fué quien fundió los cañones que trajo San Martin á Chacabuco. En el Perú prestó tambien á la causa americana utiles

servicios, como gefe de la maestranza y parque ; pero desairado un dia, en Trujillo, injustamente por el Libertador, fray Luis Beltran intentó asfixiarse. Aunque salvado á tiempo por un amigo, nuestro franciscano quedó loco. La *figurita,* como llamaba el infeliz patriota á Bolivar era el tema constante de su locura.

El comandante Beltran regresó á Buenos-Aires, donde volvió á vestir el santo hábito, muriendo poco tiempo despues.

II.

Afianzada la independencia, renunció fray Bruno su clase de coronel solicitando de Bolivar, por toda recompensa de sus servicios á la causa nacional, el permiso de volver á su convento. El guardian de San Francisco vió la pretension de mal ojo, recelando sin duda que el ex-guerrillero trajese al claustro costumbres belicosas. Informado de ello Bolivar se dirigió al Gobernador del Arzobispado con los dos oficios siguientes :

« Marzo 4 de 1825. — *Al Gobernador del Arzobis-*
« *pado.* — Cuando por el feliz estado de las cosas ha
« creido el Coronel D. Bruno Terreros que sus servicios
« no son de necesidad, ha solicitado del gobierno per-
« miso para retirarse á sus claustros del convento de
« San Francisco, de cuya religion es hijo ; y Su Exce-
« lencia el Libertador, teniendo por esta solicitud toda
« la consideracion que ella se merece, por la conocida
« piedad que ella demuestra, se ha servido acceder ; y
« en su consecuencia ha quedado el coronel Terreros
« separado del servicio y en estado de restituirse á su
« convento. Pero como no seria justo que se echase en
« olvido ni viese con indiferencia la buena conducta

« que el Coronel Terreros ha observado, mientras ha
« estado sirviendo al Gobierno, y los muchos é impor-
« tantísimos servicios que ha prestado á la causa nacio-
« nal en críticas circunstancias, Su Excelencia el Gefe
« Supremo de la República me manda recomendar á
« US. al espresado coronel Terreros con el doble objeto
« de que su señoria lo atienda, dándole una colocacion
« correspondiente á su distinguido comportamiento y
« de que, valiéndose de los respetos de Su Excelencia
« mismo, tome las medidas que sean conducentes, á
« fin de que los prelados de San Francisco vean á Ter-
« reros con el aprecio y consideraciones que tan justa-
« mente se ha grangeado. — Me suscribo de Useñoria
« atento servidor — *Tomas Heres.* »

« Marzo 25 de 1825. — *Al Gobernador del Arzobis-*
« *pado.* — Su Excelencia el Libertador encargado del
« mando Supremo de la República, ruega y encarga al
« Reverendo Gobernador Metropolitano que el padre
« fray Bruno Terreros, por sus grandes servicios á la
« patria, por su buena conducta y aptitudes sacerdota-
« les, sea habilitado para obtener en propiedad cual-
« quier beneficio con anexa cura de almas y que, si es
« posible, se le dé colocacion del curato de Chupaca,
« prévio el correspondiente exámen sinodal. — El Mi-
« nistro que suscribe se ofrece de Useñoria atento servi-
« dor. — *Tomas Heres.* »

En 25 de Agosto de 1825 (dice el autor de la *Historia del Perú Independiente*) fué nombrado Terreros cura de Mito, beneficio que prefirió á otros por ser el lugar de su nacimiento. En su nueva vida religiosa olvidó sus costumbres de guerrillero ; y fué tan solícito en el cumplimiento del deber sacerdotal que, en 1827, al atravesar el rio de Jauja para ir á confesar á un mori-

bundo, desoyendo el ruego de algunos indios que le pedian no se aventurase por estar el rio muy crecido, fué arrastrado por la corriente y pereció ahogado.

Tal fué, á grandes rasgos, el hombre por quien se dijo : — *Fraile y Coronel? Líbrenos Dios de él.*

APUNTES

PARA LA CRONICA TAUROMAQUICA DE LIMA, DURANTE LA ÉPOCA DEL COLONIAJE.

Grande fué siempre la aficion del pueblo limeño á las funciones tauromáquicas y ha presenciado corridas de aquellas que, como generalmente se dice, forman época. Viejos ha conocido el que estos apuntes acopia, que no sabian hablar sino de los toros que, en la Plaza Mayor, se lidiaron para las fiestas reales con que el vecindario solemnizó el advenimiento de Carlos IV al trono español ó la entrada al mando de los vireyes O'Higgins, Aviles, Abascal y Pezuela, que lo que es Laserna no disfrutó de tal agasajo, pues las cosas políticas andaban á la sazon mas que turbias.

Desde los dias del marques Pizarro, diestrísimo picador, se festejaba la sucesion de monarcas, nacimiento de infantes, entrada de arzobispos y vireyes, y triunfos de las armas reales, con corridas en la Plaza Mayor, solo que, por la escasez de ganado, no pasaban de tres los bichos que se estoqueaban.

La primera corrida que presenciaron los limeños fué en 1538, en celebridad de la derrota de los almagristas.

***

En las fiestas reales, las lidias se hacian con el ceremonial siguiente:

Por la mañana, tenia lugar lo que se llamaba *encierro* del ganado y soltaban á la plaza cuatro ó seis toretes, con las astas recortadas. El pueblo se solazaba con ellos y no pocos aficionados salian contusos. Esta diversion duraba hasta las diez; y el pueblo se retiraba, augurando por los incidentes del *encierro,* el mérito del ganado que iba á lidiarse.

A las dos de la tarde, salia de Palacio el virey con gran comitiva de notables, todos en soberbios caballos lujosamente enjaezados. Miéntras recorrian la Plaza, las damas desde los balcones y azoteas arrojaban flores sobre ellos; y el pueblo, que ocupaba andamios en el átrio de la Catedral y portales, victoreaba frenéticamente.

El arzobispo y su cabildo, asi como las órdenes religiosas, concurrian á la funcion.

Un cuarto de hora despues, el virey ocupaba asiento, bajo dosel, en la galeria de Palacio y arrojaba á la plaza la llave del toril, gritando ¡viva el rey! Recogiala un caballero, á quien anticipadamente se habia conferido tal honor, eligiéndolo entre los muchos aspirantes, y á media rienda se dirigia á la esquina de Judios, donde estaba situado el toril, cuya puerta finjia abrir con la dorada llave.

***

Solo bajo el gobierno de los Pizarros y de los vireyes Blasco Nuñez de Vela, conde de Nieva, y segundo marques de Cañete, se vió en Lima romper cañas á los caballeros, divididos en dos bandos.

Despues de ellos, fué cuando se introdujo en las corridas cuadrillas de parlampanes, gigantes, papa-huevos, cofradias de africanos y payas.

*
* *

En 1701, fué cuando, por primera vez, se imprimieron cuartillas de papel con los nombres de los toros y de las ganaderias ó haciendas.

Como una curiosidad histórica, quiero consignar aqui el listin.

RAZON INDIVIDUAL DE LOS TOROS QUE SE HAN DE LIDIAR EN ESTA PLAZA MAYOR, EN OBSEQIUO A LA AUGUSTA PROCLAMACION DE SU MAJESTAD DON FELIPE V. NUESTRO SEÑOR.

Encierro.

1º El Rompe ponchos, azaharito, de Oquendo.
2º El Zoquete rabon, colorado, de Bujama.
3º El Gallareta, overo, de Huando.
4º El Patuleco, barriga blanca, de Casa-blanca.
5º El Cara sucia, gateado, de Pasamayo.
6º El Potroso, lúcumo, de Contador.

Tarde.

1º El Flor de cuenta, capirote, de Palpa.
2º El Diafanito, osco de Laran.
3º El Pichon, blanco, de Gomez.
4º El Lagartija, gateado, de Hilarion.
5º El Floripondio, barroso, de Chincha.
6º El Deseado, alazan tostado, del Naranjal.
7º El Chivillo, prieto, de Corral Redondo.
8º El Leche migada, capirote, de Vilcahuaura.

9º El Partero aparejado, blanco y prieto, de Retes.
10º El Come gente, overo pintado, de Quipico.
11º El Rasca moño, blanco, de Lurinchincha.
12º El Pucho á la oreja, frazada, de Chancaillo.
13º El Saca candela, frontino, de Esquivel.
14º El Gato, gateado, del Pacallar.
15º El Anteojitos, brocato, de Mala.
16º El Corre bailando, culi-mosqueado, de Sayan.
17º El Longaniza, prieto desparramado, de Chuquitanta.
18º El Diablito cojo, pintado, de Hervay.
19º El Sacristan, aji seco, de Limatambo.
20º El Invencible, retinto, de Bujama.

Parece que para esta corrida el Cabildo comprometió á cada hacendado de los valles inmediatos á Lima para que obsequiase un toro, y natural es suponer que el espíritu de competencia los obligaba á enviar lo mejor de su ganaderia.

En los libros en que corren consignadas las descripciones de fiestas reales, se encuentran abundantes pormenores sobre las corridas. En mi opinion, el libro de Terralla titulado *El Sol en el Medio dia,* escrito en 1790 para las fiestas reales de Cárlos IV, trae la mas curiosa de las pinturas que hasta entonces se hubieran escrito sobre funciones de toros.

***

En 1768 Don Agustin Hipólito Landaburu terminó, como empresario, la fabrica de una plaza para las lidias de toros, en los terrenos denominados de Hacho (apellido del primitivo dueño) y que, andando los años, perdieron una letra convirtiéndose en Acho.

En la construccion de la plaza, empleó tres ános é invirtió cerca de cien mil pesos debiendo despues de llenadas ciertas clausulas del contrato, las que especifica Fuentes en su Estadística de Lima, pasar el edificio á ser propiedad de la Beneficencia, que desde 1827 lo administra.

La plaza de Acho ocupa mas espacio que el mejor circo de España, inclusives los de Madrid y Pamplona, y puede admitir cómodamente 10,000 espectadores.

Al principio se acordó licencia solo para diez corridas al año, concesion que lentamente fué adquiriendo elasticidad.

Hasta 1845 las corridas se efectuaban los lúnes. En la época colonial se creia profanar el domingo con tal espectáculo : de modo que, con el pretesto de los toros, disfrutaba el pueblo de dos dias seguidos de huelga.

Aunque se estableció el Circo de Acho, no por eso dejaban de lidiarse toros en la Plaza Mayor, en las fiestas reales y recepcion de vireyes.

***

En 1780 empezaron á aparecer los listines con una octava ó un par de décimas. La cuadrilla, en ese año, la formaban, como matadores, Manuel Romero, el jerezano, y Antonio López de Medina-Sidonia ; José Padilla, Faustino Estacio, José Roman y Prudencio Rosales, como picadores de vara larga y como capeadores y banderilleros José Lagos, Toribio Mujica, Alejo Pacheco y Bernardino Landaburu. Habia ademas dos cacheteros, dos garrocheros y doce Parlampanes.

Los parlampanes eran unos pobres diablos que se presentaban vestidos de mojiganga. Uno de ellos lla-

mábase doña María, otro el Monigote, y los restantes tenian nombres que no recordamos.

Habia tambien seis indios llamados *mojarreros*, que salian al circo casi siempre beodos, y que armados de rejoncillos ó moharras punzaban al toro hasta matarlo.

Los *garrocheros* eran los encargados de azuzar al toro arrojando, desde alguna distancia, jaras ó flechas que iban á clavarse en los costados del animal.

La bárbara suerte de la *lanzada* consistia en colocarse un hombre, frente al toril, con una gruesa lanza que apoyaba en una tabla. El vicho se precipitaba ciego sobre la lanza y caia traspasado; pero casos hubo, pues para esta suerte se elejia el toro mas bravo y limpio, en que el animal, burlándose de la lanza, acometió al hombre indefenso y le dió muerte.

*
* *

Fué en 1785 cuando empezó á ponerse en boga la galana suerte de capear á caballo, desconocida entonces aun en España, y en la que fué tan eximio el marques de Valle-Umbroso don Pedro Zavala, autor de un libro que se publicó en Madrid, por los años de 1831, con el título — *Escuela de caballeria, conforme á la práctica observada en Lima.*

Asi en las corridas dadas en la Plaza Mayor, en Diciembre de 1796, para festejar el recibimiento del virey O'Higgins y para contribuir al gasto de construccion de torres para la Catedral de Lima, encontramos, como capeadores de á caballo, á los peruanos Camilo Seguin, Bernardino Leiva, Toribio Flores, Mariano Portales, Antonio el Chirisuyero, José Morel y Apolinario Monteblanco.

Los matadores y banderilleros españoles de esa época eran Alonso Jurado, Miguel Utrilla, Juan Venegas, Norberto Encalada y José Lagos (a) Barreta.

***

Los mejores capeadores de á caballo, que han entrado al redondel de Lima, fueron Casimiro Cajapaico, Juana Breña (mulata) y Estevan Arredondo.

En elojio de Casimiro Cajapaico, dice el señor marques de Valle-Umbroso en su ya citado libro : — *era muy ginete y el mejor enfrenador que he conocido : siempre que lo veia á caballo me daban ganas de levantarle estátua.* Despues de esto de la estatua no hay mas que añadir : apaga y vamosnos.

***

El 22 de Abril de 1792 se dió en Acho una corrida á beneficio de las benditas ánimas del Purgatorio. No lo tomen ustedes á risa que allí está el listin.

Cojido por un toro el banderillero español José Alvarez fué á hacer compañia á las beneficiadas, que no tuvieron poder bastante para librarlo de las astas de un berrendo de Bujama.

***

Alejo Quintin, á quien el pueblo conocia con el apodo de *Pollollo*, tenia setenta y cuatro años y usaba antiparras. Era picador de vara corta ó rejoneador. En 1805 figura todavia en primera línea, como lo prueban estos versos de un listin de ese año :

No falten los guapos;
Pongan atencion,
Que esta vez Pollollo
Vibrará el rejon.
Mariquita mia,
Vamos de mañana
Que Quintin Pollollo
Sale á la campaña.
Pollollo no es viejo,
Que es un jovencico
A quien faltan muelas
Y le sobra pico.

Murió en su oficio, á consecuencia de golpes que le dió un toro, en 1807.

***

La lucha de un oso con un toro no es, como se ha querido sostener, novedad de nuestros dias. El 9 de Febrero de 1807 se efectuó por primera vez este combate en el Circo de Acho, saliendo vencedor el oso.

***

Desde 1810 los listines de toros empiezan á traer larga tirada de versos, y los sucesos políticos de la Metrópoli dan alimento á la inspiracion de nuestros vates. Las listas de esa época traen por encabezamiento : *Viva Fernando VII* y contienen versos contra Napoleon y los franceses.

Hé aquí una muestra de ellos :

EL TORO MAESTRO.

Hoy, á toda fortuna preparado,
Saldrás feroz al coso y ¡ojo alerta!
Que al enemigo osado
Acompaña cuadrilla muy esperta.
Antes de entrar medita reposado
En que te invaden para muerte cierta,
Y pues todos conspiran á engañarte,
Mira en cada torero un Bonaparte.
Confiado en su suerte
Solicita el tirano darte muerte.
Él, presumido, astuto,
Quiere de tu ignorancia sacar fruto
Y, en creerte salvaje,
Añade á la agresion mayor ultraje.
Dile: — tirano, ingrato!
¿Piensas lograr un triunfo tan barato?
¿Crees que el toro de España
No es capaz de buscarte en la campaña?
Ponte, ponte á mi frente,
Probarás si soy sabio y soy valiente.
De este modo, engañado
Y engañando, los toros has sacado
De las verdes dehesas
Donde el veneno entró de tus promesas.
No ya, pérfido, en vano
Te empeñas tanto contra el toro hispano
Que, venciendo á Morfeo,
Despierta para hacerte su trofeo.
Si has leido la historia
De Numancia y Sagunto, la memoria
Imprima en tu vil pecho

La opinion, la justicia y el derecho.
Con que á todo viviente
Natura lo conserva, y libremente
Lo conduce al empeño
De defender aquello de que es dueño.
Si político fueras,
Con el toro español no te metieras;
Pero infame, ambicioso,
Pudiendo ser amado y con reposo,
Recordando tu infancia,
Disfrutar el honor que te dió Francia,
Te metes á torero
Y saqueando rediles, bandolero,
Sangriento, abominable,
A los pueblos te tornas detestable.
Hasta hoy de Merobeo,
De Carlo Magno y grande Clodoveo,
Y de otros justos reyes,
Que dieron á la Galia santas leyes,
El tiempo majestuoso
Conserva la memoria y fin dichoso.
Pero tú, fementido,
Echando sus virtudes al olvido,
Profanas el sagrado
De aquellos reyes, tu mejor dechado,
Y al pueblo esclarecido
Que con gendarmes tienes oprimido,
La libertad amada,
Por tus bajas intrigas usurpada,
Hollará el despotismo;
Y llevándote de uno en otro abismo,
Cual un un vil toricida,
Entre mis cuernos perderás la vida.

Dudamos que en la misma España se hubieran prodigado mas dicterios al invasor. Decididamente, en América pecamos por exajerados.

*
* *

Hablemos de los renombrados toros de la Concordia.

Para poner dique ó retardar siquiera la tormenta revolucionaria, el virey Abascal organizó en Lima un rejimiento, compuesto de lo mas distinguido entre la juventud criolla y españoles acaudalados. Llamóse rejimiento de la Concordia y tenia por coronel al Virey.

Anualmente desde 1812 hasta 1815, daba el rejimiento una corrida, en la que los toros salian con enjalmas cubiertas de monedas de oro y plata. Criollos y peninsulares competian en esplendidez.

Entonces se vió que una compañía de soldados entrase al circo á hacer las evoluciones militares conocidas, solo desde 1812, con el nombre de *despejo*.

Desde los primeros toros de la Concordia hubo cuadrilla española y cuadrilla peruana. En la española figuraban el picador Francisco Dominguez, el matador Estevan Corujo y los banderilleros, que mas tarde fueron tambien de espada, José Cantoral y Vicente Tirado. En la cuadrilla del pais, los mas notables eran Casimiro Cajapaico, el famoso capeador, Juana Breña y José Morel; el puntillero José Beque, negro á quien sacaban de la cárcel para cada funcion, Lorenzo Pizi, un tal *Muchos-pañuelos* y el espada Pedro Villanueva. Sobre todos ellos dice cosas muy graciosas el poeta don Manuel Segura, en su comedia *El Sarjento Canuto*.

A la cuadrilla española pertenecia tambien el diestro banderillero Juan Franco quien, en 1818, murió en

Acho, cojido por un toro mientras conversaba descuidado con su querida, que estaba en uno de los cuartos próximos á la barrera.

***

El picador Francisco Dominguez era una notabilidad como Cajapaico. Cuando San Martin estableció en Huaura su cuartel general, salió de Lima Dominguez con el compromiso de asesinarlo. Descubierto el plan y confesado el propósito por Dominguez, San Martin lo puso en libertad.

***

En la corrida que dió el rejimiento de la Concordia, en 1812, se lidió un toro llamado el Misantropo, que debia once muertes. Encontrósele en el monte, sin hierro ó marca de dueño, y acostumbraba salir al camino y embestir á los pasajeros. Consiguieron traerlo al encierro en medio de bueyes mansos. En la lidia hirió el caballo al picador Dominguez, mató al chulo Guillermo Casasola y estropeó al espada Cecilio Ramirez. En la suerte de capa, lució con él admirablemente Casimiro Cajapaico.

***

Las otras corridas de la Concordia no excedieron en lujo á la del año 12 ni ofrecen circunstancia particular. Pasemos á la última, que se dió en 10 de Abril de 1815, empezando por copiar del listin estas fáciles seguidillas :

Hoy ostenta la patria
Toda su pompa,
En los toros famosos
De la Concordia;
Pero se encarga
Que ocurran tempranito.....
Sino se clavan.

Cantoral y Corujo
Llevan á empeño
Hacer hoy con los toros
Un escarmiento;
Lo que no es chanza,
Porque estos caballeros
Son de palabra.

Una vieja maldita
Me ha asegurado
Que en su tiempo los toros
Eran muy bravos;
Pero, al presente,
Dice que hasta los hombres
Son mas pacientes.

La compañia de granaderos del rejimiento de la Concordia, que fué la nombrada para el despejo, se embarulló en una de las evoluciones. El capitan reconvino con aspereza á uno de los oficiales y la tropa se insubordino. Agregan que hubo gritos subversivos de ¡viva la patria! El despejo concluyó, pues, como el rosario de la aurora.

Restablecido, con gran trabajo, el órden, principió la corrida. Algunos patriotas se habian introducido en

el corral y, para deslucir la funcion, cegaron con ceniza á los dos primeros toros. Ello es que sobre todos estos incidentes se levantó sumario y aun se hicieron prisiones.

El cuarto toro llamábase el *Abatido Pomocagua,* aludiendo al desgraciado fin de este caudillo patriota. Recibiólo Juana Breña, montada en un diestro alazan y fumando un gran cigarro, y le sacó nueve suertes de capa, contradiciendo practicamente la opinion del marques de Valle-Umbroso que en su libro dice : — *difícil es que las suertes pasen de siete; pues es raro el toro que las dá y mas raro el caballo que las resiste.* — El entusiasmo del público fué tanto que no hubo quien no arrojase dinero á la valiente capeadora, á la que el virey Abascal obsequió seis onzas de oro. Juana Breña recojió esa tarde tres mil pesos, segun afirma un periódico de la época.

***

Desde 1816 á 1820, los hacendados de Cañete dieron muchas corridas en competencia con los de Chancay, sin que podamos saber á cual de los dos valles cupo la gloria de exhibir mejor ganado.

Los listines de ésta época no contienen sino injurias contra los patriotas, y en el circo se ponian figurones representando al *Porteño* (San Martin) y á *Cluecon* (Lord Cochrane) para que fuesen destrozados por los toros.

***

Ya en 1816, poetas de reputacion, como los clérigos Larriva y Echegaray, no desdeñaron escribir en listi-

nes de toros, como lo han hecho en tiempos de la república Pardo, Segura, Juan Vicente Camacho y su hermano Simon y otros muchos distinguidos alumnos de las musas. Listines conocemos de indisputable mérito literario, salpicados de chiste y agudeza.

Hé aquí un listin escrito por el padre Mateo Chuccas, novicio entónces de la recoleccion franciscana, poeta popular cuyas producciones se han perdido.

Si yo escribo serio
Dicen que empalaga;
Y si burlas, dicen
Que son muchachadas.
Si saco los vicios
A pública plaza,
No falta algun tonto
Que luego se agravia.
Si á nécios autores
Zurro la badana,
Dicen que la envidia
Es solo la causa.
Si tal vez critico
Obras chavacanas,
Que á qué fin me meto
En honduras tantas.
Si á uno que se precia
De nobleza rancia
Hago ver que es nueva,
De reciente data;
Y que no hay nobleza
Si virtudes faltan,
Dicen que es insulto,
Picardia, infamia.
Si á estadístas nécios,

Que gritan y charlan
Como unas cotorras
Por fondas y plazas,
Digo que el dios Baco
Por sus bocas habla,
Un monton de injurias
Sobre mi descargan.
Si porque á un don Guindo
Que encumbrado se halla
Y á nadie conoce
Y á todos ultraja,
Digo que es un pobre
Hijo de un Juan Lanas,
Dicen que mi lengua
Debe ser cortada.
Si descubro á muchos
Que por sábios pasan,
Siendo propiamente
Zoquetes de marca,
Muy llenos de orgullo
Pero sin sustancia,
Luego me acribillan,
Me tunden, me majan.
Si de un maridillo
Celebro la gracia
Con que él mismo mete
La chispa en su casa,
Su paciencia aplaudo
Y su buena pasta,
Salen con que es burla,
Ignominia, audacia.
¿Pues qué mas seria
Si yo publicara
Cosas que reservo

Por muy justa causa?
Asi, pues, no quiero
Hablar mas palabra;
No sea que alguno,
Que agraviado se halla,
Por despique envie,
De su nécia rabia,
A mí y á mis versos
Muy enhoramala.

La mayor parte de los listines que se imprimieron en los últimos años de la dominacion española llevaban esta introduccion:

VIVA FERNANDO VII.

El querer resistir á la ley justa,
Contra el brazo y poder del soberano,
Es empresa sin fruto, intento vano.

***

Pongo fin á estos apuntes que dedico á quien tenga voluntad, tiempo y humor para utilizarlos, escribiendo una crónica completa de las lidias tauromáquicas en Lima. Yo no he hecho mas que hacinar datos para que otro se encargue de ordenarlos y darles forma literaria.

INDICE.

Pájinas.

Juicio del señor Gutierrez. III
Prologuito de ordenanza VII

TRADICIONES.

¿Supo ó no escribir Pizarro? 13
El que pagó el pato 19
Si te dieren hogaza no pidas torta 23
Cosas de frailes! 29
El verdugo real del Cuzco 37
El que se ahogó en poca agua 43
Los matrimonios de real órden 47
Quizá quiero, quizá no quiero 55
Hermosa entre las hermosas 63
La fruta del cercado ajeno 69
El robo de las calaveras 75
Los refranes mentirosos 81
El alma de Tuturuto 87
La conspiracion de la saya y manto 91
Los pasquines del bachiller Pajalarga 97
La casa de Pizarro 109
La sandalia de Santo Tomás 113
Las tres puertas de San Pedro 117
Los alcaldes de Arica 121
Bien hecha muerte! 127
Beda, padre, que le vá la vida! 135
Monja y Cartujo 141
Ciento por uno. 151

Pájinas.

El tesoro de Catalina Huanca 159
Una trampa de cazar ratones 167
El alcalde de Paucarcolla 173
Mosquita muerta 179
Franciscanos y jesuitas 183
Desdichas de Pirindin 191
Manchay-puito 199
La faltriquera del diablo 205
Una moza de rompe y raja 213
El fraile y la monja del Callao. 221
Justicia de Bolivar 233
El Coronel fray Bruno Terreros 239
Apuntes para la crónica tauromáquica de Lima, durante el coloniaje 247